

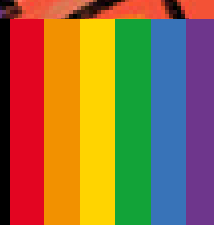
OTROS MUNDOS POSIBLES

Entrevistas, historias y experiencias comunitarias
para celebrar la diversidad y construir memoria



imaginarnos

PRESENTES



Índice

PERFILES Y ENTREVISTAS

Moira Millán «Con la Tierra y desde ella es posible crear el Buen Vivir»	10
La Chola Poblete «Argentina no es blanca ni heterosexual»	21
Mónica Astorga, la «monja de las trans»	31
Trinidad González «Merecemos contar nuestras historias»	48
Tiziano Cruz Teatro en clave quechua, aymará y marica	56
Claudia Vásquez Haro «Soy travesti, migrante y platense»	64
Vivir Quintana «La diversidad es lo que nos enriquece»	81

EXPERIENCIAS COMUNITARIAS

Casa Andrea: un hogar para mujeres y diversidades en Buenos Aires	91
Casa Trans: una familia y un refugio que se extiende por Bolivia	98
Cómo convertir una casa de Mar del Plata en un refugio para personas trans	106

Así funciona el primer comedor comunitario
gestionado y atendido por personas trans 114

ACTIVISMOS Y MEMORIA

María Belén Correa, fundadora del Archivo
de la Memoria Trans: mil vidas en un foto-libro 122

Las tías: mujeres trans mayores luchan por
derechos y tejen memoria 135

Ilse Fuskova: pionera de la visibilidad lésbica
y los derechos LGBTI+ 158

Serafina Dávalos: la primera abogada de
Paraguay, feminista y lesbiana 165

La memoria transmasculina tiene su propio
archivo en México 173

COMICS

Mocha Celis: la primera escuela trans y
no binarie del mundo 181

Maite Amaya: trans, feminista y piquetera 202

Claudia Pía Baudracco: impulsora del derecho
a la Identidad de Género 203

Mariela Muñoz: mamá trans y pionera
en la lucha LGBT 204

Karina Urbina: pionera en la lucha por los
derechos de las personas trans 205

Chana Coronel: tortillera, marimacha y lesbiana 206

Usha Didi: la mujer trans que marcó la memoria
LGBT de Paraguay 207

Liz Paola: memoria viva del activismo trans	208
Yren Rotela: de las calles de Asunción al refugio colectivo	209
Annie: «Somos niñas, niños y niñes y ya»	210
Xaneri: ser muxe, resistir y florecer	211
Tropachün Foyel: la joven mapuche cautiva y exhibida en un museo	212
María Epul: la machi de Cerro Negro	213
Gloria Estela Pérez: lideresa espiritual y política del pueblo ava guaraní	214
Doña Rosita Caro: hija de la Pachamama	215
Santa Pino Fernández: guardiana Qom que tejió lengua, arte y espiritualidad	216



Bienvenida

Por María Eugenia Ludueña y Ana Fornaro

En tiempos en los que parece que todo retrocede -nuestros derechos, las libertades, las luchas colectivas- y se pauperizan nuestras vidas, nos da mucha alegría publicar este libro que reúne entrevistas, historias y experiencias comunitarias que ponen el foco en la diversidad como una coordenada existencial y política. En el imperio de la homogeneización y el extractivismo, donde lo mono (desde los monocultivos al monoteísmo) detenta el poder, la diversidad no sólo es una alternativa deseable y enriquecedora, es revolucionaria. Quizás por eso históricamente se la ha intentado acallar, invisibilizándola, persiguiéndola y criminalizándola.

Las historias que aparecen aquí hablan de eso: de vulneración de derechos, de marginalidad y discriminación pero también, y sobre todo, de existencias que han encontrado la manera para transitar este mundo desde la autenticidad y la búsqueda. Y aunque a veces se centren en una persona, no son historias individuales sino que hablan de luchas colectivas, una trama abierta en permanente construcción.

Este libro no propone una mirada única sobre las diversidades, está hecho desde la potencia de ellas, desde su identidad y su fuerza liberadora. Se ha construido escuchando, conversando, caminando, acompañando, tejiendo lazos reales más allá de lo virtual. Haciendo periodismo con otros, escuchando sus demandas, discutiendo ideas, aprendiendo de otros saberes. Es el resultado de una pequeña selección del trabajo que hemos realizado en los últimos tres años en Agencia Presentes.



En la primera parte reunimos [perfiles y entrevistas](#) de personas que consideramos referentes políticxs, artísticxs y culturales. Desde la weychafe mapuche Moira Millán hasta la defensora de derechos humanos trans Claudia Vásquez Haro, pasando por Mónica Astorga («la monja de las trans») y la artista jujeña La Chola Poblete, entre otras. Todes tienen trayectorias e historias que podrían estar en una novela, pero sobre todo tienen cosas para decir, ideas sobre este mundo que nos aportan miradas únicas y emancipadoras.

En la segunda parte reunimos [experiencias comunitarias](#). No es casual que tres de las cuatro sean hogares o comedores para personas trans. Las personas trans son de los sectores que más sufren la falta de vivienda y la inseguridad alimentaria. Lo básico es considerado un privilegio para una población que en América Latina sigue sin superar los 40 años de esperanza de vida. Un común denominador de estos espacios es que superan con creces su función: van mucho más allá de ofrecer una cama o un plato de comida. Son lugares donde se entablan lazos de amistad, de compañía, incluso de familia y así se le planta cara a la soledad, el desamparo y la tristeza. Las personas cobijadas se convierten a su vez en activistas, en hacedoras de redes solidarias.

En la tercera parte nos fuimos directamente a la [militancia y el activismo](#), contando y rescatando historias poco conocidas de defensa de los derechos de la diversidad. Creemos fervientemente en la necesidad de construir memoria y consideramos que el periodismo de hoy es el archivo del mañana. Pasado, presente y futuro conviven en estas trayectorias y contarlas - desde Serafina Dávalos, la primera abogada de Paraguay, lesbiana y feminista, hasta María Belén Correa, creadora del Archivo de la Memoria Trans Argentina - es ponderarlas desde una mirada histórica.

Este mismo espíritu está en la cuarta parte, pero ya en forma de [cómic](#). En Presentes venimos incursionando

en este formato casi desde el principio: encontramos que es una manera bella y eficaz de transmitir **memoria** y amplificar en medios masivos como las redes sociales voces y luchas por el buen vivir.

Por razones de espacio quedaron afuera muchas otras historias maravillosas, pero todas están disponibles en nuestra web.

En un contexto global de polarización, estas páginas proponen una comunicación no binaria. Abrir los sentidos en un momento en que el sentido y las palabras que lo construyen están en disputa. Contar la diversidad de la diversidad y hacerlo desde su agencia es una manera, creemos, de construir narrativas para el cambio social. Mostrar otras formas de vivir, de pensar, de organizarnos, de cuidarnos, de querernos, de trabajar y de relacionarnos entre nosotrxs y con las fuerzas que habitan en los territorios, nos resulta crucial en momentos en que el capital avanza amenazando la diversidad de todas las formas de la vida.

Mientras movimientos políticos de ultraderecha insisten en profundizar el miedo hacia lo diferente, este libro propone un abrazo: acercarnos, conectar con aquello que rompe la norma (como dice Susy Shock: «que otros sean lo normal»). Dejarnos habitar por otros mundos posibles, más cercanos o lejanos, abrirnos a ellos para empezar a imaginar uno donde entremos todes.

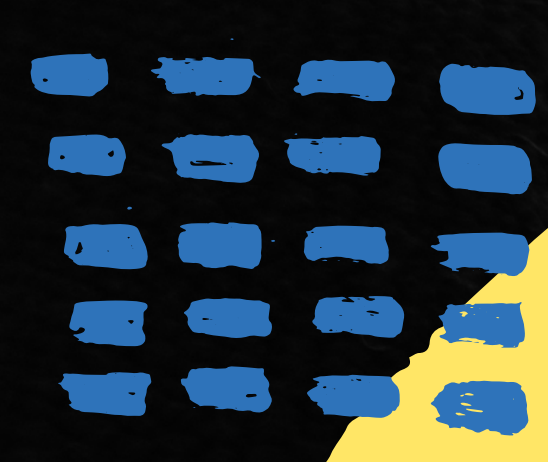
OTROS MUNDOS
POSIBLES

PRESENTES 



PERFILES Y ENTREVISTAS

MOIRA MILLÁN





PERFILES Y ENTREVISTAS

Moira Millán

«Con la Tierra y desde ella es posible crear el Buen Vivir»

Por María Eugenia Ludueña

Fotos: Ivana Lengler

Moira Millán vive en el futuro. La weychafe *mapuche* está preparada para las hecatombes que pregonan las distopías y para el colapso ambiental más real. Su último libro, *Terricidio, sabiduría ancestral para un mundo alternativo*, reúne ensayos que cruzan la identidad indígena con temas que desafían el tiempo: diversidad, territorio, cuerpo, tecnología, maternidad, niñeces, resistencias. En Argentina lo publicó en septiembre Penguin Random House, el grupo editorial más grande de libros en castellano, y su eco se expande al mundo. *Terricidio* es grito y denuncia global. Hace semanas [Moira estuvo en Francia](#) presentando [Terricide](#) (Des Femmes Antoinette Fouque). Está por salir en Colombia, México e Italia. En octubre se presenta en Brasil. En breve saldrá en Reino Unido y hay editoriales interesadas en Estados Unidos y Japón.

Terricidio difunde conceptos y praxis política de quienes habitan los territorios. Y quienes habitan los territorios



no son solamente las personas. Incluye muchas expresiones del *mapudungun*, y así como esta lengua mapuche, está surcado por la vitalidad y la diversidad.

Conversamos por *Zoom* un día de invierno, ella estaba de paso en Esquel, tramando próximas acciones colectivas. Moira vive a 100 kilómetros de allí, en la Lof Pillañ Mahuiza, un territorio recuperado —y hoy amenazado—, en una biocasita rodeada de bosques, a orillas del río Carrenleufú (Chubut). En ese paraíso de la Patagonia su comunidad sufrió en febrero, junto con otros Lof mapuche, [un allanamiento violento](#) y la [detención arbitraria de Victoria Núñez Fernández](#). El poder judicial, el gobierno provincial y nacional, [acusó al Lof de terrorista y a Moira de liderar esa banda](#), a través de una campaña de información falsa.

El termómetro marcaba 15 grados bajo cero la tarde que conversamos.

—En estos días hablaba con una de mis hijas, que si llegase el colapso planetario, creo que sabríamos sobrevivir. Está todo congelado, no hay agua en las casas, muchas personas están sin calefacción por las temperaturas extremadamente bajas. Y en el campo nosotras tenemos el río, sí, cargamos con baldes porque las cañerías están congeladas. Pero todo funciona a leña, se resuelve. No necesitamos que una empresa nos haga llegar la calefacción. Hay mucha autonomía.

Autonomía es una palabra que recorre *Terricidio*, lo que Moira dice y hace. Ella es, entre tantas cosas, una gran comunicadora. Quizás ese talento sea una expresión más de su espíritu *weychafe*. Hace años lo explica al periodismo cuando le preguntamos cómo presentarla. No le gusta que la confundan con dirigente o jefa. «*Nací con el newen, el espíritu de defensora de la vida, guardiana de la Mapu (tierra). Weychafe viene de weychan que significa luchar. Algunos lo traducen como guerrero, pero en realidad no es así. La nación mapuche no*

es expansionista ni guerrera, se defendía. El weychan es el proceso legítimo de la autodefensa», recapitula en Terricidio.

Leerla es lo más parecido a conversar con ella en vivo y en directo, en un tiempo material e inmaterial.

—**En tus palabras: ¿quién es Moira Millán?**

—Soy una mujer mapuche que vive en territorio recuperado. Haber recuperado territorio, vivir en el campo, me esculpe de otra manera. En tiempos donde el neofascismo, el gobierno terricida, nos acecha y hostiga, mi vida se ha vuelto muy dura, en alerta todo el tiempo, sosteniendo bajo amenaza el derecho al territorio. Soy una activista defendiendo los derechos de mi pueblo y de las mujeres indígenas. He sido ideóloga y fundadora de una multiplicidad de espacios. Parece que no concibo la vida si no me tejo colectivamente entre mis pares.

Moira impulsó el Movimiento de Mujeres y Diversidades Indígenas por el Buen Vivir, que organizó diferentes intervenciones colectivas, entre ellas un [acampe pacífico en el Ministerio del Interior en 2019](#): «Ayúdanos a romper el cerco mediático: no hay pacto social si la política es el terricidio», reclamaban. Hubo parlamentos de cientos de mujeres indígenas para hablar de chineo y de abusos hacia niñas, mujeres y diversidades. Hoy organiza la Pluriversidad, a la búsqueda de una pedagogía de saberes ancestrales y conocimientos útiles para el buen vivir.

—Ando moviéndome entre las comunidades mapuches de Puel Mapu, articulando también con Gulu Mapu en Chile. Mi niñez fue en dictadura, mi adolescencia en democracia. Pero la democracia nunca llegó para los pueblos indígenas. Soy madre de cuatro hijos, los crié sola, y soy abuela, tengo tres nietitas.

—¿Cómo entra en juego tu escritura?

—Escribo no porque sea escritora sino por el deseo de contar. En otros países hay muchísima literatura indígena, pero en Argentina es escasa. Por eso me puse a escribir. También me dedico al cine, hago guiones. Tengo que escribir una serie para televisión, encargos que lleguen de afuera. En Argentina no me convocan.

—¿Qué te gustaría leer?

—Tengo distintas inquietudes. Y mucho cuestionamiento respecto a la literatura infantil. Soy la abuela que en vez de comprarle juguetes a mis nietas les regalo libros. Entrar a librería y elegir es el peor momento, siempre salgo frustrada. No encuentro en las librerías infantiles el tipo de literatura que quiero ofrendar a mis nietas. Estoy pensando en escribir para niñas. Me gustaría una literatura infantil más diversa, identitaria, que refleje los mundos indígenas, las cosmovisiones. Hay muchísimas historias pero lo que anda dando vuelta no nada tiene que ver con la memoria oral de mi pueblo ni de otros pueblos indígenas. Me gustaría conocer más sobre quienes contribuyeron a que los pueblos indígenas sobrevivieran a un genocidio y salieran de esa oscuridad. Faltan relatos, protagonistas y, fundamentalmente, mujeres indígenas.

*(Desde Agencia Presentes, encaramos con ella una serie de **cómics**, ilustrados por Florencia Capella, para contar las vidas de algunas de estas sobrevivientes).*

—Poesía, aunque es minoritaria, hay bastante. Pero me gustaría leer ensayos políticos e historia con perspectiva indígena. Hay muchos géneros literarios que necesitan la transversalidad y la mirada indígena.

Terricidio se inscribe en esa categoría de ensayo político. En el prólogo, el antropólogo Arturo Escobar (Colombia), sitúa a la autora como «una pensadora del

cosmos vivo» y al libro como una cosmobiografía, «*una biografía escrita con la perspectiva de como las fuerzas cosmogónicas constituyen al pueblo mapuche, a su territorio y a Moira Millán*».

Acuñó la palabra Terricidio, parienta de Ecocidio y Travesticidio, para sintetizar los modos de destruir la vida. «Una agresión continua al orden cósmico. Sin justicia, los pueblos nunca tendrán paz». Propone recuperar la mirada ancestral, tridimensional sobre la vida y los seres que se ensamblan en ese orden. No se trata de animales, plantas, agua y aire. «La Naturaleza no sólo esta formada de elementos tangibles», explica Moira. Deja picando: «¿Cómo pudimos como humanidad aceptar el exterminio de grupos de personas y pueblos por su condición social, racial, ideológica o religiosa. Ambientalistas pueblos indígenas, mujeres, movimientos LGBTIQ?».

—¿Hay una imagen fundacional que detonó el concepto de Terricidio?

—Sí. Recuerdo estar en una comunidad Mbya Guaraní y ver a uno de los niños con un tucán en la mano. Detrás, un alambrado electrificado apresaba el arroyo donde antes jugaba. La mirada de ese niño cuidando que el ave no tocara ese alambre fue determinante. ¿Qué mundo les estamos dejando? Varios niños de esa comunidad habían sido heridos al ir al arroyo ¿Cómo es posible que la vida de estas niñeces no valga? El capitalismo voraz está desangrando los territorios. Me impulsó también a pensar en la palabra territorio, no era solamente el aniquilamiento de estas empresas sobre la vida de los ecosistemas tangibles, sino sobre la vida de los pueblos.

—¿Qué sorpresas te depara el libro en otros contextos y culturas?

—Me ha sorprendido que a *Terricidio* le esté yendo rápidamente tan bien. No es que a *El tren del olvido* (su primer libro, una novela) le ha ido mal (se tradujo al inglés, en 2026 se publica en Francia y se va a hacer una película). Me sorprende que esté siendo equiparable a ensayos geopolíticos y ecologistas, a veces muy técnicos, que emergen de sectores académicos. Se ha vuelto un libro bastante popular. Me escriben desde adolescentes hasta gente muy pesquisadora de literatura alternativa. Me agrada sea una conversación directa, honesta y auténtica con el destinatario. Y el destinatario no tiene edad, ni un rasgo cultural o social, son todos los terrícolas. Creo que eso se está percibiendo en la forma en que está llegando a muchos sectores. Las presentaciones en Francia fueron un indicador de esa heterogeneidad.

—En tu cabeza ¿seguís escribiendo este libro?
¿Pensás en qué le agregarías?

—Sí, sumaría cuestiones más propositivas. La categoría de pueblos telúricos está penetrando mucho en la prefiguración del mundo nuevo alternativo. Me entusiasma pensar cómo sería organizarse a partir de esa identidad. Tengo en mi cabeza todo (se ríe). Sería arrogante generar tips de cómo hacer la transición de esta sociedad antropocéntrica, materialista, europeísta, supremacista, racista, hacia el buen vivir. No tengo las respuestas, es algo que se va a caminar de manera colectiva.

«La cuestión mapuche sigue siendo marginal a la agenda de derechos humanos».

—En Terricidio decís que el pueblo mapuche está recibiendo la fuerza para resguardar su territorio y el planeta. También que el fascismo tiene consenso mundial. Te acusaron de terrorista, Victoria Núñez Fernández estuvo presa, sufrieron allanamientos violentos. ¿Cómo cómo vivís esta dualidad y este escenario tan hostil?

—Con indignación por tanta impunidad. Mis dos hijas, Llanca y Rain, están encausadas por los que me quisieron encarcelar. La fiscal María Bottini las acusa porque en el último aniversario de Ni Una Menos, Bottini dio una charla sobre prevención de violencia de género. Era una contradicción, ella fue una de las que llevó adelante el allanamiento a nuestra comunidad con maltrato y violencia hacia mujeres y ancianidades, que culminó con la detención de Victoria. Mis hijas junto a otras hermanas mapuche la interpelaron contándole lo que vivimos. Y ella terminó denunciándolas.

Vivimos buscando fuerza espiritual, vamos al río, ofrendamos, pedimos fuerza, que limpie nuestra mente, nuestro corazón, nuestro espíritu; sabiduría para caminar en los territorios, vivir la vida, que nos protejan. Y también vivimos en alerta. Siguen merodeando los drones, helicópteros, camionetas sin patente, entran de madrugada. Nos quieren desalojar. Todo por proteger el río Carrenleufú de este proyecto de acueducto, con la presencia de fuerzas de Israel en nuestro territorio. Vemos lo que pasa en Palestina ¿Qué compasión van a tener esta gente en nuestro territorio? Y no sé qué nivel de solidaridad va a tener el pueblo argentino. Desde los allanamientos, ninguna organización de derechos humanos de Argentina, salvo la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos de Esquel, llegó a nuestro territorio.

—¿Qué explicación encontrás?

—Por un lado, las organizaciones de derechos humanos están colapsadas por lo que provoca el gobierno. Por



el otro, la cuestión Mapuche sigue siendo marginal en la agenda de derechos humanos. Y están las narrativas dominantes, que mienten, nos colocan como terroristas o salvajes. Habrá que destejer esas narrativas coloniales y recuperar las de los pueblos. Pero es difícil, hay censura. Me invitaron el 8 de marzo Radio Nacional Esquel y no se pudo hacer la entrevista. A la periodista que me llevó la maltrataron. Así cambie el gobierno, no voy a pisar Radio Nacional Esquel. El racismo y la complicidad están alimentados por la impunidad de un gobierno odiante. Es muy difícil hablar de terrorismo en Argentina cuando hay censura sobre lo que está sucediéndonos.

Educar y transicionar hacia el buen vivir

—En el plano ideal, ¿cómo te imaginás el buen vivir?

—A pesar del hostigamiento y represión del Estado argentino, creo que el pueblo mapuche en territorio recuperado construye el buen vivir. En esa autonomía ganamos fuerza y libertad. Con la tierra y desde la tierra es posible crear ese buen vivir. Tenemos que transicionar hacia el buen vivir. Las mega ciudades deberán transformarse, ya no se puede habitar de este modo. Pero el sistema educativo no prepara para el buen vivir.

Moira ejemplifica con los hermanitos que sobrevivieron 40 días a un accidente de avión en la Amazonía en Colombia. «Lograron sobrevivir porque una abuela les enseñó cómo acopiar el agua, qué frutos se comen, cómo armar un reparo en la selva. Les dio ese conocimiento esencial para el desarrollo de la vida y la espiritualidad. Tenemos que pensar qué herramientas vamos a dar a las niñas y adolescencias mientras se está hablando de una posible guerra nuclear, de un colapso ambiental sin precedentes. Hay que educar para el buen vivir».

Las mujeres son hacedoras de mundos nuevos

—¿Conocés experiencias hacia estos horizontes de esperanza desde los pueblos telúricos?

—Afortunadamente sí. Busco siempre estas experiencias, donde me cuentan, voy a ver. Están los liberadores y liberadoras de la Madre Tierra en el Cauca (Colombia), el pueblo Nasa organizándose y protegiéndose con otros sectores campesinos. Recuperan territorio, sembradíos de caña para la biocombustible, quitan el monocultivo y siembran comida. En el tiempo de las cosechas, llenan sus chivas (camiones) de verduras y se van a los sectores más pobres de las ciudades, Cali o Medellín. Llevan el fruto de la Tierra, reparten la comida en los comedores populares en jornadas socioculturales, no al estilo de los gobiernos populistas oportunistas. Generan ese intercambio en espacios de debate, reflexiones, talleres. Hay encuentros, hay palabras, hay música. Y desde ahí se ofrenda a la comida que se ha cultivado liberando la tierra de los agrotóxicos. Tiene otro sabor ese intercambio.

Moira conoce varias experiencias. Habla del pueblo Purépecha de Cherán, «que declaró la autodeterminación echando a los narcos y al Estado mexicano, definiendo cómo generar seguridad y economía». Está la zapatista. Y la que conoció en California. «Me gustó esta alianza de distintos pueblos. La biocultura está de moda, pero ahí vi la plurinacionalidad biocultural, una experiencia agroecológica plurinacional. Hay muchos jóvenes. Y en todo están las mujeres poniéndole garra, fuerza, alegría. Ellas son las hacedoras de mundos nuevos.

Esta entrevista fue publicada originalmente en [Hecho en Buenos Aires](#) a través de nuestro acuerdo de cooperación como medios aliados.

PRESENTES 





**LA CHOLA
POBLETE**



PERFILES Y ENTREVISTAS

La Chola Poblete

«Argentina no es blanca ni heterosexual»

Por Ana Fornaro

Fotos: Ariel Gutraich

El primer encuentro de la [Chola Poblete](#) con el arte fue gracias a un enano. Tenía cinco años y estaba hojeando una enciclopedia ilustrada que había en la casa de su abuela, en un barrio humilde de Guaymallén, Mendoza, donde vivían con su madre. Señaló la imagen y su madre respondió: es un cuadro. Así supo que existía esa posibilidad llamada pintura. «Me quedó grabado porque en lugar de decirme: es *un enano*, me dijo *es un cuadro*, en un momento en que yo no sabía que existían los cuadros, ni el arte. ni museos o galerías. Mi mamá era empleada doméstica, trabajaba todo el día. En la escuela tampoco nos llevaban a los museos. Pero ese día se me abrió algo», cuenta a Presentes, mientras camina por su taller del microcentro porteño, un espacio amplio tapizado de obra en proceso y una oficina.

Pasaron treinta y un años desde aquella primera revelación y hoy Chola Poblete es una de las artistas visuales argentinas con mayor proyección internacional. Lejos quedó el romanticismo de la artista encerrada en un



tallercito en contacto íntimo con la obra. La puerta de entrada de vidrio anuncia *Chola*, en letras fosforescentes, como si fuera un camerino. Prepara una muestra grande para noviembre en la Ciudad de Buenos Aires y en su taller trabajan tres personas más. Nico y Manola la ayudan a pintar y Gonza se encarga de las tareas administrativas.

Belleza americana: la bomba interseccional

Desde 2017, a partir de [su primera muestra en ARTEBA, todo se aceleró. En aquella performance, «American beauty»](#), vestía un traje tradicional andino y bailaba mientras sus pies destrozaban un colchón de papas Lays, el alimento ancestral devenido en comida chatarra. Así se hacía conocida esa bomba interseccional que es Chola: cultura originaria, identidad marrona *queer*, conciencia de clase y cultura pop. Eso que la crítica ha etiquetado como posneobarroco latinoamericano o posneobarraco bastardo y hoy ocupa un lugar privilegiado en el mercado del arte contemporáneo. Con representantes locales que van desde [Egar Murillo \(Jujuy, 1951- Mendoza, 2025\)](#), referente para Chola y varias generaciones de artistas, hasta el performer [Tiziano Cruz \(Jujuy, 1988\)](#) pasando por la artista visual mapuche Seba Calfuequeo (Santiago de Chile 1991) y universos donde aparece la hibridación cultural y el sincretismo desde lo interdisciplinario.

La obra de Chola Poblete se fue construyendo a partir de una convergencia de prácticas y soportes: performance, esculturas hechas de pan, acrílicos, collage, telas, fotografía y acuarelas -como las vírgenes que la hicieron famosa-, imágenes sagradas rodeadas de iconografía profana, whipalás, letras de canciones de rock, el escudo argentino y otros símbolos que van



deconstruyendo cualquier idea de lo identitario como algo estanco.

De una reina a otra, cinco siglos después

Después de aquella performance de Arteba, fue becaria del Programa de artistas de la Universidad Di Tella. Con eso llegó el fin del *under* mendocino y una nueva vida porteña. «Yo al principio no quería saber de nada con Buenos Aires. La pasé mal. No tenía un peso, no me agarraba ninguna galería, hice una muestra en el Cultural San Martín simplemente porque me daban dinero. Fue la peor muestra que hice en mi vida. No fue nadie, no invité a nadie. Era en un pasillo horrible», cuenta.

En esos años sobrevivió haciendo de todo un poco — diseñando flyers, trabajando en el Museo de Arte Contemporáneo de La Boca —y, paradójicamente, fue en la pandemia cuando llegó el despegue. [La llamaron de la galería Pasto](#) y en 2022 llevaron su obra a la Feria Arco, en Madrid. «Ahí empezó todo», dice la Chola. El punto de quiebre fue la visita a su stand de la reina Letizia: las fotografías y la crónica de ese encuentro dieron la vuelta al mundo. La Chola decidió no cumplir con el protocolo de saludo real y le dijo a la reina, tapabocas de por medio: «Después de 530 años nos volvemos a encontrar».

«La Casa Real te da un protocolo de cómo te tenés que comunicar con los reyes y yo quería hacer una acción, una performance, pero no me dejaban y no quería caer en el cliché. Entonces se me ocurrió esto de que justo se cumplían 530 años de la Conquista. Me sentía la reina de mi stand. Le dije esa frase y ella me quedó mirando. Me preguntó con qué pronombre quería ser nombrada, recorrimos el stand. Bastante piola,

la verdad. Al día siguiente me estallaba el celular y me di cuenta del impacto que había tenido. En un momento íbamos en el subte con unos amigos y un chico que debía ser de Bolivia o Perú me dijo: *Chola te amo*. Imaginate, en Madrid. Yo no lo podía creer».

No era la primera vez que visitaba la capital española y tampoco era la primera vez que un viaje a Madrid le cambiaba la vida. Cuando tenía 20 años salió del clóset mientras estudiaba profesorado y licenciatura de Artes Visuales en la Universidad en Mendoza, lo que resultó en una pelea con su madre. Empezó con crisis de ansiedad y una depresión, y se fue de la casa. Unas tías que vivían en Madrid la invitaron a quedarse un tiempo con ellas.

«Visité todos los museos que pude. Quería ver por mí misma eso que había estudiado y ahí me encontré con el enano de mi infancia. [Era el enano de Velázquez](#). Ahí entré más en crisis todavía, porque sentía que todo ese arte europeo no me representaba, ni a mí ni a mi cultura. Esa tradición europea en nuestra pintura tampoco representaba a la verdadera Argentina. Y yo quería estar en los libros de arte». En medio de esa crisis nació su personaje de La Chola Poblete, un alterego que, transición mediante, se fue convirtiendo en su identidad.





Infiltrada entre mundos

Cuando se le pregunta por el lugar de lo identitario en su vida y en su obra, la Chola no da respuestas categóricas porque son dimensiones que se fueron contaminando mutuamente. Los devenires vitales de Mauricio Poblete —personaje biográfico al que sigue recurriendo en su obra— llevaron a la creación de la Chola y a su vez la Chola fue ocupando cada vez más espacio hasta volverse su yo. Pero, dice, cada vez habita más la disociación y se pregunta cuánto hay de performance, justamente, en los devenires identitarios.

El universo de Chola está poblado de influencias que trascienden el mundo del arte. Antes de aprender técnica e historia en la facultad, creció dibujando a las modelos que copiaba de las revistas de chimentos, leyendo la Rolling Stone, escuchando radio Aspen y mirando MTV. «Soy un producto de los '90», dice entre risas y señala unas muñecas Barbies que ahora viven en el taller. Fue una década cruel para quienes no se amoldaron a una hegemonía y ese resabio, entre la nostalgia y la crítica social, está muy presente en su obra, que por momentos adopta tonos melancólicos, como hizo en [«Ejercicios del llanto»](#), una muestra introspectiva que realizó en 2024 para el Museo Moderno de la Ciudad de Buenos Aires.

«El amor para chicas como yo»

«Yo escribo lo que me pasa a mí básicamente. Y a veces cuando siento que estoy demasiado en plan diario íntimo y no quiero mostrar tanto —porque igual ya mostré demasiado— empiezo a escribir frases de canciones o frases que dicen otros artistas en entrevistas con las que me siento identificada». Esas frases expresan su preocupación por el amor (o el desamor), y conviven junto a las reflexiones más políticas o sociales. «Nunca estuve en pareja y me dan ganas, pero no es fácil el



amor para chicas como yo. Ahora estoy súper bien en lo profesional, siento que todo se ordenó, he viajado por todos lados. Pero cuando vuelvo a mi casa después de estar rodeada de mucha gente, de los eventos, de una muestra, o mismo de acá en el taller, me encantaría tomar un vinito con alguien, compartir con alguien y no existe eso. Ahí me agarra una angustia existencial. Las personas que he conocido solo te quieren o desean entre cuatro paredes, no se comprometen. O terminás en las *apps* de citas con gente random que no entiende mi trabajo ni quién soy. Hay una cosa muy dividida donde yo siento que en un lugar me valoran un montón y en el otro lado, soy nada», comenta. Es en el terreno de las relaciones íntimas donde siente más la discriminación por ser trans. Porque en el resto de la vida cotidiana, dice, lo que impera más es el racismo y eso lo sintió desde chica.

«Me discriminaron más por mi color de piel que por marica»

«Sobre todo en Mendoza, donde existe una comunidad enorme de trabajadores golondrina y gente que viene del norte o de Perú y Bolivia a trabajar en las bodegas. Y Mendoza es muy careta. Hay muchas palabras o insultos despectivos que tienen que ver con ese sector. Boliperuano, chola, el ajo, la cebolla, etc. En los boliches me sentí más discriminada por mi color de piel que por ser una marica. Pero me las arreglaba para entrar, me hacía amiga de los patovas, les hablaba hasta que los cansaba y me decían, dale pasá».

Chola estaba acostumbrada a navegar por varios mundos, entre distintas clases sociales y accesos a la cultura. Igual que ahora. Su mamá la mandaba a escuelas del centro, cerca de sus trabajos, para poder coincidir con sus recreos. En esas escuelas sus compañeros eran hijos de profesionales, una realidad muy diferente



a la de su barrio. «Tenía un vecino que no tenía un peso y andaba descalzo. Después iba a la casa de uno de mis compañeros del centro con sus casas de cemento y nosotros no teníamos ni siquiera medianera. Cuando llovía y todo se inundaba, mi mamá nos ponía unas bolsas de supermercado cubriéndonos los zapatos para salir del barrio y tomarnos el colectivo. Me sentía la persona más ridícula del mundo caminando todas esas cuadras pero cuando llegábamos al centro nos sacábamos las bolsas, quedábamos impecables, los zapatitos todos brillantes. Por eso yo creo que la vida me preparó para tolerar un montón de situaciones incómodas y adaptarme», responde cuando se le pregunta por cómo se maneja en el mundo del arte, que es también el mundo del dinero.

Fuego y furia travesti

«La Bienal de Venecia reconoce por primera vez a una artista queer», «Una artista trans argentina recibe mención honorífica en la Bienal de Venecia», [titularon diarios y portales del mundo el año pasado](#). El despegue europeo que había empezado con Madrid y la reina Letizia en 2022 siguió con el premio de Artista del Año de la Fundación Deutsche Bank en 2023 y la invitación especial a formar parte de la Bienal de Venecia en 2024 con una curaduría de [Adriano Pedrosa, director artístico del Museo de Arte de Sao Paulo](#).

«Cuando Adriano me dio la noticia me dijo: *quiero tres obras*. Y yo le dije: *quiero otra reunión*. Él se reía, porque nadie pide más reuniones cuando te invitan a la Bienal. Decís que sí y ya. Pero yo quería lucirme y mostrar más obra. Desde Berlín me tomé un avión hasta Venecia y tuve la reunión. Me dijo *bueno, te doy 24 metros, que es muchísimo*. Porque yo quería armar una obra instalativa, hacer todo, dar lo mejor y él me dio

ese espacio increíble y ahora va a curar mi muestra en Sao Paulo el año que viene», cuenta orgullosa.

«Yo no me echo para atrás a la primera, ni loca. Esa pulsión siempre me ha llevado a muchas cosas. Y la verdad no tiene nada que ver con el amor sino con la ira. O una angustia que se transforma en ira y me hace sentirme a la altura. Y decir, yo quiero esto. Es algo que me agarra por dentro, como un fuego», dice. Ese fuego, reconoce, también es colectivo, tiene que ver con los tejes armados con sus amigas trans, quienes hoy viven en carne propia [los retrocesos de las políticas de género y los discursos de odio del gobierno de Javier Milei](#).

«Tengo amigas que se quedaron sin laburo, volvieron a las calles después de haber tenido por primera vez un trabajo formal. Otras están en los Bosques de Palermo y la policía está más salvaje que nunca. Eso está pasando. Pero creo que de todas maneras pasamos una barrera. Más allá del contexto actual hay cosas que no vamos a volver atrás y en eso tiene que ver toda la deconstrucción de los últimos años, el feminismo, todo lo que se dio», dice convencida.

Es como si convivieran dos realidades: una política que busca arrasar con las políticas identitarias y leyes, y otra que habita en los mundos paralelos de las redes sociales y los circuitos artísticos donde las identidades disidentes por primera vez tienen una audiencia masiva que las admira y las escucha. «Yo miro mucho Tiktok y ahí está [La Cuerpo](#) y otras chicas trans o de otras partes del mundo, tienen millones de seguidores y son referentes para muchas las nuevas generaciones. La idea es mostrar que existen otras realidades, como yo hago con mi obra cuando voy a Europa, por ejemplo, y muestro que Argentina no es blanca ni heterosexual».

PRESENTES



www



**MÓNICA
ASTORGA**



PERFILES Y ENTREVISTAS

Mónica Astorga, la «monja de las trans»

Por Agustina Ramos

Fotos: Ariel Gutraich

Mónica dobla la esquina y aparece un sábado soleado de enero por la avenida Rivadavia. Hace dos años vive en el barrio porteño de Flores. Lleva el pelo atado, una remera azul, bermuda de jean y sandalias beige. Su *look* discreto y estatura pequeña no deberían llamar la atención, pero tiene un rasgo que la diferencia del resto de los transeúntes: una gran sonrisa. Es un gesto con el que convive la mayor parte del tiempo. Viaja hasta el Hospital Borda. Llega alrededor de las 8.30, con un paquete de diez atados de cigarrillos y alfajores de distintos gustos. Es el regalo que pidió por su cumpleaños Marcela, la «Rompecoches», una mujer trans de 54 años que se encuentra desde hace seis meses internada en el hospital público. Cuando llega Mónica, Marcela ya está despierta, aunque no fue a desayunar como el resto de sus compañeros de sala, todos varones. «¿Cuánto te van a durar?», la reta cuando le entrega el paquete.

Marcela es la antítesis de Mónica. Es enorme y de curvas marcadas. Tiene una melena abundante con rulos, nariz respingada perfecta y las cejas en forma de «v», con un aire a la actriz Graciela Borges. Su apodo lo ganó cuando un día, furiosa, rompió un patrullero en medio de una de las peleas frecuentes que tenían ella y sus

compañeras con policías, mientras ejercían el trabajo sexual en Panamericana.

Está acostada y al cabo de un rato nos pide ayuda para enderezarse. Lo hace con cuidado: le duele la cola al sentarse.

—Por todo eso que se han puesto—, le reprocha la ex hermana.

—No sabíamos, Mónica. Igual... cuántas cosas me ha dado esta cola—. Se ríe. Tiene un humor ácido. Hace poco tuvo dos accidentes cerebro vasculares. Se mueve con dificultad, aunque se encuentra mejor que semanas atrás. Está de buen humor, sonríe y habla con ganas.

Cuando Mónica se despide y se acerca a darle un beso, Marcela le pide «dos, como en París». «Sus compañeras dicen que era mala. Imaginate, la ‘Rompecoches’ le decían. Pero cambió mucho. A mí me dice ‘te quiero’ por mensaje. Creo que ellas no se lo podrían imaginar».

Una cama limpia para morir

Mónica Astorga Cremona nació el 3 de diciembre de 1964 en el Hospital Piñero, en la Ciudad de Buenos Aires. A los tres años sus padres se separaron y fue a vivir con su madre a Rauch, en la profundidad bonaerense. Tiene 60 años, pero no los aparenta, no tiene casi arrugas. Debajo del hábito pudo controlar los rulos que nunca le gustaron. Hoy lleva un cabello lacio y negro, lo más parecido que podría tener a un velo. Cuando le contó a su familia que había dejado de ser monja le dijeron que no iban a poder verla sin sus vestiduras. Hasta ahora, no pudieron.

Dedicó la mayor parte de su vida al servicio dentro del monasterio dirigido por la Orden de las Carmelitas



Descalzas en la provincia de Neuquén, donde llegó a ser madre superiora durante dos trienios. Hoy continúa su vocación por fuera de la Orden: cuarenta años después de haber ingresado al monasterio se vio obligada a solicitar su desvinculación. Fue monja de clausura o contemplativa, lo que quiere decir que su vida se encuadraba dentro del monasterio, donde se dedicaba a la oración y la búsqueda de unión con Dios. Antes las llamaban «monjas encerradas». A lo largo de su vida acompañó a personas con consumos problemáticos y a aquellas que nadie quiere visitar, como los condenados a prisión perpetua. Lo hacía enviándoles cartas a las cárceles. Hasta que en 2006 conoció primero a una, después a cuatro y finalmente a decenas de travestis y trans de la ciudad de Neuquén.

«Un día viene Romina, una compañera de San Juan, y nos cuenta que había ido a la iglesia de Lourdes a dejar su diezmo, pero no se lo recibieron porque provenía de la prostitución. Ahí conoció a una monja y un cura que le presentaron a otra hermana: Mónica. Y ella quiso conocernos. Nosotras... te podés imaginar. ¿Qué puede hacer una monja por nosotras que vivíamos corriendo de la policía o caíamos detenidas? Pero fuimos a conocerla. Yo soy muy católica. Fuimos cuatro: Victoria, Luján, Romina y yo». La que habla es Katiana Villagra, una mujer trans de 62 años. Llegó a Neuquén cuando tenía 22 luego de haber deambulado por distintos lugares de Buenos Aires. No le gustó. Los tacos y las medias que tenía impecables en el asfalto se fueron percutiendo al costado de la ruta, con las calles de piedra y el viento sin tregua. Fue una de las primeras en llegar, pero al poco tiempo se llenó de travestis y trans de distintas provincias: eran más las de afuera que las propias neuquinas.

—¿Por qué iban a Neuquén?

—En Buenos Aires en ese tiempo eran 30, 60, 90 días que te dejaban detenida. No teníamos derecho a nada.



Lo que tenía de bueno Neuquén era que no nos llevaban detenidas. Y si lo hacían, el operativo duraba 24 horas. Hubo un tiempo, más adelante, que sí empezaron a llevarnos detenidas todo los días. Pero para ese momento yo ya era ciudadana neuquina y había elegido este lugar. Si vos tomás agua del río Limay no te vas más.

Con los años, Katiana continuó trabajando en la calle, se colocó siliconas y ya se consideraba una activista. Tenía 40 años cuando conoció a Mónica.

—La hermana era chiquitita, pero hermosa. Lo primero que nos preguntó fue qué sueños teníamos. Luján le dijo que le hubiese gustado terminar su carrera y estudiar para ser chef; otras compañeras, que querían ser peluqueras; y otra estaba estudiando masajes y esas cosas. Me acuerdo que cuando me preguntó a mí, le dije que quería «una cama limpia para morir». Yo no me había dado cuenta que había causado tanto en ella lo que dije. En aquel tiempo estábamos con la epidemia del sida y en el hospital, cuando ya no podían hacer más nada por las compañeras con VIH te daban el alta y una cama del hospital para que fueras a morir a tu casa. ¡Y nosotras no teníamos casa! Entonces ibas a la de otra compañera. Le poníamos el suero en el lugar en el que estábamos fumando, drogándonos, tomando alcohol para salir a trabajar. Y la compañera estaba ahí entre nosotras. Siempre que me tocaba ver las sábanas estaban sucias. Por eso quería una cama limpia para morir. Porque yo ya estaba en edad.

A sus 40 años, Katiana ya se sentía próxima a la muerte. Sabía que el promedio de vida del colectivo travesti trans al que pertenece rondaba -y ronda aún hoy- los 35 años. Hoy, con 62, es una sobreviviente.

Esa charla despertó una obsesión para Mónica.

Años duros

A los 7 años tuvo por primera vez el deseo de ser monja. Vivía con su madre, María Vilma, en una casa precaria, antigua, de techos altos y tejados. La mujer trabajaba en un restaurante de Rauch. Mientras mataba pollos y los desplumaba, Mónica pelaba las papas, que se acumulaban en cajones por toda la casa. Como llevaba todos los años guardapolvo y útiles nuevos, en la escuela ignoraban la situación en su casa, donde varias veces en la semana no tenían para comer. Era el regalo de su padre, que le enviaba una vez al año el dinero justo -ni más, ni menos- para que compre lo necesario para el colegio. También una vez al año, para las fiestas, lo veía. Aunque a veces le enviaba juguetes, Mónica se armaba los propios. En un cuarto creaba una farmacia, en otro era la encargada de un negocio y en el comedor, oficiaba de maestra. En el patio de su casa habían colocado la antena del vecino. Subía por ella hasta llegar al techo de su casa, desde donde pasaba horas observando el pueblo en altura mientras hacía cruces con un piolín.

«Fueron años difíciles, nos la arreglábamos las dos solitas. Ella era alcohólica. Yo le pedía que por favor no se





muriera porque no sabía qué iba a hacer sola. Vivíamos con muy poco. Y aún así, siempre me decía: ‘Si alguien viene a pedir algo a esta casa no se puede ir con las manos vacías’. Cuando le dije de chiquita que quería ser monja, me escuchó y me empezó a mandar con dos hermanas que trabajaban en un hospital. Yo iba a jugar con ellas», comparte sentada en el living de su casa, mientras cebe mate.

Luego, las cosas no se pusieron más fáciles. Cuando terminó la primaria se fue a vivir a lo de unos tíos en la Ciudad de Buenos Aires, en el barrio de Flores. Le dijeron que no le iba a faltar nada.

«Fue todo una mentira. Pasé a ser una sirvienta de ellos. Me daban una plata que no me alcanzaba para comprar los útiles así que empecé a trabajar. La mitad del sueldo se lo daba a ellos y el resto lo tenía para el estudio. Fueron años de estar muy triste y enojada, pero siempre me mostraba bien, con una sonrisa. Creo que nadie se lo imaginaba. Una amiga de ese momento me preguntó si no quería empezar a participar de un grupo en una iglesia. Le dije que no quería saber nada, estaba enojada con Dios. Ella insistió. Para mí desde chica la iglesia era un refugio y cuando al final fui sentí lo mismo que sentía cuando entraba a la iglesia de Rauch», cuenta.

Ese año, el grupo religioso al que empezó a asistir viajaba a Neuquén. No le avisó a nadie de su familia y se fue hasta allá en tren. «Cuando llegué lo que me impactó fue que era un barrio muy muy humilde», dice.

El convento al que llegó era el Monasterio de la Santa Cruz y San José de la Orden de las Carmelitas Descalzas. Fundado en 1982 fue el primero dedicado a la vida contemplativa en Neuquén. Dos casas pequeñas prefabricadas donde se llevaba adelante una rutina diaria austera. Cada monja contaba con un cuarto y un cajón de frutas en el que colocaban su ropa. A un lugar



con estas características fue a vivir Mónica con 20 años. Ese diciembre pasó la mejor Navidad de su vida.

«Sentí que era mi lugar, como que había vivido ahí toda la vida», dice.

A los 20 días de haber ingresado al convento le avisaron que habían internado a su madre de urgencia por una hemorragia. Para ese momento, la familia debía quedar atrás al entrar al Carmelo, pero su madre superiora le insistió en que fuera a verla.

«En marzo viajé. Estaba consumida: cáncer de útero. Ahí fue cuando me dijo: ‘Te veo feliz. Estás en el lugar donde siempre quisiste estar’. Era la única que sabía lo que yo quería. Todo lo que soy es por mi mamá».

Vida de convento

En el convento, Mónica se despertaba a las seis y media de la mañana. Junto a las demás hermanas rezaban de forma comunitaria y luego, una oración individual de una hora. Seguía una misa, el desayuno y empezaba la primera parte de su jornada de trabajo. Limpiaban, hacían artesanías y vendían los alfajores *Del Carmelo*. Rezaban y almorzaban todas juntas en silencio. Lavaban los platos y disponían de una hora de recreación juntas. En ese rato, Mónica compartía con el resto las noticias que había leído la noche anterior, en su mayoría policiales, una costumbre que le quedó de acompañar a los presos. Un rezo corto de diez minutos y después podían salir a caminar, descansar o leer. Por lo general elegía la caminata, seguida de un baño y una siesta breve antes de volver al trabajo. Tenían formación comunitaria, una segunda hora de oración y un rezo de media hora en conjunto, con salmos y lecturas. Para que el día no se hiciera tan largo habían decidido que la cena fuera hablada así juntaban el momento de recreación con el de la comida. La última oración del

día y cada una se retiraba a su cuarto. «Ahí arrancaba con todo lo de las trans, con las redes sociales, a contestar cosas», cuenta Mónica.

Cuando ingresó al Carmelo se juró dos cosas: que no iba a perder la alegría y que iba a mantener los pies sobre la tierra. «Para mí pedir en la oración por ‘todos los que sufren, por todo el mundo’ no iba. Quería poder tocar a esas personas. Quería llevar los rostros a la oración», dice.

Comenzó a usar su tiempo de descanso, a mitad del día, para recibir a las mujeres. En esas conversaciones, Mónica quedó impresionada con sus vidas: el acoso en la escuela, el abandono del hogar, la necesidad de migrar a otra provincia, las inyecciones de aceite de avión para agrandar colas y pechos, la persecución policial. Conoció el lenguaje y el humor particular que comparten e incorporó sus códigos. Su semblante sereno podía endurecerse rápidamente cuando la conversación se volvía una disputa. En esos momentos, el ambiente se cortaba en seco. «¿Cómo se van a tratar así? Tanto esfuerzo que hacen para no ser tipos y al final actúan como ellos», les llegó a decir, furiosa.

Incorporar la tecnología en el convento fue una odisea. «Cuando empezó el tema de los mails yo fui la primera que se armó uno. Una hermana había conseguido una

«Para mí pedir en la oración por ‘todos los que sufren, por todo el mundo’ no iba. Quería poder tocar a esas personas. Quería llevar los rostros a la oración».



computadora viejita y pedí permiso para que dos amigos que trabajaban en sistemas me enseñaran. Insistí y se puso una computadora en el comedor con un mail comunitario. Lo veía todo el mundo. Tuve un celular chiquitito que en 2007 me dieron unos familiares. Les dije que no podía tenerlo y me dijeron que lo tuviera escondido. ¿Por qué teníamos que vivir ocultando? Te decían que te ‘invadía el mundo exterior’ si entraba algo así», cuenta. El facebook de Mónica se hizo conocido para los activismos LGBTIQ+ y el periodismo que cubre temas de género. Además de ponerse en contacto con las mujeres trans que acudían a ella, llevaba un conteo de los transfemicidios, travesticidios y transhomicidios que ocurrían en el país. Los publicaba religiosamente cada vez que se enteraba de uno nuevo.

Tras la muerte del Papa Francisco, en su perfil de Instagram, Mónica recordó la primera carta que le envió Francisco desde Roma. Fue en respuesta a otra que le hizo llegar Mónica junto a mujeres trans de Neuquén, quienes querían compartir sus buenos deseos para esta nueva etapa. Él respondió: «Querida hermana Mónica: Ahora a seguir adelante... con la oración y el trabajo de frontera que el Señor te ha puesto delante. Deciles de mi parte que no las condeno, que las quiero y que desde mi corazón las acompaño en el camino de la vida rezando por ellas. Pero que, por favor, recen por mí. Que les agradezco que recen por mí, y que Jesús y la Virgen las quieren, que no duden de esto. Te dejo. Por favor no te olvides de rezar por mí. Que Jesús te bendiga y la Virgen Santa te cuida. Francisco».

«Siento que quedé huérfana. Siempre le dije que era mi padre, mi pastor, mi hermano y amigo. Me acompañó en esta lucha para visibilizar a las trans. Recibió a muchas de las chicas, a otras las llamó por teléfono. Me dijo siempre ‘contá conmigo’. Me insistía en que dijera que Dios las amaba y los amaba, que nunca bajen los brazos y respetaba mucho al colectivo LGBT», dijo Mónica a Presentes.



La cooperativa

Con la frase de Katiana en su cabeza, «una cama limpia para morir», empezó a tocar puertas. El arzobispo Marcelo Melani cedió una casa destruida, que Cáritas refaccionó, para que las chicas, al salir del hospital, tuvieran un lugar. Se llenó de mujeres trans y travestis que se reunían a compartir el rato. Romina y Victoria abrieron una peluquería y Katiana, un taller de costura: no fue un lugar para morir, sino para vivir.

Por esos años, Katy pudo dejar la calle, pero no el alcohol. Cada Navidad la llamaba a Mónica llorando, borracha. Fue el puntapié para gestar otro proyecto. La Casa Santa Teresita del Niño Jesús fue inaugurada en 2019 en la ciudad de Neuquén con el objetivo de impulsar acciones de prevención y tratamiento para asistir a personas trans con consumos problemáticos. «Es la obra de Mónica que voy a continuar mientras pueda», cuenta Kati, quien hoy co-coordina la institución y hace doce años que no bebe.

Pero Mónica tenía otro objetivo en mente. Necesitaban un lugar al que volver después de trabajar y de formarse: una casa digna, donde poder bañarse, cocinar y descansar en una cama limpia para vivir.

Un día, la frase de Kati se materializó. [El 10 de agosto de 2020, en plena pandemia, la provincia de Neuquén inauguró el primer complejo de viviendas destinadas a mujeres trans y travestis del mundo.](#) El municipio de Neuquén cedió el terreno y el gobierno provincial, a cargo del gobernador Omar Gutiérrez, ejecutó la obra impulsada por Mónica. Son doce monoambientes junto a un salón de usos múltiples, donde viven doce mujeres trans adultas mayores.

Fueron meses de felicidad. Las mujeres, con sus pocos enseres, comenzaron a acomodar su nuevo hogar



y a improvisar vivir solas con vecinas. Mónica las siguió recibiendo, ahora con el alma un poco más tranquila. Sabía que no había casas para todas, pero había sido un gran paso. Llegó la Navidad y junto a las demás monjas del Carmelo prepararon dulces con un mensaje que repartieron en cada casa del barrio. Hay una *selfie* que la muestra a Mónica en primer plano y a tres hermanas, todas sonriendo, mientras entregan el regalo. «Pasamos una Navidad en la que yo no sabía lo que venía», cuenta.

La discriminación

El 22 de diciembre de 2020, el obispo Fernando Croxatto visitó el monasterio de Mónica para hacer una visita fraterna. «Es algo que se suele hacer, distinto a la visita canónica que se realiza cuando existe una causa seria por determinadas denuncias», explica Mónica.

Luego de haber hablado con cada una de las hermanas que conformaban la comunidad, el 15 de enero el obispo hizo una devolución sobre la visita. Ahí empezó su sorpresa: dijo que un acompañamiento pastoral no entraba dentro del carisma teresiano. Es decir, que el acompañamiento que Mónica hacía con las trans no era propio de una vida contemplativa.

«Se basó en críticas que hicieron las demás hermanas. Dijeron que no estaba nunca. Yo era madre superiora y al año siguiente había elecciones. No me querían ahí adentro. Yo no había abandonado el cuidado del monasterio ni mis tareas. Todo lo hacía en los momentos que teníamos de descanso. Ellas fueron con cosas sin argumentos y él les creyó sin preguntar. Nadie me preguntó hasta el día de hoy qué pasó», dice la ex hermana.

Viajó a Buenos Aires, donde le prestaron un departamento cerca del Congreso, hasta que las cosas se

acomodaran. «Estaba muy mal, caí en una depresión de la que me costó mucho recomponerme», cuenta. En febrero tuvo que volver a Neuquén. Pensó que la Orden ya había solucionado su situación y que volvería a vivir en el monasterio. «Pero cuando fui me pidieron que decidiera. O eran ellas o era yo. Entonces dije que prefería que siguiera la comunidad adelante y yo me abría. Aceptaron. Al final, entre idas y venidas quedaron solamente tres monjas en la comunidad, dijeron que no la podían sostener, así que cerró el monasterio».

Mónica pidió el pase al convento de Córdoba y estuvo allí un año y ocho meses, hasta diciembre de 2022. Luego de una serie de cuestionamientos —«Esto no es una casita trans», «Vos llegaste con la estantería vacía y la empezaste a llenar con todas tus cosas», «A vos ya se te cortó la cabeza»—, tomó la decisión de pedir una dispensa de sus votos religiosos.





Lo que consideró una traición de parte de las demás hermanas y del obispo en Neuquén, el cierre del monasterio que la enamoró a sus 20 años y en el que vivió durante cuatro décadas, las frases por lo bajo y las objeciones a su labor en el convento de Córdoba hicieron finalmente que, antes de perder la Fe, solicitara la desvinculación de la Orden.

«Mi corazón se siente roto y sangrante. No formó ni formará parte de mi deseo ni voluntad dispensar mis votos como Consagrada a Jesús», publicó en Facebook el día que el Vaticano aceptó su solicitud de dimisión.

Pionera

El Fray Miguel Márquez Calle es padre general de los Carmelitas Descalzos. Conoció a Mónica cuando era responsable de la Orden en la provincia Ibérica de España. Desde entonces cada vez que visitó la Argentina se encontraron y fueron creando una amistad.

«A mí me pareció muy bonito cómo empezó todo. Ofrecer con mucho respeto un espacio de escucha y de acogida, donde sintieran que las trataban bien. Desde su ámbito... porque ella era una monja contemplativa. No era una monja de vida activa», dice. Por su rol dentro de la Iglesia viaja a muchos lugares del mundo, pero en esta oportunidad habla con Presentes por teléfono desde la calle de Roma, cerca de la Villa Borghese.

Considera que el acompañamiento que venía llevando adelante Mónica tenía acogida dentro de la Orden, pero esta dependía de cada persona. «No sabría decir si había gente que no fuera tan favorable o menos aceptable al tema. Seguramente sí alguna gente», comenta. Para él, lo que ocurrió con la salida de Mónica tiene que ver con una tendencia que observa en distintos países: que las comunidades van decreciendo, cada vez son menos monjas y no pueden continuar. No cree que sea



por el trabajo que venía haciendo con el colectivo travesti trans. «No tengo noticias de que la denunciaran o le reprocharan su trabajo. A lo mejor hubo algo de esto, pero yo no puedo certificarlo. Creo que es verdad que ella ha tomado otra opción de vida».

Dentro de la Iglesia «se está haciendo un trabajo, pero es verdad que hay parte que mira con recelo todo lo que se refiere a cuestiones que tiene que ver con las personas trans —explica—. Hay una facción que puede ser más moralista, que tiene un juicio más implacable en relación a las trans y hay otra que acompaña, acoge, que hace un proceso de reconocimiento. Me parece que tenemos que educar en un pensamiento más de comunión en la diversidad».

Antes de colgar el teléfono para volver a sus tareas, agrega: «Valoro cómo le ha tocado luchar desde pequeña. Creo que no ha habido una persona valiosa, lúcida, que haya tenido una palabra que no haya sido discutida o criticada. Son personas que a veces son pioneras y no son comprendidas en el tiempo en el que viven».

Un poco de alivio

Hace pocos meses cuando caminaba por el centro porteño, Mónica vio a una señora recostada en el piso, al lado de una verdulería. «Tenía los pies hechos un desastre y pensé en quién se animaría a tocarlos», comparte Mónica en su casa, mientras Roco, un caniche mediano blanco, la interrumpe. Fue el impulso para estudiar Podología, una herramienta que hoy pone al servicio de otros. «La mayoría de las personas descuida sus pies», dice. Comenzó a ir al Hospital Borda al servicio voluntario para personas internadas. Ahí conoció a Marcela, cuyo ingreso fue una excepción ya que el lugar en realidad está destinado a varones. «Me siguen las trans», dice y se ríe. También fue al Archivo de la Memoria Trans para llevar alivio de forma gratuita a

las mujeres veteranas que lo conforman. «Después de tantos años de estar paradas en la calle o en la ruta los pies quedan destruidos», dice.

En una de las habitaciones del departamento donde vive en Caballito, cedido por la Iglesia luego de una larga insistencia, decidió montar un consultorio de podología, en el que atiende de forma privada, y en el perfil de Instagram ([@piealiviado](#)) publica los servicios que ofrece. Lo hizo gracias a la ayuda de «las chicas», como le dice a las amigas trans que forjó a lo largo de los años. Cuando confesó su idea, le dijeron: «Nosotras nos encargamos de que tengas todo».

La última Navidad la pasó sola. Se dedicó a rezar por todas las personas que pasaban esa noche en soledad. «‘Sos una trans más’, me dicen. Yo siempre digo que hay que conocer el dolor del otro de verdad».

PRESENTES 





**TRINIDAD
GONZÁLEZ**



PERFILES Y ENTREVISTAS

Trinidad González

«Merecemos contar nuestras historias»

Por Geo González

Fotos: Mónica Godefroy / Netflix

Trinidad González es la primera actriz trans mexicana en protagonizar una serie de Netflix México y Latinoamérica interpretando a Sicarú, una mujer trans del Istmo de Tehuantepec en Oaxaca. La serie *El Secreto del Río* pone en centro a las infancias trans, las personas muxe y la potencia de la amistad. Platicamos con Trinidad sobre la importancia de la representación y el valor de las redes que acompañan a las disidencias.

Trinidad es modelo y actriz. Nació en Macultepec, Tabasco, un estado al suereste de México en donde aún está pendiente que se reconozca el derecho a la identidad de las personas trans.

En palabras de Trinidad, donde creció es un lugar «cerrado y arraigado a raíces católicas, y aunque Tabasco tiene su encanto la gente siempre fue muy ruda conmigo». A pesar de ello cuenta que «afortunadamente tuve un círculo donde pude ser yo, mi amiga, mis primos, mis hermanos. Ese fue el círculo que me defendía pero con los adultos fue muy complicado».



Como la mayoría de las personas trans en México, Trinidad si bien no pudo poner en palabras su identidad de género ya en su infancia tenía certeza de quién es.

Como dato, en México el 62.4% de las personas trans se dieron cuenta antes de los 7 años que su identidad de género es distinta a la que les fue asignada al nacer, de acuerdo a la Encuesta Nacional sobre Diversidad Sexual y de Género ([ENDISEG, 2021](#)).

Las violencias y barreras del contexto donde creció fueron motivo para que Trinidad migrara. Durante la conversación reflexiona, hace memoria y cuenta que migrar no fue fácil pero había razones, sueños para hacerlo. «Yo no huí de mi realidad porque esa nunca fue mi realidad. Yo corrí hacia una libertad que deseaba y ha sido de las mejores decisiones que he tomado en mi vida».

A los 18 años migró a Ciudad Victoria, la capital de Tabasco. Seis años después llegó a Ciudad de México y luego a Londres donde «empezó la aventura de Trinidad», dice.

La representación

Trinidad nunca pensó en actuar. De hecho cuenta que prefería evitar escucharse y verse en una cámara. Pero cuando el guión de *El secreto del río* llegó a su vida, se enamoró de la historia y de Manuel, Sicarú y Solange, tres personajes que ponen al centro a las infancias trans, las personas muxe y el valor de la amistad como espacio fundamental donde ser quienes somos es posible.

«Nunca me hubiese esperado interpretar a una mujer trans en una producción así, o sea, tan grande y que ha gustado mucho. Y creo que es un logro compartido de mujeres trans que a lo largo de su vida han trabajado para que este momento pasara. Hoy les aplaudo a ellas

y lo celebro con las que se fueron, las que están y las que vienen. Todas nosotras seguimos trabajando porque haya muchas mujeres trans protagonizando algo».

—¿Cómo impactaron en tu vida los personajes de Manuel, Sicarú y Solange?

—Para mí Manuel fue como abrazar un ciclo para sanar mi propia historia. Fue recordar lo que pasé en mi infancia, traer esas violencias a la mesa y sanarlo y decir: ya pasó. Solange es también la parte que me ayudó a decir ‘ya pasó’, es cierto cuando se dice en redes sociales que todos, todas y todes quisieramos una Solange en nuestras vidas y mi Solange fue mi tío. Y Sicarú, qué te digo... llegó en un momento de mi vida donde estaba muy perdida y llegó a salvarme de ese momento y mostrarme que nosotras merecemos estos espacios, que merecemos contar nuestras historias por nosotras mismas y que merecemos soñar».

El valor de la amistad

Recientemente Trinidad se unió al equipo de The Trevor Project México, organización que trabaja en intervención de crisis y prevención de suicidio para juventudes LGBTQ+. En su [encuesta de 2024](#) destaca que «las personas jóvenes trans y no binaries que reciben apoyo por su identidad de género de parte de sus amigos y que cuentan con muchas personas en su vida que respetan sus pronombres reportaron tasas menores de intentos de suicidio durante el año pasado».

Para Trinidad, como muchas juventudes LGBTI+ mexicanas, sus amigos y familia elegida marcaron la diferencia.

—Si no hubiese tenido esa red de apoyo no sé qué hubiese pasado conmigo sinceramente. Creo que con una sola persona que te escuche, que te vea por quién eres



puede literalmente salvarte la vida. La violencia comúnmente viene de tu casa, ya sea por ignorancia o las ideas conservadoras, pero en estos tiempos eso ya no puede seguir sucediendo. Hoy enfrentamos una crisis muy cabrona de salud mental en la comunidad, sobre todo los jóvenes, y es en gran parte por estas violencias.

—¿Quién fue esa persona para ti?

—Yo estoy muy agradecida con mi prima que también es mi amiga. Crecimos juntas y ella fue esa luz, esa referencia que me ayudó a entenderme a mí. Yo sabía que era una niña porque yo quería ser como ella. Y también tuve mi propia Solange (uno de los personajes de la serie) en mi vida, fue un tío mío que ya murió, él era gay y él siempre me decía cosas sin yo saber en ese momento qué pasaba conmigo y siempre me dijo que cuidara mi libertad y él siempre estaba para mí. Por eso digo que igual no tienes un círculo, pero con que una persona te vea sin prejuicios, eso puede hacer la diferencia. Y hay que cuidar a esas personas.

Otras narrativas

En la serie también se retratan violencias pero no son las mujeres trans, infancias trans y muxes representadas como peligrosas. Tampoco son caricaturas, ni se narran sus identidades desde el morbo o el dolor.

—¿Por qué importa crear otras narrativas donde las infancias existen y la adultez trans está marcada de vida y no de muerte?

—Definitivamente urgen historias que no sean violencia y muerte, incluso burla. Es importante que no sea así porque creo que al no cambiarlo sí deja en el espectador la idea de que merecemos solo eso y creo que impacta en la violencia que pasa, y los crímenes de odio. Al no cambiar eso se nos seguirá poniendo en un lugar



como de personas que no merecemos la vida, el amor. Creo que este proyecto es inspirador por eso, porque aunque retrata las complejidades también deja el mensaje de que merecemos vivir, merecemos espacios dignos, derechos y respeto. No hay de otra.

«Aprendí que la identidad muxe es mucho más que cumplir ciertos roles».

En la serie la identidad cultural de las personas muxe convive con la identidad de género de una mujer trans que es el papel que interpreta Trinidad.

La serie se ubica en el Istmo de Tehuantepec (de donde son originarias las personas muxe que hacen parte de la cultura zapoteca en Oaxaca) pero esta serie no hace ver a este territorio como un oasis libre de violencia, y tampoco exotiza, ni romantiza a la población muxe como «el tercer género» de las culturas indígenas en México.

—Yo no me atrevería a hablar de un tema que no me corresponde porque no lo vivo pero tuve la oportunidad de convivir con personas muxe y aprendí que serlo es mucho más allá que ser mujer o cumplir ciertos roles, es más bien un abanico de posibilidades y para mí eso fue lo bonito de ese aprendizaje, y trasladarlo a mi propia experiencia, al saber que no por ser una mujer trans debo verme ‘femenina’ como se entiende ‘ser femenina’ para la mayoría del mundo o las culturas; tampoco que solo me deben gustar los hombres o cumplir ciertas

tareas. Creo que la serie logra también retratar con dignidad a las personas muxe.

—¿Qué historia le contarías a tu niña Trinidad de todo lo que estás viviendo hoy día?

—Yo siempre he sido una persona soñadora y algo con lo que soñaba era vivir en libertad y vivir feliz. Algo que le diría a la Trinidad es gracias. Porque siempre fue una persona muy fuerte a pesar de su corta edad y agradezco su paciencia porque de eso estamos cosechando frutos. Gran parte de la mujer que soy se lo agradezco a ella.

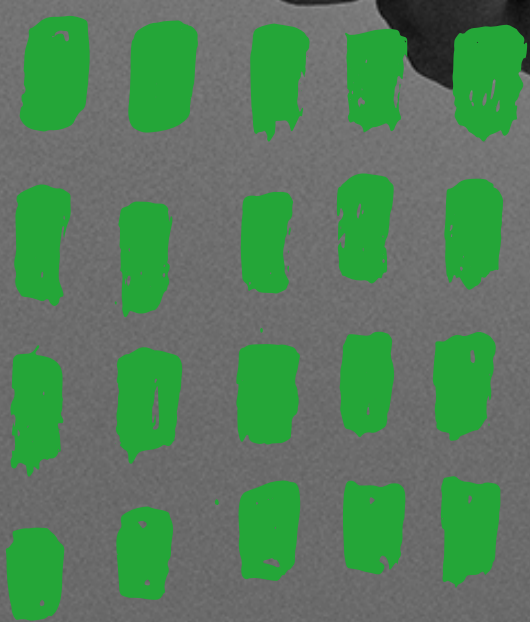
PRESENTES 





**TIZIANO
CRUZ**

ee





PERFILES Y ENTREVISTAS

Tiziano Cruz

Teatro en clave quechua, aymara y marica

Por Lucas Fauno Gutierrez

Fotos: Nora Lezano y Christophe Raynoud de Lage (Festival de Avignon)

Cuando Tiziano Cruz está en escena lo hace con denuncia, ternura y una provocación que habita el duelo y la reconciliación. «Soy de la comunidad quechua y aymara», dice este artista nacido un 15 de octubre de 1988 en San Francisco, Valle Grande, Jujuy. Desde 2022 recorre el mundo presentando sus obras: «Yo no hago teatro documental, hago teatro político».

Con su trilogía «Tres maneras de cantarle a una montaña» comenzó un camino de reconocimiento global. Sus recuerdos de infancia señalan el racismo y clasismo en la sociedad y en el mercado del arte. En una de las piezas, Soliloquio, lo hace a través de 58 cartas escritas a su madre durante el confinamiento de Covid-19. Wayqeycuna, la segunda puesta, es «un desesperado intento de terminar con el duelo de mi hermana muerta». Una hermana que muere por la negligencia de un sistema de salud.

Las obras de su trilogía están dirigidas cada una a una historia familiar: papá, mamá y hermanas y hermanos. Prepara el cierre con un epílogo dirigido al agua.

Cuando entró al colegio secundario y sus padres se separaron, con sus cuatro hermanxs y su mamá se mudaron a San Salvador de Jujuy. Eran seis personas en un habitación muy pequeña. «Yo siempre digo que en ese momento me enamoré de la clase media», explica a Presentes mientras recuerda ver las vidas de sus compañeros con madres y padres presentes, mínimos servicios básicos y cotidianos que le eran ajenos. «Si eso existe, ¿por qué yo no lo puedo tener?», pensó.

En ese momento se enfocó en la educación como herramienta para acceder a esa vida que observaba. Pero tampoco alcanzó. Su pensamiento, por ser parte de una población indígena, está en discusión. Las agresiones cotidianas y en distintos niveles le recuerdan que hay un sistema que lo expulsa.

Durante casi 7 años trabajó en el Centro Cultural Recoleta en la Ciudad de Buenos Aires, donde fue Responsable de Producción de Contenidos Artísticos. A veces, si alguien preguntaba algo, se dirigía a la persona que estaba a su lado, no a él. «Hay un montón de cosas que vos sabés que tenés que trabajar el doble por tu color de piel», remata.

Fue becario del Fondo Nacional de las Artes y del Instituto Nacional del Teatro ARG, y ganador de la Bienal de Arte Joven 2019. Su arte se expandió a Chile, Brasil, México, Estados Unidos, Canadá, Portugal, España, Alemania, ganando el premio ANTI en Finlandia (2023) y en Suiza el The ZKB Audience Prize (2024). En Argentina pasa algo distinto, comenta. Sus obras -dice- no funcionan, pocos las ven: «Soy consciente que tengo un tipo de cuerpo y el antecedente de venir de un territorio. Eso hace que no sea validado por



mis pares dentro de las artes escénicas y el mundillo académico».

Hace unos años, en Suiza, fue al recital del colectivo ruso feminista punk rock Pussy Riot. La música, los gritos, todo sonaba al extremo, libertad y rebelión en escena, pero entre las gradas, en los asientos, ovillado en su propia calma estaba Tiziano. «Me quedé dormido». Al escucharlo es casi impensable que alguien pueda conciliar sueño en semejante cuadro. «Sentí que podía dormir sabiendo que no me iban a apuñalar por quien soy, por venir de donde vengo. Sentí una seguridad que no siento acá».

La potencia de lo comunitario

En sus obras, Tiziano Cruz convoca a las comunidades locales a compartir su voz y a cobrar por su trabajo en el arte. «Han estado todo el tiempo estigmatizadas, no han tenido acceso a estos espacios, se les niegan. Es gente que por primera vez llega a actuar en teatros, que en su puta vida ha tenido ni siquiera la posibilidad de ir a ver un espectáculo». Y se prepara para otra frase provocadora: «El teatro no deja de ser una práctica burguesa. Las entradas pueden ser gratuitas pero hay gente que no va a ir igual, hay una barrera intangible que dice que esa práctica cultural no les corresponde».

En su texto [La vida como mercancía en las góndolas del mercado del arte contemporáneo](#) objeta: «Hemos sido colonizados por las narrativas de un teatro eurocéntrico-aristotélico, que se ha incrustado en nuestra geografía». Tiziano habla de un teatro local que a su mirada sólo parece hablar de temas como «la familia disfuncional». No lo enuncia como algo inocente sino como un aliado moderno de la colonización. Por eso pone su cuerpo para hablar de pobreza, discriminación y el borramiento de sus comunidades.



«Me molesta mucho cuando se dice que lo personal es político». Que lo que cada persona viene a decir como algo personal será interesante en tanto traiga una biografía que articule reflexiones sobre temas que le son transversales a una gran parte de la población. Reconoce que lo biográfico en la escena teatral nace asociado a esa burguesía, pero cuando se lo hace desde una periferia puede ser revolucionario.

«Me vendo al mercado y en las obras pido perdón»

«Yo me vendo al mercado y en las obras pido perdón por eso», dice no para justificarse sino para contextualizar: «Se dice que para hacer un arte antisistema tenés que ser independiente, no transar con los mercados. Creo que no es así, sino que ser antisistema tiene que ver con la posibilidad de lo que venís a contar y cuál es la práctica que venís a compartir». Ese mercado es el que lo financia y le permite vivir, desde esa voz y con el valor artístico de crecimiento, alianzas y herramientas es que Tiziano vuelve a lo comunitario.

Por eso creó Ulmus, una plataforma que acompaña artistas del noroeste argentino (NOA) a lograr visibilidad, sostenibilidad y proyección internacional. Desde ahí junto a un equipo potencian talentos locales con espacios de formación, producción de obra, difusión, residencias y giras. «Un porcentaje de lo que yo gano afuera lo destino a poder fomentar sus trabajos». Ahora el proyecto se unió con LODO de Buenos Aires y son [UlmusLodo](#). Explica que actualmente gracias a esta gestión hay artistas locales en Costa Rica, Chile. [Victoria Pastrana](#), de Amaicha del Valle, ganó el premio europeo Prince Claus Seed Award (Países Bajos), un reconocimiento internacional a artistas emergentes. A la vez en su comunidad está siendo parte de la

construcción del primer cine indígena y de algunos libros, todo esto «para poder recuperar la lengua».

Para Tiziano es fundamental la filosofía indigenista, de base comunitaria. Cita al filósofo indígena brasileño Ailton Krenak: «El futuro es ancestral». Y agrega: «Para las culturas indígenas el futuro está atrás, no lo vemos, y el pasado está delante, es lo que podemos ver y con lo que podemos trabajar, a la inversa de la idea occidental». Con la mirada en lo que ya pasó, lo que hemos vivido, podremos actuar pero no en soledad.

A veces, cuando le toca disertar en una conferencia, la gente le pregunta qué agua tomar o cómo vivir mejor en este mundo globalizado. «Todos quieren algo así como el secreto del buen vivir, pero no que tengas un posicionamiento político e ideológico».

«No hubiese podido sobrevivir si era una persona heterosexual»

Tiziano participó por primera vez en una Marcha del Orgullo en 2024. Fue en Tilcara, Jujuy, y «la bandera que encabezaba la marcha era la Wiphala: »La identidad como personas que defendemos un territorio, una ancestralidad, está primero». Lo demás es secundario «y no en un mal sentido, yo puedo tener otro tipo de urgencia, y eso no invalida las demás».

Hace poco mientras veía la película basada en el libro de Camila Sosa Villada, *Tesis sobre una domesticación*, se permitió conectar con preguntas que relegadas por la urgencia de sobrevivir. «Nos han hecho creer que nadie puede querernos, que va tener que ser todo clandestino, que vamos a morir solas», comenta. En este presente la espina de esta incredulidad de no pensarlos merecedoras de contención, sigue latiendo. «Estoy cansado», dice sabiendo que su vida son mil vidas para

otras identidades, que todo lo que tuvo que vivir nunca le dio respiro. «Ahora que tengo algunas necesidades un poco más resueltas estoy encontrando eso otro». Lo otro: el amor y cuidado que merecemos.

Cuando cuenta que está en pareja lo hace con la misma ternura y compromiso que a la hora de ser incisivo, en él convive la dulzura y firmeza de las personas que han pasado por demasiado.

Tiziano se enuncia marica, ese término le parece más barrial, más calle, una búsqueda de otra forma de nombrarse. Y se repite a sí misma que si somos queer, que si aspiramos a ser gays hegemónicos, cuando lo que falta es «trabajar más en encontrar cuál sería la propia forma de nombrarnos».

En esta manera de afrontar el mundo, esa otra sensibilidad encontró las herramientas para sobrevivir. «Lo hetero es mucho más tradicionalista, no quiere decir que no haya miembros de la comunidad que sean sumamente conservadores, pero en mi caso me ha enseñado que uno tiene la familia que se va haciendo».

PRESENTES 





**CLAUDIA
VÁSQUEZ HARO**



PERFILES Y ENTREVISTAS

Claudia Vásquez Haro

«Soy travesti, migrante y platense»

Por María Eugenia Ludueña

Fotos: Ariel Gutraich

Claudia Vásquez Haro llegó a La Plata el 5 de noviembre de 2000, después de aterrizar en Ezeiza en un vuelo que había salido de Lima, Perú. Su hermana Laly, la mayor de seis hermanxs, la esperaba aquel día en el aeropuerto con un bolso con ropa. Claudia tenía 26 años y después de abrazarse fuerte con Laly lo primero que hizo fue entrar al baño del aeropuerto y cambiarse.

Con la liviandad y determinación de quien ha decidido pegar un salto, se quitó el equipo deportivo y suelto que había usado durante el viaje y se puso una remerita negra de gasa y un pantalón de vestir beige. Después se subió a unos zapatos con taco alto, con cierta sensación de elevarse también unos centímetros por encima de la vida y empezar una existencia -que en rigor ya había empezado- donde pudiera ser plenamente Claudia. Con la fantasía de vivir con libertad su identidad de género, se repetía: «Acá nadie me conoce. Acá voy a hacer la mía. No tengo que pedir permiso, va a ser más fácil».



Muchos años después, en otro aeropuerto, tendrá otra revelación, otro tránsito: la autopercepción platense.

«Vine motivada por mi hermana. Siempre fue para mí una segunda madre. Hacía mucho me venía diciendo que en Argentina la educación era pública y gratuita, y que había más apertura a los temas de género. Llegué con la idea de concretar mi deseo y de estudiar como Claudia», dice con un suave acento peruano.

Era una adolescente cuando su hermana Laly dejó la casa familiar en Trujillo para venirse a La Plata a cursar la carrera de Enfermería. Claudia desde los 13 años usaba tacos y pelucas, y tenía una expresión de género femenina.

«Yo sabía que La Plata era un lugar estratégico para estudiar. No como en la Capital, donde la UBA queda perdida. Acá la universidad es eje central de la vida urbana. Y creo que la construcción de la identidad platense es pluridiversa en todo sentido».

Llegar a la Argentina

Hace 20 años su hermana Laly vivía en Villa Argüello, y hacia ahí enfilaron desde Ezeiza. Una villa de peruanos -recuerda Claudia- en el borde de la ciudad, donde un amigo de sus hermanxs, también llegado de Perú, le había prestado un terreno a Laly y la familia había levantado una casilla. En La Plata la comunidad migrante peruana es la tercera más numerosa, después de la boliviana y la paraguaya.

«Llegué con la idea de concretar mi deseo y de estudiar como Claudia».

El primer oficio de Claudia fue el que aprendió en Perú, donde peinaba a reinas de belleza y era experta en colorimetría. Empezó cortándoles el pelo a los contactos de su hermana y en pocos meses se convirtió en la peluquera más famosa del barrio José Luis Cabezas, en el límite entre Berisso y Ensenada.

Pero en esos primeros tiempos, mientras Argentina entraba en una grave crisis política y económica, Claudia hacía lo que podía: limpiar casas, cuidar a personas mayores. No había mucha plata para cortarse el pelo y ella cambiaba sus manos de tijera por bolsas de arroz.

Se maquillaba poco y aunque siempre le gustó estar súper arreglada y coqueta, se vestía sencilla. No quería llamar la atención.

A veces se hacía pasar por la madre de su sobrino Francis, para que su identidad travesti no la hiciera quedarse fuera de una oportunidad laboral. Después consiguió empleo en dos peluquerías grandes de la ciudad: «Supercortes» y «Pelomanía». Con parte de lo que ganaba seguía estudiando. Durante dos años cursó en la [Cámara de Peluqueros y Peinadores de La Plata](#) todo lo que podía y también en la Escuela de Formación Profesional de la calle 59: oratoria, recursos humanos, protocolo y ceremonial.

La vida en Trujillo

De chica fue una persona estudiosa y aplicada, con sed de aprender. Pero en Trujillo iba a una escuela centenaria para varones y a los 12 le sugirieron a su madre que era mejor que se retirara. Se cambió de colegio. Su padre igual la retaba si no sacaba las mejores notas. Más tarde se instalaría con él un silencio de 12 años.

Claudia salía de clases y pasaba por la peluquería de Omar, un amigo que le enseñaba el oficio y le prometía: «Esto te va a dar un plato de comida».

Al terminar la secundaria, con diploma de excelencia por sus notas, Claudia probó un par de carreras pero ninguna la convenció. Mientras tanto, cortar, peinar y teñir le daba un sustento y luego un nombre. En una competencia de peluquería ganó el primer lugar y se hizo conocida. Pero no era fácil ser una persona con identidad travesti en los 90 en Trujillo. Tenía 18 años cuando decidió por primera vez mudarse, y con ayuda materna abrió su propio salón de belleza en Cajamarca, donde llegaron a trabajar 10 personas bajo su mando.

Ser migrante

«Siempre fui migrando», dice.

Cuando Claudia llegó a la Argentina, no se habían aprobado aún ni la [Ley de Matrimonio Igualitario](#) (2010) ni la de Identidad de Género (2012). Pero acá sí podía vivir su identidad.

Uno de sus primeros gestos políticos en la adolescencia fue delinear las cejas de manera permanente. Fue su modo de resistir: cada vez que detenían a las jóvenes trans en las calles de Trujillo por el solo hecho de ir maquilladas, la policía les arrojaba agua en la cara, como si la identidad fuera algo que se quita y pone. Así que un día a Claudia se le ocurrió que si se tatuaba las cejas, cuando le tiraran agua iban a seguir ahí, incólumes y desafiantes a cualquier represión.

En La Plata el clima parecía distinto. Hasta que la llevaron detenida.

«No me olvido más: íbamos por calle 7 con Romina, una amiga trava. Estábamos comprando ropa, regias

nosotras, con nuestros bolsos, cuando la policía nos pidió documentos».

—¿Qué hemos hecho?—, preguntó con acento peruano. El policía le respondió con un golpe que la dejó en el piso.

«Estaba asustada, no sabía de los códigos de faltas. Nos trataban en masculino y terminamos en la comisaría».

Romina, más experimentada, demostraba que no tenía miedo y los policías le respondieron con dos cachetadas: «No se vistan como mujeres, ustedes son hombres. Lo dice el edicto. No pueden andar por la calle».

Las llevaron a la comisaría primera y luego a la novena, la misma donde mataron y desaparecieron a Miguel Bru, un alumno de periodismo de la misma facultad donde después estudió Claudia.

A Romina la hicieron quitarse la ropa y desfilarse desnuda. Claudia pensaba: «Ahora se van a burlar de mí porque tengo todo relleno con push up...».

«Al final labraron un acta. Nos pusieron lo que quisieron. Armaron una causa diciendo que les habíamos faltado el respeto. Nos mandaron a la jueza y la jueza nos castigó. Fue tan injusto...», recuerda.

En busca de respuestas

La palabra *injusto* quedó resonando en su mente y en el cuerpo. Era tan presente la sensación de que eso les estaba pasando a otras que Claudia intentaba buscar explicaciones. Mientras seguía trabajando de peluquera, se anotó en la Facultad de Periodismo.

«Fui a buscar las respuestas a mis preguntas».

En 2005 en la facultad (entonces en 4, entre 43 y 44) conoció a Lohana Berkins y a Marlene Wayar, activistas travestis. Habían ido a presentar el libro *La gesta del nombre propio*. Ese encuentro fue clave. Al finalizar la charla, Claudia compró el texto.

Publicado por la [editorial de las Madres de Plaza de Mayo](#), coordinado por Lohana y Josefina Fernández y con prólogo de Diana Maffia, se trata de una investigación colectiva realizada por activistas travestis y trans, investigadoras y feministas, que recoge y analiza datos sobre la violencia estructural que padecen las personas travestis y trans: una de las tantas es el abuso policial.

Claudia lo terminó esa misma noche, en tres horas.

«Nunca había tenido tantas ganas de leer algo. ¡Nunca había comprado un libro de travestis! Me partió la cabeza. Lo que me pasaba a mí nos pasaba a todas. Fue un despertar. Decir: ‘No estoy sola, hay otras compañeras luchando y con más experiencia’».

Con un pie en el activismo

Claudia ya se había acercado al activismo desde su identidad migrante, porque unos años antes conoció a la referenta Lourdes Rivadaneira cuando se presentaba una nueva Ley migratoria. Pero entrar en la facultad y conocer a Marlene y a Lohana representó el gran salto en conciencia y política. Un modo de relacionarse con otrxs y con el territorio platense desde una perspectiva nueva. Porque fue también en 2005, en las aulas de Periodismo, cuando escuchó a Flavio Rapisardi y a Raúl Zaffaroni hablando de diversidad sexual.

«Fue entender que todo lo que nos ocurría a las travas era producto de otras cosas. Yo me tenía que cuidar por los edictos y por la Ley migratoria. Una vez me estaban por deportar tras salir a defender a una compañera. Y

me tuve que casar con la hermana de una amiga para que no me echaran. No me quería ir. Había armado mi circuito de amigues y militancia».

En esos días Claudia trabajaba por la mañana y a la tarde se iba a cursar. Cada tanto, la policía intentaba detenerla en alguna calle de la ciudad pero ella ya no sentía miedo. Les recitaba los [principios de Yogyakarta](#) sobre la aplicación de la legislación internacional de derechos humanos en torno a la orientación sexual y la identidad de género.

«Entré a la universidad y me apropié de ese espacio. Mis profesores estaban contentos, yo participaba en las clases. La facultad me abrió la cabeza. Fue mi primera trinchera en La Plata», cuenta Claudia.

Después de años de trabajar en «Pelomanía» y «Supercortes» logró hacerse una clientela. A esa altura vivía en una casa en 116, entre 35 y 36, que le habían pedido que cuidara porque estaba en sucesión. Y ahí fue armando su saloncito de belleza. Quería terminar rápido la carrera: dejó de trabajar en relación de dependencia y se sostuvo con sus clientas. Estudiaba periodismo de lunes a jueves y atendía viernes, sábado y domingo.

«Soy organizada desde chica. Para no caer en el piso hay que armar un colchoncito, así no duele. Y esto sirve para la vida, el amor y cualquier cosa que encares».

Dice con orgullo que a esa casa fue Lohana. Y Lohana quería que todas las travas fueran a la universidad.

La vida académica de Claudia

Claudia se recibió en 2012. Años antes Jorge Jaunarena, secretario de Derechos Humanos de la facultad y miembro de la [Asociación Miguel Bru](#) le había propuesto participar más en el área, desde la diversidad sexual. Y cuando Claudia tuvo el título bajo el brazo le ofreció sumarse a la secretaría y coordinar algunas clases de géneros, tema del que se hablaba poco y nada.

Enseguida asumió como decana Florencia Saintout y Claudia siguió desplegando una labor académica mientras se abría a otro tipo de militancia.

En 2008, junto a otra compañera trans, Nicole González Beamonte (conocida en las redes como [La Rubia Peronista](#)), armó la primera organización trans de La Plata: Juntas por la Dignidad. Escribieron sus nombres en papelitos y así sortearon quién sería la presidenta y quién la vice. Después se fueron a recorrer La Plata, a buscar travestis y trans. Caminaban por las noches en zonas estratégicas: calle 1, la diagonal. Repartieron preservativos a unas 200 chicas travestis y trans.

—¿Vos no te prostituís?—, le preguntaban a Claudia.

—No. Yo soy peluquera: les puedo cortar el pelo, chicas—, ofrecía, para atraerlas a la militancia. Insistía:
—Tenemos que reunirnos para reclamar por nuestros derechos.

«Yo era la loca y ellas no daban ni pelota, se burlaban», recuerda.



Claudia y Nicole (que entonces trabajaba en la Secretaría de DDHH) querían armar algo, invitarlas a una reunión. Fantaseaban: ¿a cuántas habrían podido interpelar en esas caminatas? «Con que vengan 20, hacemos historia», se respondían. Pero llegó el día de la reunión y no fue ni una sola travesti.

Entre las aulas y la calle

En 2008 la Facultad de Periodismo de la UNLP otorgó un reconocimiento pionero a la identidad de género: fue la primera universidad pública de América Latina en reconocer la identidad autopercibida de sus estudiantes.

Las travas que intentaban sobrevivir en las calles -por falta de acceso a otro trabajo- se enteraron. Claudia jugaba al vóley con algunas, las peruanas, los fines de semana. Lleva más de 12 años jugando al vóley con ellas.

—¡Así que ahora en tu facultad te consideran mujer, nena! ¡Te felicito!—, le decían.

Cuando esas mismas travas sufrieron una detención violenta y arbitraria por parte de la policía, no dudaron en llamarla. Eran alrededor de 20 chicas. Claudia se indignó: se acordó del agua en la cara, de las horas interminables en la comisaría novena de La Plata. Llena de furia e impotencia, convocó a la facultad, a la Asociación Miguel Bru, a la [Comisión Provincial por la Memoria](#). Y consiguió que llegaran los medios.

—Si quieren, hablen ustedes—, las arengó Claudia. — Pero pensemos qué vamos a decir. No nos vayamos por las ramas. Los medios siempre te quieren llevar por otro lado. Terminó hablando ella con el periodismo.

La construcción territorial

Para 2011 ya era parte de la rosca y se sumaba a los grupos de trabajo por la [Ley de Identidad de Género](#). Se aprobó en mayo de 2012. Y la presidenta Cristina Fernández de Kirchner entregó los primeros DNI con los nombres cambiados en la Casa Rosada, en julio de 2012: convocó a trans y travestis y ahí estaba, entre otras, Diana Sacayán, la impulsora del cupo laboral travesti trans que fue asesinada en 2015. (Y estaba Claudia, invitada por su militancia pero entonces aún sin su documento argentino: lo obtuvo en 2014 y fue la primera travesti migrante en recibirlo rectificado).

La ceremonia se transmitió en cadena nacional. La cámara en un momento se posó en Claudia, que reaccionó rápido:

—Gracias, Cristina, porque la ley también es para las migrantes —dijo.

—Por supuesto, claro que sí. Por la patria grande —le respondió la presidenta.

Las travas de La Plata vieron la escena por la tele. Esa noche, al volver, Claudia se fue a la zona roja y se quedó hablando con muchas. Las convocó a otra reunión.

—Esa vez llegaron 100 travestis juntas. ¡A las 4 de la tarde! ¡Algo que no había visto nunca! —se ríe.

Con esa base armó [Otrans](#) La Plata, que luego se expandió a [Otrans Argentina](#).

—Construimos en la ciudad una organización territorial con identidad propia, liderada por travestis y trans.

Comunicación trans

En 2015 Otrans fue la punta de lanza para la Convocatoria Federal Travesti y Trans, con presencia en 18 provincias. Y además lleva adelante una iniciativa de comunicación sin fronteras: [Sudaka TLGBI+](#), una agencia digital de noticias integrada por personas travestis y trans que busca disputar la hegemonía de las voces.

«Todo desde La Plata», resalta Claudia, y dice que un día se hartó. «Las travas nos cansamos. No queremos que nos convoquen a una marcha cuando ya está todo plantado. Las travas no somos un adorno. Entonces armamos acá nuestra propia marcha», explica. «Es curioso porque Otrans es el resultado de la violencia sistemática de la policía y el poder judicial que criminaliza a las compañeras travestis y trans. Porque donde hay mayor violencia está la otra cara: la resistencia», describe.

«La Plata es la ciudad de las travas, travestis y trans. Pero los aportes de las migrantes aquí también son claves. Las migrantes han puesto el cuerpo. La mayoría de las trans que estaban en la cárcel eran migrantes. Y ellas son las que murieron en el macrismo. Hicimos un informe que dice que el 90 por ciento de travestis y trans privadas de su libertad en provincia de Buenos Aires son migrantes. ¿Por qué? Porque sabemos que la justicia es patriarcal, racista y xenofóbica. Y no nos olvidemos de que acá está el cordón frutihortícola más grande del país, compuesto por personas bolivianas».

«Nada más revolucionario: es una de las prácticas políticas comunicacionales que desplegamos».

Claudia tiene plena conciencia de que se organizaron en una ciudad emblemática para estos reclamos y por sus luchas estudiantiles y obreras, de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. La otra trinchera fue y sigue siendo el espacio público al aire libre: las calles y las plazas, que adora. Y todos los domingos juega al vóley con sus amigas travas en los bosques platenses.

Otro de los lugares donde se siente en su hábitat es cuando marcha por las diagonales para reclamar. O, cada tanto, para celebrar.

«No hay mejor cosa que marchar por Diagonal 74, que va de Plaza Italia a Plaza Moreno. Hay que pasar, eh... delante de esos bares llenos de *pakis* (heterosexuales) en nuestro recorrido de la Marcha del Orgullo».

Toda una referente

Desde aquel vuelo que la trajo de Lima, Claudia tomó muchos aviones como activista trans de La Plata, de Argentina y de América Latina. En 2017 fue elegida para viajar a Ginebra con una misión histórica en la ONU: en nombre de 22 organizaciones de mujeres de la sociedad civil, entregó a la [CEDAW](#) (Committee on the Elimination of Discrimination Against Women, comité para la eliminación de la violencia contra las mujeres) un informe-denuncia acerca de la situación de los derechos humanos de travestis y trans en nuestro país.

Profesora de la Facultad donde se recibió, Claudia se ha convertido en una activista-embajadora de la interseccionalidad de sus identidades: travesti y migrante. En la primera quincena de diciembre defendió su tesis para convertirse en doctora en Comunicación, con una investigación que se centra en ese núcleo duro: «Identidades golondrina desde una epistemología del

despojo». Es un estudio de caso sobre las prácticas político-comunicacionales de las femineidades travestis y trans migrantes peruanas en La Plata.

Claudia no sólo es la primera femineidad travesti/trans en doctorarse en la universidad pública sino que lo hace con una tesis que aporta a la producción de conocimiento académica travesti/trans, dudando teoría desde los marcos de epistemología en relación al despojo y hace un cruce interseccional de género, raza y migración. Fue dirigida por Florencia Saintout y Adriana Archenti (UNLP) y Verónica González.(UNC) y el jurado (Facundo Ábalo, Silvia Delfino y Juliana Marinez) la evaluó como sobresaliente.



Militar en pandemia

La pandemia llegó cuando Claudia desplegaba nuevos proyectos en Radio Provincia AM 1270. Los lunes de 21 a 22 hace *Sudaka*, un programa transfeminista interseccional con perspectiva en derechos humanos, con la agencia de noticias que impulsa (y cumplió un año).

Martes y viernes es columnista de cultura en *Tarea fina*, un magazine de la tarde por la misma emisora.

Desde que empezó el confinamiento, anduvo de acá para allá, pidiendo en las redes sociales desde alimentos hasta máquinas de coser para que sus compañeras trans, algunas privadas de libertad, pudieran hacer barbijos. Las condiciones de vida de estas personas, cuya expectativa de vida en América Latina es de 35 años, ya eran precarias y se agravaron con la pandemia.

Se estima hay unas 300 travestis y trans en La Plata, Berisso y Ensenada, y la mayoría sobrevive en base a la prostitución. Si no salen a la calle, no comen. A cualquier hora salían con Otrans a entregar alimentos o resolver detenciones arbitrarias, porque en teoría travestis y trans rompían el aislamiento cuando en realidad buscaban sobrevivir. En paralelo y junto a organizaciones de todo el país, Claudia siguió militando lo único que puede cambiar las cosas a largo plazo: la inclusión laboral travesti trans.

«Teniendo trabajo se puede hacer una cuarentena en casa. Sin trabajo no podemos proyectar una vida en igualdad de condiciones».

Claudia vive sola, «ahí donde termina Barrio Norte y empieza La Loma». Su casa se fue convirtiendo en centro de acopio de alimentos y ropa. Un centro bautizado Pamela Macedo Panduro:

«En memoria de una compañera travesti trans migrante que murió privada de su libertad el 1 de enero de 2017, en la unidad penal de Florencio Varela», explica.

Travesti, migrante y platense

Un día Claudia tuvo que frenar. Pasó una semana volando de fiebre. El termómetro oscilaba entre 40 y 41

grados: tenía covid. Transpiraba tanto que sentía los labios completamente secos y sentía que se le iban a romper los ojos. La pasó muy mal. Sus hermanas enfermeras -Laly, la mayor, y Jessica, la menor- la siguieron de cerca por teléfono y su novio la cuidó.

«Haberme contagiado me hizo repensar muchas cosas. Entre ellas, resignificar y poner en valor los lazos de solidaridad. Quienes tuvimos este virus atravesamos momentos de absoluta soledad. Para mí, fue saber que esos lazos estaban más fuertes que nunca. Mi familia de sangre ha sido siempre clave para afrontar la vida y los problemas, y también mi familia trava. Nosotras ya hemos experimentado lo que significa estar confinadas. Y hemos resistido momentos muy difíciles a través de mecanismos que nos han enseñado a organizarnos y nos han dejado una experiencia vital».



PRESENTES 





**VIVIR
QUINTANA**



PERFILES Y ENTREVISTAS

Vivir Quintana

«La diversidad es lo que nos enriquece»

Por Maby Sosa

Fotos: Jesús Cornejo / Universal Music

Vivir Quintana amaba la docencia, pero le apasionaba más cantar. Por eso un día dejó la enseñanza de castellano en las escuelas, en su pueblo de [Coahuila](#), México y se subió a los escenarios para entregar un poco de todo lo que desde niña aprendió con sus papás: cantar canciones que dejan mensajes. Le fue bien. Desde que se dedicó a la música, le tocó abrir un concierto de Silvio Rodríguez, en el Zócalo de México antes miles de personas; su tema «Canción sin miedo» es un himno de las luchas transfeministas y en abril salió su segundo disco [Cosas que sorprenden a la audiencia](#), editado por Universal.

En marzo, Vivir Quintana visitó Argentina, donde organizó un recital en la sala La Tangente (Ciudad de Buenos Aires). Tuvo como invitada a la colectiva [Mujeres y Disidencias de La Plata](#). «Es necesario en estos momentos hablar de mucho amor, hablar de mucha unión y de mucha colectividad», dice a *Presentes*, la cantautora mexicana. «El canto, la resistencia y la cultura son una salvación grande que a veces no vemos.»



El paso de Vivir Quintana de Buenos Aires fue para anticipar su segundo álbum, *Cosas que sorprenden a la audiencia* que contiene diez canciones narradas en primera persona: diez historias de mujeres que fueron privadas de su libertad física por defenderse de sus agresores.

«Me pongo la tarea sembrar amor dentro de la música».

En su canción «La casa de la esquina», que abre su primer disco (*Te mereces un amor*), Vivir habla de la casa de sus papás donde comenzó su historia con la música. «Mis papás me ponían música todo el tiempo cuando era niña. Tenía un tocadiscos para vinilos súper viejito y lo ponía en el patio de la casa. Ahí sonaban muchísimo Lola Beltrán, Los Tigres del Norte, pero también Violeta Parra y Mercedes Sosa. Ellas fueron mis referentes más grandes y entendí que la palabra es un medio de comunicación arduo, efectivo y voraz. Lo descubrí dentro de esa música, dentro de esas palabras, dentro de esas canciones. Mis papás me enseñaron a amar el mundo que me rodea con todos sus matices. Entonces, como amo al mundo que me rodea, pues también me preocupa», explica.

—Son tiempos difíciles, ¿cómo es crear, interpretar y componer en este momento?

—Es importante poner al servicio de las causas los talentos que la vida te da. Y creo que el talento no solamente musical sino también la conexión que logras tener con la tierra, con la gente, con la naturaleza. Yo tomo una responsabilidad que nadie me dio. Más bien



es una responsabilidad que siento como mujer y como ciudadana. Pero como habitante de esta tierra y en momentos tan dolorosos para el mundo, me pongo también la tarea de sembrar amor dentro de la música. Los géneros musicales, sobre todo en México, hoy están plagados de violencia y de misoginia. Busco hacer unas narrativas, que también estén dentro del folklor mexicano pero con el amor como el eje central. Un amor libre, un amor bonito, un amor sano. Resulta súper sanador para quien lo escucha y para mí.

—Tus canciones tienen una temática feminista, ¿cómo te movés en la industria de la música con esa temática?

—Es difícil. Tengo la fortuna de contar con un equipo súper amoroso y súper lindo que dicen «nosotros necesitamos que tu mensaje llegue». Moverse en ese ámbito a veces es súper cansado porque quieres dejar mensajes en un momento donde la industria es muy rápida. Hay que moverse con mucho amor, pero también con mucha fuerza y determinación, respetando muchísimo la voz que tengo, lo que quiero hacer y hacia donde me quiero mover. Creo que es una de las claves importantes dentro de este mundo.

—Tanto tu banda como tu equipo de trabajo están integrados por mujeres, ¿fue una decisión o se dio así?

—Fue una decisión. No por un tema de separatismo, lo hago más bien por un tema de oportunidad que creo que es necesaria. Y un tema de colectividad que creo que es súper importante, tratar de que haya más mujeres dentro de esta industria y que se acorte esta brecha de género que existe desde hace muchísimo tiempo. Mientras se tenga oportunidad de contratar mujeres, pues hacerlo. Hay compañeras y colegas que no pueden trabajar con compañeros hombres y se entiende, porque han sufrido diversas violencias. No tengo ningún problema en trabajar con compañeros, trabajo con

compañeros increíbles, pero también hay que dar esta oportunidad para acortar esta brecha.

Contar a las mujeres

El corrido es un género tradicional mexicano donde se relatan hechos trágicos, generalmente son delitos cometidos por hombres. «Rosita Alvirez» es uno de ellos. Ambientado en Coahuila relata el trágico asesinato de una joven que se negó a bailar con un hombre durante una fiesta. Toda su infancia Vivir Quintana escuchó esa canción pero ya de adulta se preguntó «¿qué habría pasado si Rosita o cualquier otra mujer se hubiera defendido de su agresor?». De allí surge *Cosas que sorprenden a la audiencia* el álbum de corridos compuestos por Vivir Quintana donde cuentan historia de mujeres que sufrieron violencia de género y terminaron presas.

«Es un disco que se estuvo trabajando durante diez años porque yo quería que fueran historias contadas de la mejor manera. No quería que haya revictimización ni morbo dentro de las letras y que más bien ayuden



a que se sepan estas historias», cuenta a *Presentes* la cantautora.

«Es un disco duro, pero también necesario. Fueron diez años de estar buscando estas historias, de entender que no tenemos las mismas historias todas las mujeres, pero que sí podemos contar las de otra. La voz de todas es importante, también de estas compañeras que están privadas de la libertad física. Ha sido un trabajo doloroso porque es estar hablando de violencia todo el tiempo. Eso te vuelve violento o te vuelve más amoroso y yo quise que me vuelva más amorosa. Fue un trabajo personal e interno fuerte comprender todas estas historias que pasan también a través de ti. Ojalá que este disco resuene, resuene en el corazón y en la conciencia de la gente, en la colectiva».

—¿Cómo fuiste tejiendo en tus composiciones estas temáticas que son tan difíciles de abordar?

—Lo hago desde un lugar donde la honestidad es la que habla. Siempre digo que yo no me quiero robar la lucha de nadie. Creo que todas las luchas en este mundo son válidas y tienen su razón de ser. Pero cuando me siento a escribir una canción, entiendo que lo que yo quiero, tal vez no es lo mismo que las demás personas quieren, pero lo voy a hacer de la manera más honesta para que entonces conecte con la gente que me escucha. La honestidad es una parte fundamental de mi proyecto.

Y la coherencia, que es súper difícil pero trato de ser coherente tanto en la música como en mi vida privada y en la vida pública. No puedo lanzar canciones de resistencia, de amor y de paz si, por ejemplo, trato mal a mi equipo de trabajo o trato mal a mis amigas, amigos, a mi familia; o estoy incomunicada con mis padres. Hablar desde la honestidad es una de las cosas que más me mueven.



—¿Qué relación tenés con la diversidad sexual que también formó parte de las reivindicaciones del feminismo?

—La diversidad es lo que realmente nos enriquece. En este mundo que muchas veces es tan disparejo para unas y para otros es necesario entender que la diversidad existe, y que no somos nada iguales, y que cada quien tenemos, o deberíamos de tener más bien la libertad de decidir a dónde nos movemos, dónde estamos, con quién estamos, a quién queremos y a quien amamos. Hablar de amor en estos momentos tan complicados también nos hace ser más diversas, y a mí me gusta muchísimo eso.

—¿Cómo están representadas las mujeres y las diversidades sexuales en la música popular de México?

—Cada vez hay más representación, cada vez conozco más compañeras que están haciendo cosas increíbles. Veo más espacios donde se abre esta conversación de la diversidad para todas y creo que todavía falta mucho camino. Es necesario que sigamos tocando temas importantes dentro de la música, dentro de las narrativas sociales y culturales en nuestros países porque realmente nos conecta. Nos conecta una lucha que es querer derechos igualitarios para todas y para todos. La diversidad también entra en este aspecto. Y en México pues la representación diversa que existe dentro de la música regional cada vez es más grande y yo soy la primera que celebra eso.

Una canción que recorre el mundo

Hace cinco años su amiga, la cantante Mont Laferte le preguntó si tenía una canción que hable de los feminicidios, para cantarla en un concierto en el Zócalo. Vivir no tenía, pero la compuso y se estrenó el 7 de marzo de 2020. Así nació «Canción sin miedo».



«No me imaginé que iba a ser tan grande. Lamentablemente esta situación tan triste que son los feminicidios, están en todos lados y el dolor se conecta con muchas compañeras de toda América Latina», dice Vivir Quintana. «Nos conecta la fuerza y las ganas de que las cosas cambien, de que se sepan y de que estas cosas se visibilicen. ‘Canción sin miedo’ es una canción que solita ha tomado su camino, y que se ha hecho grande, pero quien la ha hecho grande han sido las mujeres que luchan en todo el mundo. Me siento muy honrada, esa es la palabra. Pero ojalá el próximo año ya no se cante».

—Te tocó escuchar y cantar «Canción sin miedo» en la marcha del 8M en España, ¿cómo ha sido esa experiencia?

—Fue súper poderosa. Siempre dije que yo no iba a pasar fuera de México ningún 8M pero me tocó trabajar en Madrid. Me contacté con la colectiva de mujeres migrantes, Las tres M (Mujeres, Mariposas monarcas, Migrantes), compañeras de Argentina, Chile, Brasil, Colombia, Perú, Panamá, y mexicanas. Marchar junto a ellas también fue muy poderoso. Al terminar cantamos «Canción sin miedo» y terminé con una emoción que me duró todo el día. Me sentía incluso exhausta de sentir tanto porque también lloré un montón».

—¿Cómo te soñas de acá a diez años?

—Me imagino con más canciones en la garganta, y espero que la garganta me dé muchos años más. Me imagino compartiendo muchísimo con más gente, pero

«Me siento muy honrada, esa es la palabra. Pero ojalá el próximo año ya no se cante».

también me imagino, tratando de sembrar ahorita (y verlo en diez años) esas semillas donde tanto la conciencia de la gente se transforma un poquito por medio de la música. Ser de esas cantoras que se quedan en los libros, ojalá se pueda, porque la música va a ser música siempre con industria o sin industria. Veo a la música existiendo y trascendiendo de boca en boca. Espero que así sea. Y con dos gatos más, en diez años, una casa con un jardín para tener dos gatos más, uno de cada color.

PRESENTES 



OTROS MUNDOS
POSIBLES

PRESENTES 



EXPERIENCIAS COMUNITARIAS



EXPERIENCIAS COMUNITARIAS

Casa Andrea: Un hogar comunitario para mujeres y diversidades en Buenos Aires

Por Maby Sosa

Fotos: Ariel Gutraich

Un sueño, una urgencia, un deseo. Casa Andrea es una vivienda transfeminista, gestionada por las organizaciones No Tan Distintas y Yo No Fui. Se inauguró en 2024, uno de los años más difíciles para la población LGBTI+ de Argentina. Actualmente viven 8 mujeres cis y trans, tres niños, cinco gatos y un perro.

«No tenemos una receta de cómo se construye una casa colectiva. Somos dos colectivos que tienen sus lógicas, sus modos de trabajo, sus concepciones de organización, muy hermanas, muy parecidas, pero a su vez diferentes», cuenta Alejandra Rodríguez, integrantes de Yo No Fui, una organización transfeminista y anticarcelaria. «Todos estamos aprendiendo, nos estamos conociendo en profundidad», agrega.

La casa tiene dos plantas y habitaciones para cada una de las mujeres. Además, hay dos cuartos para

situaciones de emergencia y una sala de reuniones. Cuando se inauguró la casa, Sofía Castro Riglos, la única sobreviviente del triple lesbicidio de Barracas se mudó allí. Ambas organizaciones fueron vitales en el acompañamiento de la mujer en los meses siguientes a la masacre del hotel California.

Una casa soñada

Todos los lunes, en una de las salas de la enorme casa, ubicada en el límite del barrio de Balvanera y Recoleta, se realiza una reunión entre las dos organizaciones y las habitantes para gestionar una convivencia amable.

La casa fue construida hace un poco más de un siglo. Mabel vivió allí con su mamá y su papá. Durante un tiempo alquiló para estudiantes o personas que llegaban a estudiar en Capital Federal. Con el tiempo, Mabel quedó sola y no tenía en claro qué hacer con el espacio. Le habían ofrecido acondicionarlo para hostel pero la idea no le convencía. En un contexto tan complicado, eligió poner a disposición el espacio y, tras investigar el trabajo de Yo No Fui y No Tan Distintos (NTD), lo ofreció.

Estrategias

Sentadas en el living de la casa, las chicas bromean entre ellas. Hablan de las cosas de la casa y se divierten





con uno de los cinco gatitos que viven en el lugar. Tienen un organigrama pegado al lado de las escaleras, al ingreso del hogar. Vienen de recorridos diferentes, pero las une las ganas de construir su vida compartida.

«Con Pipi (Gaby) nos conocemos hace más de 20 años. Nos conocimos en la calle estuvimos juntas, en el instituto de menores, en la cárcel. Conocimos al colectivo y estuvimos juntas en un taller de poesía dentro de la cárcel en el 2008. Salimos y después de millones de conflictos y de cosas que nos pasaron estamos conviviendo en un espacio colectivo comunitario que no tiene nada que ver a lo que nos llevó a convivir juntas 20 años atrás», cuenta Eva.

«Intensidad es lo que no falta acá», dicen las chicas que viven en Casa Andrea. Marlene es una mujer trans salteña que salió de la cárcel en 2024 luego de estar 17 años presa. Allí conoció al colectivo Yo no fui porque asistía a un taller de literatura. A su salida, siguió trabajando con la organización y hoy es parte de Casa Andrea. «Si no tenía esta posibilidad, me voy a la calle», dice a Presentes. También viven allí Paula, Belén, Eva, y Gabriela. «Es todo un aprendizaje. La vida colectiva es un cambio de 360 grados de vivir, pensar, sentir todo colectivamente», coinciden.

Marlene estableció el sistema del semáforo. De acuerdo a cómo se siente, pone el color rojo, el amarillo o el verde. Sus compañeras de casa ya saben cómo acercarse. Dice que por ahora funciona muy bien y eso garantiza que no haya roces. Vivir en comunidad requiere de estrategias.

Paula llegó por No Tan Distintas a partir de su paso por Frida, un centro de integración comunitaria. «Estuve mucho tiempo en consumo, casi 15 años en la calle. A los 41 decidí de dejar la calle, ponerme las pilas y tener otra vida. Y me acerco a No Tan Distintas que siempre fue un pilar enorme para mí».

Paula destaca el trabajo de las organizaciones que no tienen una mirada estigmatizante. «Hasta nuestras familias nos dicen que no vamos a poder cambiar ni salir de la que estamos. No nos creen. Y en realidad, a nosotras se nos complica un poco por ser de la cárcel, por haber estado presas, por drogarnos. Gracias a Yo no fui y No tan distintos tenemos esta oportunidad de poder vivir dignamente, tener nuestro baño, nuestra cama, nuestra pieza. Las compañeras que tienen hijos, tienen la pieza para sus hijos y eso es súper groso».

El peor año

El primer año del gobierno de Javier Milei no fue fácil para las diversidades ni para las mujeres en situación de extrema vulnerabilidad. La estigmatización, los discursos de odio, los ataques constantes desde el mismo gobierno nacional, más un ajuste económico feroz las afectó directamente.

«Para mí fue uno de los peores desde que salí de la cárcel, hace 12 años. Me quedé sin trabajo después de haber conseguido un empleo en el Estado que para mí no





era algo menor. De un día para el otro lo perdí y hasta laburé dos meses gratis con las expectativas de recuperarlo», cuenta Eva, quien trabajaba en un programa de promoción de derechos dentro de la Secretaría de la Niñez. Es mamá y cría sola a su nene.

Tanto Yo No Fui como No Tan Distintos participan en forma activa en la Asamblea Antifascista que convocó a la gran marcha que se realizó el 1 de febrero en todo el país. También formaron una alianza con la Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina (AMMAR) y son parte de Mostri, un espacio que formó en marzo pasado.

«Lo Mostri para nosotros tenía ese carácter de pensar más allá: puede ser tu paso por la cárcel, puede ser el consumo, que seas disca, que seas trava, que seas marrona. Toda esa confluencia también hizo que nos unamos», cuenta Ari de Yo No Fui. «Militar acompañando a las personas en situación de calle y querer militar el antipunitivismo eso ya te ubica en un lugar Mostri», agrega Alejandra.

Un crimen contra todas

El atroz triple lesbicidio de Barracas ejecutado por Juan Fernando Barrientos las marcó. A través de las organizaciones las mujeres tuvieron una participación activa en el acompañamiento a Sofía y en el pedido de justicia.

«En lo particular me dolió mucho porque fueron compañeras que estuvieron en paradores conmigo», dice Belén.

«Gracias a Yo no fui y No tan distintos tenemos esta oportunidad de poder vivir dignamente».



«En ese caso, había toda una precariedad de la vida y un estado ausente», aporta Eva. «Es lo que hacemos nosotros en nuestro cotidiano. Hace poco murió una compañera en la cárcel de Ezeiza por una inhalación de humo, por un incendio que hubo en una celda de castigo. ¿A cuántas personas prendieron fuego en situación de calle? Todo eso terrible que en el lesbicidio de Barracas es muy visible es parte de nuestro cotidiano de siempre. Y eso hace que Sofi esté acá y que seamos parte de su vida. Y de su red y de su afecto».

En diciembre de 2024, un fallo del Juzgado de Primera Instancia en lo Contencioso, Administrativo y Tributario N° 23 ordenó al Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA) que garantice a Sofía Castro Riglos, única sobreviviente del [triple lesbicidio de Barracas](#), el acceso a una vivienda en condiciones dignas y con urgencia.

«Esta casa es una respuesta a la pregunta de dónde están las feministas, en un sentido micropolítico», dice Alejandra. «Nosotras no estamos en los programas de televisión diciendo soy feminista o el pañuelo verde o tal cosa. Estamos trabajando a nivel de las de la vida de la micropolítica y generando de ahí transformaciones subjetivas y transformaciones estructurales en nuestras vidas. Estamos acá, así como estamos en las marchas feministas o defendiendo la universidad pública. Estamos tratando de componer vidas más vivibles».

Los sueños que faltan

—¿Qué sueños tienen para la vida que viene?

Marlene: —Mi sueño es recibirme de algo. Lo vengo postergando por muchas cuestiones. Pero creo que empecé desde que salí de estar presa empecé a hacer cosas que me gustan. Me gusta mucho aprender todos los días. La organización de Yo No Fui, día a día me va enseñando cosas nuevas, incluso hasta mi manera de

hablar. Mi sueño es poder el día de mañana llegar a ayudar a otra gente lo que necesite, así como me están ayudando en este momento.

Gaby: —Esto es para crecer y para que sigan funcionando nuevas casas colectivas, que tengamos herramientas con esta casa. Y que tengamos súper herramientas para poder seguir bancando casas y para poder seguir bancando pibas. Siempre el sueño está en que las pibas vivan dignamente

Paula: —Yo estoy aprendiendo todo, todo para mí. Me cuesta, pero estamos aprendiendo.

Eva: —Sumado a esto que dicen las compas, medio estamos en ese proceso de ir experimentado todo esto. Nosotras estamos materializando un sueño, que ya se hizo material. Hace dos años nos estaban desalojando y dejando en la calle con todo. Y hoy en esta casa se están materializando un montón de deseos. Para mí esto es un sueño cumplido y veremos en el tiempo cómo ese sueño crece y cómo nos transformamos y cómo se multiplica. Belén: —Mi sueño es que haya cien casas, miles de casas. Multiplicar las casas.





EXPERIENCIAS COMUNITARIAS

Casa Trans: Una familia y un refugio que se extiende por Bolivia

Por Leny C. Chuquimia Ch.

«**E**s la casa de todas», dice Kimberly, con una sonrisa amplia y unos ojos que brillan detrás de unas pestañas frondosas. Llegó a [la Casa Trans Pamela Valenzuela](#) hace un año, cuando dejó Cobija (Departamento de Pando, al oeste del país) en busca de nuevas oportunidades en La Paz.

Llegó sin nada, pero allí recibió un techo, comida y la empatía de sus compañeras que, al igual que ella, llegaron por la necesidad. «En el tiempo que estuve acá pude reunir dinero y comprar las cositas necesarias para el cuarto que tengo ahora», relata.

Y es que la Casa Trans, es mucho más que un centro de oficinas de ayuda, es una red de apoyo, legal, médico, alimenticio, habitacional y también emocional y familiar. No solo se trata de cubrir las necesidades que el Estado no logra asumir, sino de generar un espacio seguro para el resguardo de los derechos de la población trans. Lleva el nombre de la activista trans Pamela Valenzuela, la primera en cambiar su nombre en un documento de identidad.

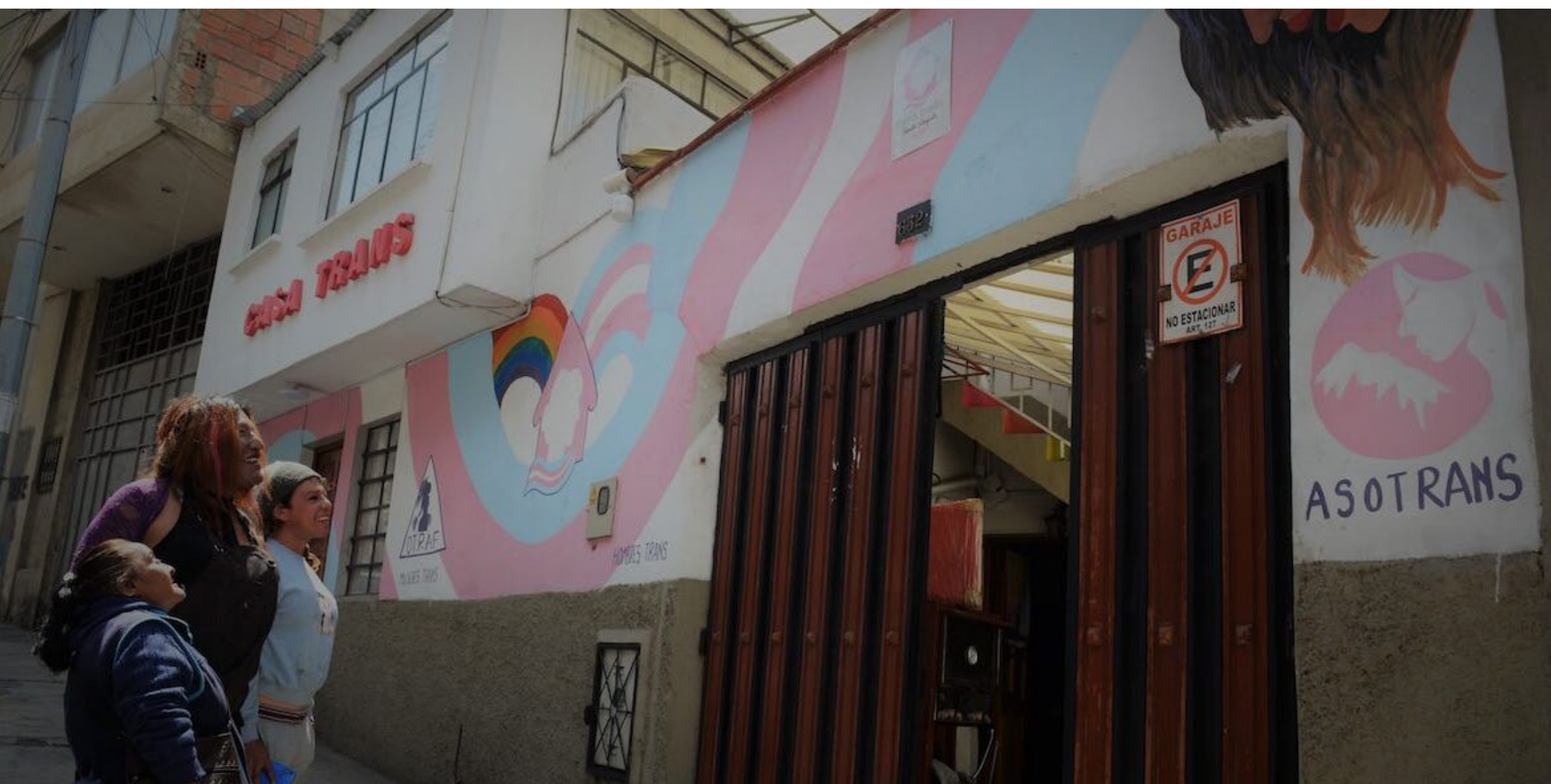
Una solución a la necesidad

Cerca del mediodía las puertas de la Casa Trans, en el barrio de San Pedro, ya están abiertas de par en par. Desde su comedor popular comienza a emanar los aromas del plato del día, alimentos que son preparados por las mismas beneficiarias. Y aunque el objetivo principal son las mujeres y hombres trans, al lugar puede llegar todo aquel que requiera un plato de comida.

«La Casa Trans ya tiene dos años. Es un proyecto que se ha venido ejecutando con toda la población trans de Bolivia». Al inicio se abrió en tres ciudades: La Paz, Cochabamba y Santa Cruz. En La Paz la dirijo yo y estamos concentradas toda la población trans de La Paz», explica Luna Humerez, presidenta de la Organización de Travestis, Transgéneros y Transexuales Femeninas (Otraf) de Bolivia.

Es abogada, carrera que eligió ante los problemas legales que enfrenta esta población en el país y que requieren atención. Cuenta que la Casa Trans nació de las necesidades de las mujeres trans que, si bien siempre son muchas, se vieron exacerbadas por la pandemia.

«La principal demanda la vimos durante el Covid, las chicas no tenían qué comer o dónde dormir. Fue el Fondo Mundial que nos apoyó para que podamos abrir un lugar donde tengan alimentación gratuita. Ya, después, fuimos creciendo» afirma Luna.



De acuerdo a datos de la Defensoría del Pueblo, el 43.5% de las personas trans tienen un ingreso menor a mil bolivianos (unos 140 dólares, menos del 50% del salario mínimo nacional). Asimismo, son la población con el mayor porcentaje de educación secundaria incompleta, con la mayor cantidad de personas sin cobertura de salud. [Además, el 64% sufrió eventos de discriminación en el último año.](#)

No existen datos oficiales sobre la cantidad de fallecidos a causa de la pandemia y mucho menos cuántas de estas personas eran trans, pese a que fue una de las poblaciones más afectadas. Y es que, adicionalmente al colapso sanitario, su acceso a la salud se vio obstaculizada por prejuicios sobre su identidad.

La pandemia, por sus restricciones, también generó que muchas de las mujeres trans, que suelen cumplir trabajos precarios o de tipo sexual, se queden sin fuente laboral, sin ingresos y en muchos casos sin un techo.

«Esas necesidades eran las que queríamos cubrir. Desde su inicio hasta ahora no tenemos un dato exacto de cuántas pasaron por acá, pero son muchas. Algunas vienen a comer, otras en busca de un techo», indica Luna.

Mucho más que un albergue

«Para las chicas de bajos recursos ‘la casa’ es de gran ayuda, es un refugio. Acá se conocen personas buenas y a veces también malas, de todo... igual que en una familia», sostiene Dulce, una de las beneficiarias.

Lo que empezó como una especie de albergue hoy es «un centro de lucha» en el que se brindan varios servicios. Un equipo multidisciplinario se encarga de brindar ayuda en diferentes áreas.

Para ello la Casa Trans ha habilitado espacios para dar consultas legales, médicas, psicológicas y hasta de capacitación en algún oficio para ayudar para que generen sus propios recursos.

«Tenemos una abogada, una trabajadora social, un psicólogo, una médico endocrinóloga para el proceso de transición de las compañeras. Desde esta casa se gestionan muchas cosas, como becas para las compañeras que quieren estudiar en la universidad o en algún instituto. Es un espacio de concentración de la lucha, pero sobre todo una familia», explica Humerez.

Para acceder a estos servicios llegan incluso desde otros departamentos. A veces lo hacen solas y otras con sus familias. Y es que cada vez hay mayor aceptación del entorno, que incluso busca ayuda para enfrentar el proceso que toda mujer trans inicia.

Pero quienes no cuentan con este apoyo, se ven obligadas a dejar todo atrás y llegan en situaciones de total precariedad y vulnerabilidad. Para ellas, la casa ha significado una gran mejora en su calidad de vida.

[Los problemas son muchos y por ello la asesoría legal cubre desde el acceso a la identidad legal, problemas de discriminación, acceso a los bienes comunes en caso de muerte de la pareja, temas de violencia, etc.](#)

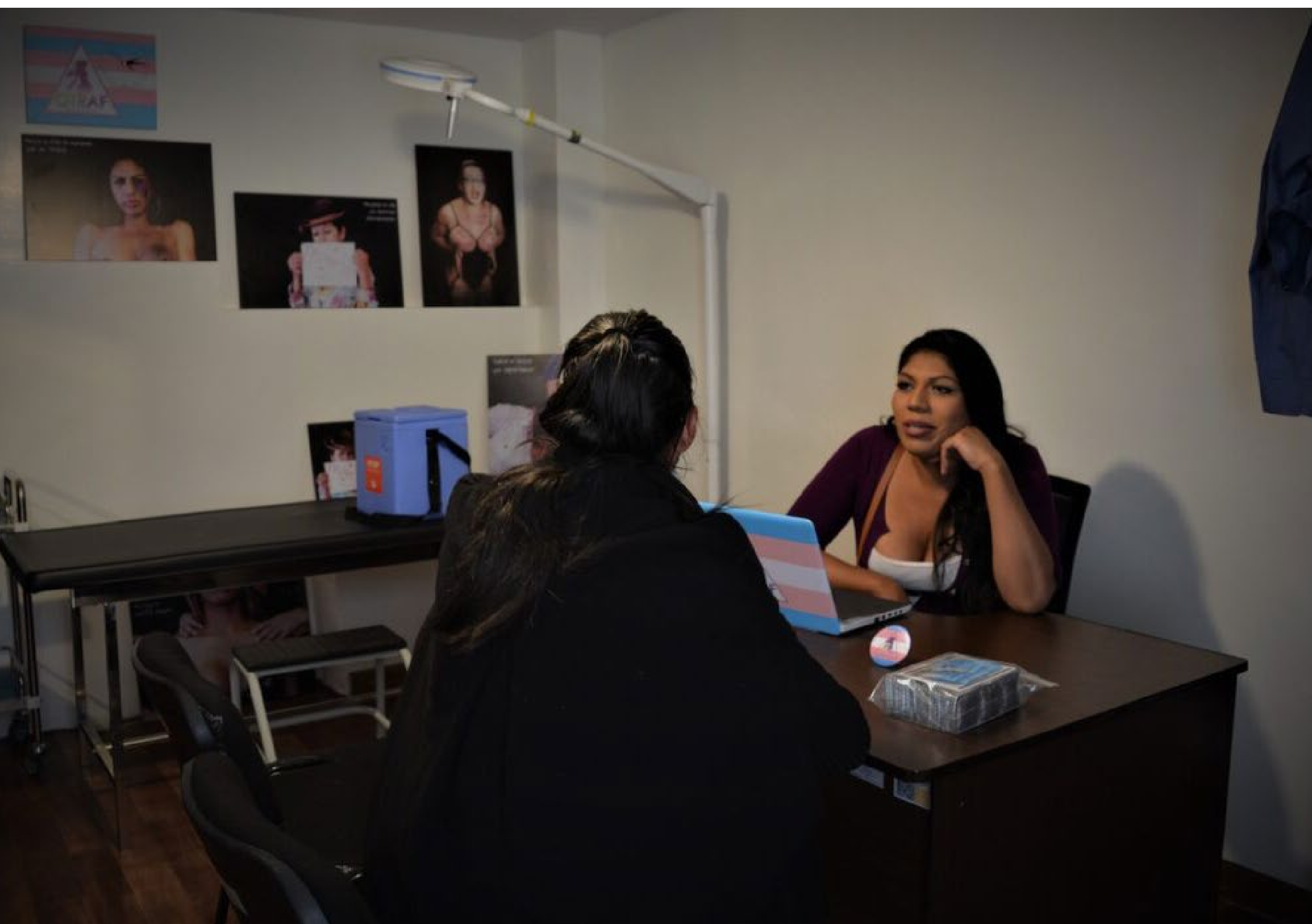
«Tenemos una abogada, una trabajadora social, un psicólogo, una médico endocrinóloga para el proceso de transición de las compañeras».

Junto al aumento de los servicios, el número de las Casas Trans también crece. Ya no solo están en el eje troncal. Se abrió una en Trinidad y otra en Oruro, estas aún no cuentan con todas las áreas de atención como las que cuenta la sede en la Paz, pero con el tiempo también lo harán.

Un banco de hormonas para una transición que nunca termina

«Transicionar es un proceso largo y que se puede decir que nunca se termina. Requiere de mucho apoyo familiar, médico, psicológico y hasta económico ya sea para las hormonas o para acceder a una cirugía», relata Vivi, otra de las fundadoras de la Casa Trans.

Afirma que el proceso implica la aceptación de una misma y su cuerpo. El proceso genera cambios en todo el entorno por lo que debe ser guiado por profesionales experimentados en la transición.



Sin embargo, este no es un servicio accesible. En Bolivia no hay bastantes especialistas en el tema, ni en el sector público ni en el privado. A diferencia de otros países donde es parte de las prestaciones del sistema de salud pública, en el país el costo es elevado.

Entre ellas mismas han visto a muchachas jóvenes que, al no poder acceder a esta atención, acuden a fuentes de información erradas e inseguras con las que inician un proceso con hormonas inadecuadas que pone en serio riesgo su salud.

«Por eso vimos la necesidad de tener una médico endocrinóloga especializada en realizar la transición. La endocrinóloga viene dos veces a la semana, esta atención es financiada por medio del Fondo Mundial y el PNUD que es su receptor en Bolivia. Eso nos ayuda mucho, porque si de por si hay pocos endocrinólogos en el país, son mucho menos los que están especializados en atención a la población trans», explica Luna.

Pero el problema no termina con tener al especialista. Lo complicado es tener acceso a las hormonas de forma sostenible en el tiempo. Si bien el costo de estos fármacos ya es alto, la crisis por falta de dólares que vive el país generó escasez de algunos medicamentos y alza de los precios -de hasta el doble o triple- de otros, una situación que afecta a quienes usan hormonas para la transición.

«Desde las líderes estamos tratando de gestionar un banco de hormonas, dentro de la misma Casa Trans, a través de la médico endocrinóloga. Aún no sabemos dónde tocar puertas o cómo, pero es un proyecto que tenemos para, porque es uno de los temas más difíciles y costosos», afirmó Humerez.

Y es que la falta de acceso influye en que muchas no llegan a realizar su transición, porque no tienen dinero. Solo realizarse los laboratorios iniciales pueden llegar a

costar más de dos mil bolivianos. «Y no es cuestión de tomar un mes, sino que es un proceso largo, de años».

Aunque por ahora el Estado no asume estos temas dentro del seguro universal, Humerez espera que a larga sí lo haga. Tal como ocurre en Argentina o Chile.

No solo para ellas sino para la comunidad

Poner la Casa Trans en marcha no fue nada fácil. El principal problema era la resistencia de los vecinos de San Pedro. No faltaron las miradas despectivas y la vecina que amenazó con quejarse a la junta de vecinos para evitar el funcionamiento del espacio.

Ana Lucía Flores conoce la Casa Trans desde el inicio. Junto a Luna escogió el mobiliario, definió los espacios y se puso a la tarea de lograr que el vecindario los acepte como una organización que está a disposición de la comunidad.

«Este espacio es muy importante para nuestra población por lo que también apoyó a la inclusión. Acá solo demostramos amor y cariño, porque el único objetivo es ayudarnos entre nosotras y a los demás», afirmó Flores.

Y es que a la Casa Trans no solo vienen las mujeres y hombres trans, sino que llegan personas de fuera de la comunidad. Anoticiadas por los servicios, llegan mujeres víctimas de violencia a quienes se les da apoyo legal y psicológico. Algunas acuden con sus hijos e hijas para hacer uso del internet.

«Ya hemos creado sensibilización en el barrio, ya nos reconocen como personas buenas que solo buscamos ayudarnos entre nosotras. Ahora los vecinos nos hablan muy bien», añade Luna.

En medio de San Pedro, uno de los barrios más conservadores de La Paz, la Casa Trans se levanta, tras una fachada pintada de rosado, blanco y celeste. A puertas abiertas y sin restricciones, el espacio se ha convertido en una muestra de inclusión en la que se brinda el apoyo que el Estado no logra cubrir.





EXPERIENCIAS COMUNITARIAS

Cómo convertir una casa de Mar del Plata en un refugio para personas trans

Por Sandra López Maidana

Desde febrero de 2025 funciona Hogar Dignidad Trans, un proyecto pionero en Mar del Plata. En este momento alberga de manera permanente a cuatro personas y se proyecta la apertura de un Espacio de Tránsito que brindará refugio temporal a otras tres. Este espacio no sólo es un refugio, sino también un símbolo de lucha por los derechos básicos y la dignidad de la población travesti-trans.

La casa, ubicada en la calle Bordabehere 1767, Barrio San Cayetano en el centro de la ciudad, tiene un valor histórico. Desde 1986 es el hogar de Marcela, una mujer trans que llegó expulsada de Tandil en el marco de la represión policial y los códigos contravencionales de la época. A pesar de las adversidades, Marcela abrió las puertas de su casa para convertirlo en un espacio de contención y esperanza para quienes enfrentan las mismas luchas que ella vivió.

Pasados los años y la falta de oportunidades, la casa sufrió los embates que la dejaron en un estado ruinoso. Una de sus antiguas habitantes, Maju Burgos, volvió

hace cuatro años a Mar del Plata y le propuso buscar ayuda para arreglar la casa. Marcela se hace llamar Bordabehere de apellido por estar identificada con su lugar de residencia. Maju contó a Agencia Presentes: «Nunca se pudo domar esta casa, siempre quedó todo por la mitad, pero a regañadientes aceptó».

Ahí comenzó la búsqueda de Maju de recursos para restaurar la casa y construir el sueño del refugio temporal.

Maju

Maju Burgos es una mujer trans de 43 años y empleada en el sector público al que accedió [por el cupo trans que ella misma militó junto a la agrupación Mujeres Trans Argentinas](#). Nació en Azul, localidad de la provincia de Buenos Aires, y la expulsaron de su hogar cuando tenía 12 años. «Mi vieja me expulsó, me echó a la miércoles. Venía de una familia muy violenta. Se notaba mi identidad a muy temprana edad y ellos no supieron manejarlo, no quisieron aprender, era otra época. No lo justifico en absoluto, todo lo contrario, ya no tengo vínculos con ellos. Durante algunos años fue una relación que traté de sostener por una dependencia emocional. Las travas estamos solas. Traté de sostener una familia que no existía y pude cortar el vínculo total gracias a la terapia, a la medicación y a la meditación también porque practico budismo».





Viajó a Mar del Plata con una compañera que al poco tiempo decidió volverse al pueblo, por lo tanto Maju se quedó sola en un hotel cercano a la terminal vieja de ómnibus de la ciudad. Empezó a prostituirse. Tenía la ropa que traía del campo, jardineros y zapatillas, y una figura de preadolescente.

En ese interín conoció a Marcela y su casa, que tenía pequeñas habitaciones donde vivían otras travestis trans. «Yo le hinché a Marcela porque quería ir a vivir con ella pero ella me decía que no había lugar y era cierto. Además era un momento muy complicado, las chicas que estaban en prostitución las llevaban presas, (artículos 68 y artículo 92 en esta jurisdicción). Uno por usar vestimenta femenina y otro por escándalo en la vía pública. Y por ahí el escándalo era comer una empanada acá como estoy haciendo ahora. La sola presencia representaba un escándalo. Yo les insistí tanto que iba a tomar mate todos los días a la casa como si estuviera en el campo, iba a la mañana cuando las chicas volvían a dormir. Al final aceptó que fuera, que podía dormir en un sillón cama en una cocina que hoy es mi cocina».

De sus convicciones y su búsqueda de dignidad para su vida y la de sus compañeras se transformó en militante activista. «Somos seres políticos, nuestra identidad travesti trans es política y política como transformación. Desde este lugar accedemos a la militancia o al activismo y a muchas de nosotras es lo que nos salva. Nos salva crear redes con el feminismo, crear redes desde el transfeminismo como decía Lohana, como decía

«Al final aceptó que fuera, que podía dormir en un sillón cama en una cocina que hoy es mi cocina».

Diana para poder posicionarnos no solamente en un lugar de ciudadanas de primera, sino también poder tener herramientas para poder construir para otras, para otros y para otras. Para ser transformadoras de realidades y poder transformar nuestra propia vida. Poder transformar la realidad de otras personas que estén atravesadas por la violencia, por la estigmatización y por la exclusión. Además por la falta de oportunidades que lamentablemente ha sido el norte durante todo el recorrido de nuestra vida».

El encuentro con la hermana Mónica

Con estas herramientas la llevó a investigar por dónde empezar y a quién primera consultó fue a Mónica Astorga Cremona, una monja carmelita que acompaña desde hace 20 años a las compañeras trans de Neuquén. [Creó el primer complejo habitacional para adultas trans en esa provincia.](#) El predio cuenta con doce departamentos, realizado con aportes de la provincia y Nación y tuvo el aval y la felicitación del Papa Francisco.

Mónica le dijo que empezara por diseñar un flyer para compartir por redes. «Esto fue en 2021, -recuerda Maju- ¿Quién te ayuda al salir de la pandemia? Porque pensamos que íbamos a salir mejores, que íbamos a





ser seres de luz y ¡nada! Empezamos a recibir ayuda, pero era muy poco. En eso llegó una compañera que se llama Noni que a través de una parroquia que seguía a Mónica por redes nos vino a ver y nos contó que hacía electricidad y además trabaja en un Hospital de acá de Mardel». Nony Mariani se transformó en una presencia clave dentro del equipo porque donó trabajo, tiempo, oreja, y pudo traer y coordinar a los trabajadores de la construcción. Además por su trabajo actual ayuda a gestionar los trámites del hospital de las chicas: «las lleva, las trae. Es fundamental. No se podría haber hecho nada sin Noni».

Nada es imposible

Maju no dejó de buscar ayuda. Un día pensando en cómo encontrar más auspicios para la obra le dijo a Marcela que le iba a escribir al Papa Francisco. «Conseguí el mail en abril del '21 y en junio me respondió. Me contesta con un mail divino, de puño y letra. Lo hace así y su secretario escanea la carta y la pega al mail. Me contestó muy cálidamente y que podíamos contar con su ayuda. Fue muy linda, me pone «querida Maju» y mientras te lo cuento mirá (muestra su brazo con piel de gallina) yo no soy católica, soy budista, pero es un referente y con la historia que nosotras tenemos... Me acordé de mi infancia, recordé cuando mi vieja me echó y ahora me está contestando el Papa. Y me dije, «bueno ya está, me puedo ir de este mundo tranquila porque nada es imposible»».

En estos días de manera casual le tocó atender en la oficina donde trabaja al nuevo obispo de Mar del Plata que aún no había asumido (Monseñor Ernesto Giobando, que asumió el 22 de febrero). Lo conocía de cuando vivió en Capital Federal, y habían organizado encuentros con Mujeres trans argentinas donde también participó la hermana Mónica. «Siempre tuvimos

muy buena onda así que quedamos que iba a ayudarnos en lo que se pudiera».

La adultez trans

Producto de otras casualidades, en su lugar de trabajo Maju atendió a una chica que trabajaba en Anses. Maju le contó la realidad de Marcela, que a sus 60 años no había podido jubilarse. La mujer la ayudó y fue el primer trámite de jubilación para una persona trans en esa oficina de Anses de Mar del Plata.

«No puede ser que no tengamos adultas trans. Como dice Marlene, es un genocidio. No puede ser que en Mar del Plata puedas contar con los dedos de una mano las minas arriba de 50 años. Es un escándalo. Y no es que las travestis no existen o que no existieron. Acá había parva de travestis. Acá había travestis pateando por la noche, en la movida artística, durante muchísimos años. El sistema prostibulario o el trabajo sexual era muy grande en Mar del Plata. Veníamos de todos lados de la provincia y de la Argentina porque esta era una plaza muy grande. ¿Dónde están todas esas compañeras? Se murieron. No llegaron muchas ni a disfrutar del mar».

Maju cuenta que Marcela pasó 30 años sin ver el mar, porque le quedó el estigma de otros tiempos. En Mar del Plata no podía pasear por la peatonal ni ir a la playa. «Ese disfrute se nos privó. El solo hecho de nuestra





presencia escandalizaba. La sola visibilidad trans travesti era un escándalo, atravesado por los códigos contravencionales de la época».

Sin embargo confía en que el cambio de miradas y de políticas de los últimos años va a generar un quiebre más profundo, a pesar de los retrocesos actuales. «Se ha producido un quiebre generacional con respecto al promedio de vida que lo vamos a ver seguramente en unos años. Porque no es lo mismo las jóvenes que hoy están ingresadas en un colegio, que hoy están acompañadas por sus padres, que están acompañadas por un sistema de salud que a pesar de las políticas neofascistas que hoy están asomando la cabeza, las políticas nuevamente de estigmatización, de patologización hacia nuestras identidades. Pero que a su vez ya hemos creados redes con médicos de apoyo que vienen trabajando hace más de 25 años con nuestra población, esas niñas, esas adolescencias esas pibas, esas mujeres que ya están en la facultad que ya se recibieron no van a tener el promedio de vida que tienen hoy de menos de 40 años. Ese umbral va a cambiar».

El Hogar, una realidad y un proyecto

Parte de la obra está terminada. Hoy junto a Marcela y a Maju conviven otras dos compañeras.

Claudia de 56 años dejó Santiago del Estero para establecerse en Mar del Plata. Pasados los tiempos de precariedad y exclusión laboral hace pocos meses consiguió su primer empleo formal como encargada de atención al público en un kiosco, un logro que representa un cambio significativo en su vida.

Luciana, la más joven del grupo, migró desde la provincia de Buenos Aires después de su transición en busca de nuevas oportunidades de estudio y trabajo. El año pasado logró completar un curso de informática. y

actualmente trabaja en el centro de la ciudad en un local de comidas rápidas y entretenimiento para niños, demostrando que el acceso a la educación y el empleo son claves para el desarrollo personal y social.

El proyecto del Hogar Dignidad Trans está enfocado en la restauración de la casa, que cuenta con cuatro departamentos. Tres de ellos ya son habitables, mientras que el cuarto aún necesita ser terminado. El cierre de este proyecto contempla la finalización del Espacio de Tránsito, destinado a albergar a tres adultas trans en situación de vulnerabilidad. Actualmente, este espacio solo cuenta con las paredes levantadas y el techo, quedando pendientes todas las terminaciones interiores, instalaciones eléctricas, plomería, revestimientos, pisos y equipamiento básico. La construcción de este espacio es fundamental para seguir brindando contención y apoyo a quienes más lo necesitan.

El Hogar Dignidad Trans no es solo un refugio; es un proyecto que representa resistencia, resiliencia y la búsqueda incansable de igualdad y oportunidades.

La culminación de las obras y las mejoras pendientes requieren apoyo. Cada aporte, por pequeño que sea, contribuye a que más personas trans puedan acceder a un espacio seguro y digno.





EXPERIENCIAS COMUNITARIAS

Cómo funciona el primer comedor comunitario gestionado por personas trans

Por Geo González (texto y fotos)

Mujeres trans se autoemplean, sirven las comidas y dan la bienvenida a quienes necesitan un plato de comida caliente. Vienen de entornos de vulnerabilidad y gestionan un nuevo comedor comunitario, donde un plato de comida corrida de tres tiempos cuesta once pesos.

En la calle de Rossini número 2 de la colonia Peralvillo en la Ciudad de México, quienes llegan al comedor impulsado por la organización Casa Lleca saludan a las muchachas que atienden y se registran en unos formularios. Sirven para registrar quienes solicitan este servicio, cuántas comidas se reparten día a día. Por ahora el comedor comunitario lleva cien comidas, y las cuentas de la cuota de recuperación.

Respuesta comunitaria a desigualdad en cuidados

«Este comedor es una respuesta comunitaria a los cuidados que el Estado no tiene con nuestras poblaciones. En las elecciones las y los políticos hablaron del sistema nacional de cuidados. Pero ninguna de estas políticas va enfocada a nuestras poblaciones ni a sus necesidades. Somos nosotras las que hacemos estas propuestas que vienen de los cuidados colectivos. Y si bien este comedor surge por un programa del gobierno, somos nosotras las que le damos este enfoque a través del trabajo comunitario que venimos haciendo porque el gobierno se está quedando corto en cuanto a políticas públicas para personas LGBT y personas en situación de calle», comenta en entrevista Victoria Sámano, fundadora de Lleca.

Este comedor comunitario es un proyecto impulsado por Lleca, escuchando la calle. La organización surgió hace cuatro años, cuando la defensora de derechos humanos y trabajadora sexual Victoria Sámano abrió las puertas del departamento donde vivía para dar refugio a personas LGBT+. Eran, sobre todo, hombres gay y mujeres trans en situación de calle, más expuestas



frente a la pandemia una vez que los hoteles cerraron sus puertas y la expulsión de personas jóvenes aumentó por la exclusión familiar.

Lleca abrió sus puertas hace un año en la colonia Peralvillo. Es el primer comedor gestionado enteramente por mujeres trans que además se autoemplean.

En la Ciudad de México también está Manos Amigas, un comedor comunitario que nació durante la crisis por Covid-19 para hacer frente a las violencias específicas que atravesaron algunas personas LGBTQ+, en especial juventudes y trabajadoras sexuales.

Casa Lleca, el refugio que impulsa el comedor

Casa Lleca es el primer refugio para personas LGBTQ+ en situación de calle o en riesgo y nació como respuesta a la falta de espacios seguros para la población LGBTQ+. Existen ocho albergues manejados por la Secretaría de

El equipo de Lleca, el primer comedor comunitario creado y autogestionado por personas trans en Ciudad de México.



Inclusión y Bienestar Social (Sibiso) pero no están sensibilizados ni capacitados y las personas LGBT viven violencias por parte del personal y los usuarios en esos albergues.

Ha dado refugio hasta a una decena de personas y hoy viven allí cinco mujeres trans. La más joven tiene 25 años y la mayor 57. Cada una atraviesa situaciones y necesidades particulares: trabajo sexual, el consumo de sustancias, migración, desplazamiento forzado interno, reinserción social, desempleo, acceso a salud, vivir con VIH, etc.

«En Casa Lleca cubrimos las necesidades más básicas: hogar, alimentación y baño. Y nos vamos organizando en atender temas de salud física y mental, prevención y tratamiento de violencias. Pero había una cosa que se nos salía de las manos y era el trabajo. Algunas salen a pedir empleo y notamos lo difícil que es por el rechazo a su identidad de género, porque viven en un albergue, por la edad, y hasta por no tener un acta de nacimiento.

Erika es una de las integrantes del comedor comunitario que gestiona Casa Lleca.





Entonces, decidimos entrar al programa de comedores comunitarios de Sibiso con el objetivo de que sea algo que podemos gestionar y sobre todo para emplear a las compañeras», comenta Victoria.

Cinco mujeres trans se autoemplean

Victoria cuenta que el proceso para abrir el comedor comunitario fue mediante una convocatoria de Sibiso, donde exigen ciertos requisitos. A Sibiso le tomó un año aprobar la propuesta de Lleca. Los gastos de instalaciones de gas, sanitarias e hidráulicas, compra de mesas, sillas y ollas no lo gestionó el Estado, sino las integrantes de Casa Lleca. Algunas de ellas, ejerciendo trabajo sexual.

Hoy las cinco mujeres trans que habitan Casa Lleca sostienen el comedor comunitario y reciben una remuneración simbólica, mas no un sueldo. Cocinan, hacen de meseras, cajeras y recepcionistas. Y sirven una comida corrida (generalmente arroz o frijoles, un guisado, tortillas, ensalada; y un vaso de agua).

En la inauguración del comedor comunitario de Lleca se sirvió mole oaxaqueño, un platillo tradicional, emblemático y con alto valor de celebración en el país. Quien lo preparó fue Carolina, habitante, coordinadora de Casa Lleca y cocinera principal de este proyecto.

«Me siento bien feliz, y la verdad bien orgullosa de la casa y del comedor del que ahora me empleo. Y de ser la cocinera principal. Soy la que le da el toque mágico a la comida porque además soy oaxaqueña y tengo mi sazón. El autoemplearnos es una oportunidad y es muy satisfactoria. Después de no haber tenido nada, aquí no solo tenemos donde dormir sino también donde trabajar. Es un ingreso simbólico pero que significa mucho para todas nosotras», cuenta Carolina en entrevista con Presentes.

«Tenemos el atrevimiento de cuidar»

Afuera del comedor hay una fila de personas registrándose y pagando once pesos para comer. Al fondo de Casa Lleca, en uno de los sofás le preguntamos a Victoria Sámano cómo aprendió a cuidar. «Quienes primero me enseñaron a cuidar fueron mi abuela y bisabuela materna. Ellas sabían lo que era yo desde mi infancia y procuraron cuidarme siempre. Yo me sentía muy segura. Después, las que me enseñaron de cuidados fueron otras mujeres trans».

«Mi forma de cuidar es cocinando con amor porque amor fue lo que encontré en este refugio. Amor para mis compañeras, amor para mí y para Victoria que ha sido un parteaguas en mi vida porque aquí recibí herramientas que el gobierno no me brindó, ya que me orilló al trabajo sexual y a la calle», dice Carolina.

«Yo creo que los cuidados siempre surgen desde las personas trans ante la falta de un Estado que nos proteja. Siempre somos nosotras la respuesta. A pesar de



todas las adversidades que vivimos las personas trans, todavía tenemos el atrevimiento de cuidar» reflexiona Victoria. «Saber cuidar no surge de la nada, son conocimientos que se van transmitiendo. Probablemente cuando yo no esté, alguien más se va a quedar a cuidar y es así cómo van surgiendo nuevas líderes comunitarias».

¿Dónde se ubica y en qué horario sirven de comer?

El comedor Lleva queda en Rossini 22 en la colonia Peralvillo, alcaldía Cuauhtémoc. Sirven comidas por una cuota de recuperación de once pesos, de las 13:00 a las 16:00 horas.



OTROS MUNDOS
POSIBLES

PRESENTES



ACTIVISMOS Y MEMORIA



ACTIVISMOS Y MEMORIA

María Belén Correa, fundadora del Archivo de la Memoria Trans: mil vidas en un foto-libro

Por Agustina Ramos

Fotos: Archivo de la Memoria Trans

Cartas, textos, folletos, fotografías y recortes periódicos reconstruyen un momento de la historia íntima de María Belén Correa: la formación de su identidad y militancia, sus amistades, una nota que lo cambió todo, el exilio y el personaje que la atravesó: Eva Duarte de Perón. *Belén, María Belén* es un [fotolibro](#) de la [Editorial Archivo Trans](#), en colaboración con la editorial Cesura. Retrata la vida y el legado de esta activista trans emblemática y una de las impulsoras de la Asociación de Travestis Argentinas (hoy [ATTTA](#)) y Red Lactrans, y fundadora del [Archivo de la Memoria Trans](#) Argentina.

Dieciocho personas, incluidas mujeres trans mayores, se encargan de proteger, construir y reivindicar la memoria trans desde el Archivo. Su acervo supera ya los

15 mil documentos. Registros fotográficos, fílmicos, sonoros y periodísticos; piezas como DNIs, pasaportes, cartas, notas, legajos policiales, artículos de revistas y diarios personales, que datan desde principios del siglo XX hasta la década de 1990. Además de contar con el [fondo documental de varias compañeras](#) disponible de forma online, también desde la editorial publicaron varios libros.

A Belén la convencieron de que el nuevo fotolibro sea sobre su historia, pero asegura que en realidad se trata de una construcción colectiva. Quedó seleccionado para la beca [Andy Rocchelli](#) gestionada por [Cesura](#) y también obtuvo una mención en el [Dummy Award](#) 2025. Le resulta extraño hablar sobre sí misma, confiesa. Pero finalmente lo logra.

En Alemania, donde vive, Belén pasa sus días con la cabeza puesta en su país de origen. «Tengo el teléfono, la computadora, el trabajo y la televisión conectadas a Argentina. Estoy 100% dedicada al Archivo», cuenta en una llamada, sentada en su casa ubicada en Hannover, donde vive con su esposo y sus dos perritos, sus hijos. Lleva un cotidiano monótono, sin mucha vida social. Lo opuesto a lo que vivió gran parte de su vida: shows, movilizaciones, persecuciones y amenazas policiales, trabajo sexual, mudanzas de país en país.



En 2015 y 2016 pasó por un cuadro de meningitis en el cerebelo seguido de tuberculosis. Casi muere. «Después de eso me pregunté cómo quiero pasar los últimos 10, 15 o 20 años de mi vida. Y quiero estar tranquila, sin sobresaltos, haciendo lo que me gusta que es en parte la recolección del Archivo», dice.

En el cuello lleva un colgante que perteneció a su amiga, la activista [Claudia Pía Baudracco](#). Durante las charlas que compartieron en su juventud imaginaron juntas un lugar donde guardar el recuerdo y las imágenes de sus compañeras, para que no se perdiera durante los allanamientos y las mudanzas constantes.

«En ese momento no me daba cuenta de su importancia. Lo hacía porque me gustaba. Queríamos documentar a nuestra familia, que en nuestro caso eran nuestras amistades. Pía era la que siempre estaba sacando fotos o le pedía sus fotos a las demás y las guardaba. Por las mudanzas mucho de eso se perdió: cajas enteras. Pero encontramos una parte que ella escondió en una casa de una amiga suya donde vivió. Hoy es la [Biblioteca Claudia Pía Baudracco](#), en Quilmes», comparte Correa.

MAR . 74



En 2012, justo antes de la sanción de la Ley de Identidad de Género, Pía falleció. Dejó una marca en Belén, que ese mismo año decidió materializar sus fantasías y fundó el Archivo de la Memoria Trans desde el exilio.

La importancia de llamarse Belén

Nació el 25 de junio de 1973 en el partido de Luján, en la provincia de Buenos Aires (Argentina). Tiene 53 años: una sobreviviente del colectivo trans, cuyo promedio de vida es de 35 a 40 años. Lo sabe muy bien. Aunque está tranquila en su casa en Europa, donde quiere pasar la última etapa de su vida, entiende que las violencias hacia las trans trascienden fronteras. «Que esté encerrada en mi casa no quita que mañana me mate mi marido. Vos vivís con el enemigo. Nadie está exenta», dice.

Tenía 5 o 6 años y jugaba debajo de la mesa cuando escuchó a su abuelo decir: ‘María Belén, qué lindo nombre’. Tiempo después pidió a su familia que le pusieran así a su hermanito que estaba por nacer. Pero nació varón: frustración de por vida, llanto. «Cuando nacen mis hermanas, que son mellizas, me dieron el gusto. A una le pusieron María Belén y a la otra, María Vanina».

Iba en tren a la escuela primaria, en un pueblo vecino, Jáuregui, más grande y fabril. Vivía con sus padres, su hermano, con quien se lleva siete años, y sus hermanas mellizas.

Durante diez años, además de hija y alumna, fue enfermera, asistente y cuidaba de sus hermanos. Los días más largos fueron cuando su papá tuvo cáncer. En 1989, cuando falleció, tomó sus cosas y viajó en el tren Sarmiento hasta la Ciudad de Buenos Aires.

«Llegué a Once y me puse a caminar por la avenida Pueyrredón, negocio por negocio. No tenía conocidas.



Antes de llegar a la avenida Santa Fe entré a una de esas whiskerías que había antes, eran cabarets. Me preguntaron si sabía qué era. Le dije que no, que imaginaba que era un bar, que podía ir de lavacopas. Me dijeron que contrataban solo a mujeres. Dije que era gay. Me preguntaron por mi edad. Tenía 16 y no me podían contratar, pero me dieron la dirección de una nueva agencia que estaba buscando gente. Ahí me quedé».

En esos primeros tiempos en Buenos Aires, fue por primera vez a una fiesta de cumpleaños, grandes eventos con show y presentación. «Yo había pensado en todo: vestido, zapatos, maquillaje, sombra de ojos. Todo menos en el nombre. Cuando llego, me saludan y me preguntan, ¿cómo te llamás? Me tomó por sorpresa. ‘Belén, María Belén...’, dije. Después, por más que me lo quise quitar, ya no podía porque para la vida travesti había quedado marcada como María Belén. Lo único que pude fue sacarme el María y que me dijeran Belén».

«Sentía que me estaba educando al lado de Pía»

En la agencia conoció a muchas chicas travestis y trans. Esas identidades aún no se habían rozado con su imaginación. Tampoco sabía que existían mujeres que eran lesbianas. «Fui conociendo a las distintas chicas, las legendarias, las que se escapaban de Panamericana. La agencia para ellas era un lugar de descanso porque ahí no estaban corriendo de la policía. También había chicas que trabajan a la noche en la calle y de día en las agencias. Pasó a ser como un rotativo de chicas. Empecé a hacer amistades. Entre ellas cayeron Pía (Baudracco) y [Brigitte](#) (Gorosito)».

Con la ayuda de su mamá, con quien mantiene hasta hoy un vínculo, a fines de 1992 alquiló un departamento sobre la calle Armenia, en el barrio de Palermo, y

dejó la agencia. Al poco tiempo se reencontró en la calle con Pía y diez días después estaban viviendo juntas.

«Con Pía terminamos siendo muy amigas. Como toda amistad tuvimos todas las etapas: desde vivir juntas a no poder vivir más juntas. Ella era muy sociable, demasiado. No tenías una casa sino un club siempre lleno de gente. Yo venía de trabajar toda la noche, llegaba y había gente durmiendo en mi cama con mi ropa. Así que terminábamos peleando por estas cuestiones. Ella estaba acostumbrada a vivir así, en comunidad», cuenta Belén.

Tenían edades similares pero recorridos muy distintos. «Ella era tres años mayor, pero travesti desde los 13. Se venía peleando con la policía desde los 14, había pasado por un montón de calabozos, había ido a otro país. Tenía una vivencia que yo nunca había tenido. Yo sentía que me estaba educando al lado de Pía».

De amigas a fundadoras de la Asociación de Travestis Argentina

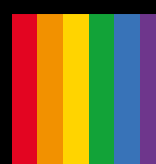




A Belén nunca le gustó celebrar su cumpleaños, pero unos meses después de estar conviviendo, el 25 de julio de 1993, Pía invitó a amigas para festejar. Cocinaron y se produjeron para recibirlas. Fueron llegando de a poco, entrada la noche faltaban todavía dos de las chicas. «Se las habían llevado detenidas. Ahí armamos lo que nosotras llamábamos ‘bagayo’, que es un bolso con frazada, cigarrillos, comida, como para que puedan pasar la noche. La misma comida del cumpleaños la pusimos en un taper. Esto cambió la conversación. De todas las que estábamos ese día, la única que conocía la libertad era Pía porque había viajado a Italia. Hablábamos de cuándo nos iba a llevar ella para allá. Y Pía dijo: ‘No. Hay que hacer los cambios acá para no estar siempre yéndonos’». Ese día, junto a otras activistas, fundaron la Asociación de Travestis Argentinas (hoy ATTTA), la primera sobre el colectivo en el país.

Organizadas, comenzaron a denunciar las coimas policiales. El departamento de Armenia se fue llenando de gente: entre 50 y 60 travestis asistían cada sábado para planear los siguientes pasos. Vivieron al menos dos allanamientos: cuanta más gente había, más en la mira estaban. «Mi foto estuvo pegada en el pizarrón del Departamento Central de Policías por 5 años», compartió Belén en varias notas.





«Si no fuera activista, no sería travesti»

«Para mí el mundo del activismo estaba ligado directamente con ser una travesti. No tuve una etapa en la que primero fui una mujer trans o travesti y después una militante: fue en paralelo. Yo lo entendía como lo mismo: vivir en comunidad, ser activista, pintarme los labios. Nunca tuve otra vida que no fuera esta. Si no fuera activista, no sería travesti», explica hoy sobre cómo se gestó su identidad en aquel momento.

Eligió el apellido de su madre, Correa, y no Carlocchia, el de su papá. Dice que lo hizo por seguridad. «En los '90 para poder cuidarnos ninguna utilizaba los apellidos verdaderos para que no te identificaran tan rápido: Berkins no existe. Carlocchia, en Argentina, son los descendientes de mis bisabuelos: si usaba ese me ubicaban en el momento y caían a mi pueblo».

Aquellas Marchas del Orgullo pioneras, desde [la primera en 1992](#) hasta 1995, eran de protesta, sin shows ni baile. El nombre de Belén comenzó a aparecer en los diarios asociado a las denuncias contra la policía y su aparición en movilizaciones. Un día, recibió una propuesta particular. Le escribieron desde la revista *Para Ti* para hacer una nota distinta. Querían contar a la Belén *persona*, la que estaba detrás de esa lucha. Los recibió en su casa, les presentó a su madre y a su pueblo. Hablaron de su vida, sacaron fotos. Al poco tiempo de publicada la nota empezaron a caer las primeras amenazas a su casa.

«Fue una de las peleas más grandes que tuve con mi mamá. Ella me echaba la culpa a mí de lo que estaba pasando. Ahí decido irme y le digo a mi mamá que empiece a negarme: a decir que ya no me quiere, que me echó, que no soy de la familia. Durante mucho tiempo



llamaba por teléfono a la vecina para hablar con ella. Hoy no hablamos de eso. Ella prefiere que sea cosa del pasado».

Desde que llegaron las amenazas, tuvo 15 días para tomar la decisión más importante de su vida. Hacía apenas un mes, el mundo se había paralizado frente a las pantallas de los televisores que mostraban las imágenes de primero uno y luego otro avión estrellándose contra las torres norte y sur del World Trade Center. Mientras muchos huían de Nueva York, atemorizados por el atentado, Belén desembarcaba en noviembre de 2001.

El exilio en Estados Unidos

«La etapa de mi exilio fue la más fea de todas las que he pasado. Lo peor es irte sin querer hacerlo. Me fui en 2001 y no volví hasta el 2008. En 2005 pude empezar a viajar fuera de Estados Unidos. Iba a Uruguay para poder ver a mi familia. No podía cruzar a la Argentina por tener el asilo político. Para mucha gente yo estaba muerta. Reviví en el 2008 cuando me vieron en la Marcha del Orgullo en Argentina de vuelta», cuenta.

Dice que le costó hacerse un lugar. Muchas veces creyó que la iban a ayudar, pero al final había un interés por detrás. Ejerció el trabajo sexual los primeros años y fue ganando visibilidad como activista en los Estados Unidos. Le gustó el término «trans» -que usa hasta hoy- porque «no evidenciaba si una estaba operada o no». Tuvo que demostrar ante un juez que no era gay ni lesbiana, y explicar qué significaba ser trans en Argentina, cuando a pesar en democracia padecían la persecución de los edictos policiales.

Durante cuatro años se presentó ante Migraciones cada cuatro meses sin saber si la iban a detener, si la iban a deportar o si la dejaban libre unos meses más hasta la

siguiente cita. «Tenías que prepararte psicológicamente y despedirte por si pasaba algo cada vez que ibas», recuerda.

Belén y Evita

Una noche, en una actividad social para migrantes latinos, hizo un show. Lució su cabellera rubia con un rodete bajo, pendientes brillantes, un collar grande con piedras blancas traslúcidas y un corset blanco con apliques plateados. Cantó «No llores por mí Argentina».

«No había buenas experiencias con travestis o LGBT haciendo de Evita. Estaba la experiencia de Copi o la de Perlongher. A una le habían prendido fuego el teatro. Aparte, una pensaba que se iban a cagar de risa. El peronismo se te iba a las manos por cualquier cosa en ese tiempo si ‘insultabas’ a Eva. Era el momento de la Evitomanía».

La primera vez que le puso el cuerpo a Eva Perón fue a pedido de su amiga Vanesa. En 1993 los cumpleaños travestis eran eventos sociales, cada una llevaba un





show para mostrar. «¿Por qué no me hacés a Evita?», le propuso su amiga. En la Marcha del Orgullo de 1995 lo llevó al escenario por primera vez. Ya en Estados Unidos, estuvo un año entero preparándose para el desfile del Pride en Manhattan, donde se presentó bajo el nombre de la Asociación de Travestis Argentinas. Ese contexto hostil, pero a la vez favorecedor de la Evitomanía, le permitió llevar el personaje a distintos países. A Alemania llegó, precisamente, «gracias a la Eva».

Con los años, cada vez que la interpretaba le agregaba alguna cosita: una pulsera, un aplique. Hoy tiene 36 libros sobre la biografía que abordan la vida de Eva desde distintos aspectos. *El caso Eva Perón*, escrito por el embalsamador Pedro Ara, estaba lleno de fotografías de ella viva, que el hombre copió para hacer su trabajo. De ahí Belén tomó algunos gestos. También guarda con especial afecto *Y ahora... hablo yo*, de [Lillian Lagomarsino de Guardo](#), quien acompañó a Eva los primeros años del peronismo y en el viaje que hizo a Europa.

«En Europa le enseñan cómo saluda una reina: levemente, inclinando la cabeza y mueve la mano mostrando los anillos. Yo físicamente no puedo verme jamás como Eva: tetas grandes, alta. La otra pesaba 40 kilos y yo, 80. Pero siempre me quedó algo que me dijeron, que dentro del teatro, si vos mantenés la ilusión y te lo creés, el resto se lo cree. Así que copiaba todos sus gestos y movimientos», cuenta Belén.

Su familia no tenía fotos de Perón ni de Eva en su casa, pero el peronismo había entrado de diferentes formas. Los familiares de parte de su padre eran ferroviarios y su abuelo integrante de La Fraternidad, un sindicato históricamente ligado al justicialismo. Su madre tenía cuatro años cuando le llegó la muñeca de la [Fundación Eva Perón](#) y a su abuela recibió la máquina de coser de la misma institución.



Belén fue, durante muchos años, «la Eva». Comenzó a interpretarla a los 20 años y pronto se enteró de una maldición. Todas las travestis que hacían de Evita morían a los 33 años. «Cuando me fui acercando a esa edad, como a los 29, 30, me agarró la idea de que eran mis últimas fechas. Vivía vestida como una dama antigua, me atendía la gente en la cama, vivía con ropa de cama. Me había agarrado ese síndrome de Esther Goris que vivió con el personaje pegado no sé cuánto tiempo. Me había comido el personaje. Creía que ya me iba a morir».

Comprobó que la maldición no era cierta cuando pasó esa edad, pero Eva continuó presente toda su vida. Ya con la Ley de Identidad de Género aprobada en Argentina, modificó su nombre legal a Belén Eva Carlocchia.

«Hay que estar unidas, porque si no, nos matan por separado»

Esa ley fue para ella y tantas trans un parteaguas. «Nos vino a meter dentro de la democracia en Argentina porque fue el momento en que el Estado nos reconoció como ciudadanos y ciudadanas y nos igualó al resto de la sociedad. Querer quitar esos derechos con modificaciones, o la eliminación de la ley sería volver a la clandestinidad», dice, en relación a los [distintos ataques que sufrió la normativa](#) bajo el actual gobierno de Javier Milei.

El fotolibro sobre su historia culmina con los años de exilio. De esos años trágicos quizás lo que más recuerde es la sensación de soledad e indefensión. Algo que hoy por suerte queda lejos. Aunque está a miles de kilómetros de distancia física de sus amigas y compañeras del Archivo, comparte con ellas pensamientos, charlas y proyectos de vida en común.



«Hay que estar unidas, porque si no nos matan por separado. Y alertas. En los tiempos que hemos pasado, en los que te detenían solo por salir a la calle, lo que hicimos para resistir fue vivir en comunidad para que en el momento en que nos pasara algo hubiera alguna asistiendo», dice.

Eso, asegura, es lo que nos va a salvar. Esa vida en comunidad sobre la que tanto le enseñaron las travestis y amigas a lo largo de toda su vida.



DSCF0082.jpg



ACTIVISMOS Y MEMORIA

Las tías: mujeres trans mayores luchan por derechos y tejen memoria

—Ustedes nos pegaron, violaron y asesinaron, ¿qué más quieren?— le grita Patricia Rivas a unos cien policías acorazados detrás de cascos y escudos.

Es 24 de mayo de 2024, la tarde está helada y la Plaza de Mayo, donde está la Casa de Gobierno, está rodeada de uniformados para impedir que la [Segunda Marcha Plurinacional por la Reparación Trans y Travesti](#) circule por la calle hasta el Congreso de la Nación, donde espera un escenario. El Ministerio de Seguridad del gobierno de Javier Milei [publicó un protocolo que sólo permite manifestarse por la vereda](#), sin cortar el tránsito, además de habilitar varios mecanismos para criminalizar la protesta.

Patricia tiene el pelo rubio platinado vaporoso y avanza con tacos plateados, cubierta de un saco negro por el que asoma un gran escote. Tiene 58 años, es alta y robusta, parece fuerte pero guarda en el cuerpo y la memoria las cicatrices del odio y la violencia de las fuerzas de seguridad. Ella forma parte de Históricas Argentinas, una organización de trans adultas mayores que se reconocen como víctimas del terrorismo de Estado y de múltiples violencias institucionales en democracia. Son sobrevivientes y exigen ser oídas.



A las trans mayores las acompañan activistas de derechos humanos y de la diversidad. Hay infancias y adolescencias trans, personas no binarias, lesbianas, maricas y mucha familia elegida. Frente al despliegue policial desproporcionado con armas largas y motos que rugen, el grito fue uno solo:

—¡No tenemos miedo!

La violencia institucional es una herida histórica en los colectivos travestis y trans. Durante la última dictadura cívico-militar (1976-1983), las personas de la diversidad sexual, y con especial saña las travestis y trans, fueron perseguidas y encarceladas por su identidad. Pero para ellas los calabozos continuaron bien entrada la democracia, por la criminalización presente en [los edictos policiales de varias provincias](#) que habilitaba la caza de «los travestidos» en las calles. Estos edictos estuvieron vigentes hasta 1998 en Ciudad de Buenos Aires y hasta una década después en Provincia de Buenos Aires y otras provincias. Las personas trans y travestis suelen decir que para ellas la democracia comenzó recién 2012, con la aprobación de la [Ley de Identidad de Género](#).

Hace una década comenzó la militancia [por una ley de reparación histórica para las trans y travestis sobrevivientes y también el pedido de una pensión graciable](#).



Para eso se formaron distintos grupos: Además de Las Históricas Argentinas, existe el [el Archivo de la Memoria Trans Argentina, un proyecto artístico y político de recuperación histórica que dio la vuelta al mundo y ha sido replicado en varios países.](#)

Además de la reparación histórica, estos colectivos exigen que se cumpla el derecho a recibir salud integral para una vejez digna. Pero los proyectos de ley siguen durmiendo en los cajones del Congreso mientras van perdiendo estado parlamentario.

[Marlene Wayar](#) es activista, escritora, psicóloga social, egresada de la Universidad de las Madres de Plaza de Mayo y comunicadora.

[En un programa de radio, ella explica:](#)

—Lo que queremos es que esta sociedad se sienta a discutir y reconozca que tenemos un promedio de vida de 32 años mientras, el de las personas cis es de 76 y subiendo y que esto constituye un genocidio. Después podemos ver los puntos de la ley, pero esto es mucho más complejo que una una mísera jubilación. Como dice Wanda, el Estado en algún momento tiene que reconocer todo lo que nos ha sacado, nos ha sacado la vida.

Actualmente en Argentina [solo la provincia de Santa Fe tiene una Ley de Reparación](#). Es un logro y un antecedente, pero las voluntades políticas actuales no abren diálogos nuevos. Este 1 de noviembre organizaciones como Futuro Trans y el Archivo, en compañía del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) presentaron un amparo para que el Estado les reconozca su derecho a la seguridad social. «Buscamos también que se reconozca y repare la violencia institucional que sufrió la población travesti y trans desde la recuperación de la democracia hasta el presente», [explica Marlene](#).



Las marcas de la dictadura

«La reparación histórica consta de dos pasos: uno es que el Gobierno salga el balcón y reconozca todo el maltrato que hubo hacia las personas trans, y lo segundo es un resarcimiento económico que no sea una jubilación mínima, a nosotras nos tienen que resarcir por la vida que nos hicieron pasar», dice Patricia un domingo por tarde, meses después de aquella Marcha por la Reparación donde la policía amenazó y reprimió.

Estamos en la terraza de su amiga Eugenia, en el partido de San Fernando, provincia de Buenos Aires, cerca de su casa. Su voz es el relato que entre carcajadas y angustias recompone esa memoria histórica que desde hace un tiempo decidió recuperar para seguir reclamando.

—En un tiempo me puse en pareja, fui peluquera y todo ese pasado lo sepulté. Al volver a hacer activismo volví a padecer y a tener las pesadillas de las persecuciones, de cuando corría con mis amigas escapando de la

Patricia en su casa. Foto: Euge Azar





policía y que una caiga muerta atropellada por los autos. Es horrible vivir todo eso de vuelta.

Patricia también recuerda los ruidos, las voces, y estar detenida y vendada en la Comisaría de Tigre, provincia de Buenos Aires. «Esa que ahora tiene una placa conmemorativa que dice que ahí hubo un centro de detención durante la dictadura», agrega.

En 1981, cuando tenía 14 años, estuvo secuestrada allí.

—Fueron cinco días pero para mí fue una eternidad. Estuve vendada y lo que se escuchaba eran las puertas, los ruidos de una puerta pesada que abrían y te agarraban. Me llevaban a otro lugar y me hacían la tortura en la que me metían la cabeza bajo el agua. A veces te apuntaban y gatillaban. Otras veces era violarte mientras me decían: ‘¿te gusta ser puto?’. Siempre eran dos y cuando el primero terminaba de violarme yo caía desvanecida al piso, y ahí me daba el otro.

En abril de 2023, por primera vez en la historia, un [juicio de lesa humanidad](#) tuvo como voces fundamentales a un grupo de mujeres trans víctimas de la dictadura.

Carla Fabiana Gutiérrez, Paola Leonor Alagastino, Julieta Alejandra González, Analia Velázquez y Marcela contaron lo que vivieron en el [Pozo de Banfield](#), uno de los centros clandestinos de detención, tortura y exterminio que funcionaron durante el terrorismo de Estado.

Marcela Viegas declaró con un collar de cadenas gruesas, pulseras y una boina. Frente a ella la mesa estaba cubierta por la bandera del Archivo de la Memoria Travesti Trans Argentina. Allí contó que cuando estaba por cumplir 15 años fue secuestrada en Camino de Cintura, provincia de Buenos Aires y torturada sistemáticamente.



Me ponían una capucha. No sé adónde iba. Teníamos una venda y yo podía espiar por abajo. Me tiraban en una cama. Me ataban. Y me ponían 220 (volts de electricidad)» contó en su declaración.

Y agregó: «Es una hijaputez que nos pongan prostitución y vagancia. Yo iba a trabajar todas las noches porque por ser travesti no me iba a dar trabajo nadie» .

En marzo de 2024 los jueces condenaron a los represores a prisión perpetua por delitos de lesa humanidad en el marco de genocidio. [Por primera vez en la historia argentina](#) personal militar fue condenado por los delitos de privación ilegítima de la libertad, tormentos, abuso sexual y reducción a la servidumbre a personas del colectivo travesti trans.

De las sobrevivientes no todas pudieron tener acceso a los documentos que registran esas detenciones. A veces ni siquiera las anotaban, o las ponían con nombres distintos. Para ellas también era muy difícil acercarse a una comisaría a preguntar por alguna compañera, primero porque podían quedar detenidas ellas y después porque, ¿por quién preguntaban? La astucia travesti y el humor como músculo que ayuda a sobrevivir hicieron que en «la zona» estén todas con sus nombres elegidos, los de fantasía y los apodos que eran mezcla de amor y picanteada.

Pero nada de eso las detenía, si una estaba presa, las demás encontraban la manera de hacerle llegar «el bagayo», así le decían al envío de cosas fundamentales para los días que faltasen.

Patricia sabía que al ser detenida no tenía que firmar lo que le daban sino que debía encontrar las maneras de negociar. A la hora de firmar, tenía que poner: «apelo señor juez». «Me das asco, me haces perder el tiempo, no quiero verte más acá o nunca más vas a ver la sol», le dijo el juez en esos años.

Memoria trans

Pasaron cuatro meses de la Segunda Marcha por la Reparación y sobre Avenida de Mayo la puerta de un edificio de estilo francés conduce al Archivo de la Memoria Trans. En este lugar, además del trabajo de archivo y edición hay un espacio de serigrafía, una librería con títulos LGBT+ y una sala de estar dónde las chicas tienen reuniones, hacen terapia y ahora entre facturas, café y mates dan entrevistas. A veces acá o en otros espacios invitan a más sobrevivientes adultas para compartir recuerdos, charlas y ver las necesidades de cada una.

En el Archivo, unas 20 adultas mayores buscan y reúnen fotos, cartas y artículos de prensa que arman la memoria travesti trans de un país que las quiso y quiere invisibilizar. Con todo esto arman muestras, souvenirs, libros y crónicas que luego venden para vivir y hacer sobrevivir esa memoria travesti colectiva. Ellas espantan las miradas de condescendencia y traen a la luz las

Michelle, Carola, Sonia, Marcela y Teté, del Archivo Argentino de la Memoria Trans Foto: Muriel Bruschi



vidas trans con todos sus matices, colores, injusticias, amores, celebraciones y vínculos.

Sus vidas y biografías recorren muchos espacios contando lo que han vivido.

A sus 59 años, Wanda Sánchez comparte las violencias estructurales de muchas personas travestis y trans de su generación.

—Vi morir a tantas compañeras, recordar el montón que éramos. Yo sobreviví a todas ellas, a todo lo que nos pasó. Me tuve que ir de mi casa a los 13 años para empezar a ser yo, ahí no podía.

En ese deambular comenzó a ser detenida por la policía y un periplo por juzgados de menores, institutos y hasta una clínica psiquiátrica. «Allí una mujer santa, una médica me dijo que no estaba mal ser homosexual, que quien necesitaba cambiar era mi madre». Allí se tendió un puente entre ella y su madre, aunque duró poco porque a los meses su mamá falleció.

En la clínica cumplió 18 y cuando salió ya era democracia en Argentina pero su calvario no se terminó.

—Me han llevado presa por existir. Me han ido a buscar a mi casa para llevarme detenida. A veces terminaba en la comisaría con las bolsas del mercado porque recién había salido de comprar y me detenían.

Es su voz pero es la historia de muchas, de tantas.

En una mesa, bolsas de tela y remeras con imágenes sacadas de fotos, frases que alguna compañera gritó en una marcha o en una persecución y ahora se convirtieron en proclama conviven con libros de editoriales amigas y los de producción propia. El primer libro editado por el Archivo de la Memoria Trans está agotado pero otros siguen disponibles y se pueden comprar en



«Vi morir a tantas compañeras, recordar el montón que éramos. Yo sobreviví a todas ellas, a todo lo que nos pasó. Me tuve que ir de mi casa a los 13 años para empezar a ser yo, ahí no podía», dice Wanda Sánchez.

su página web: '[Nuestros Códigos](#)'; «Si te viera tu madre», sobre la vida de la activista trans y una de las fundadoras del espacio, Claudia Pía Baudracco; y el más reciente: 'Kumas', una palabra que significa «amigas, compañeras, hermanas» proveniente del [carrilche](#), ese lenguaje travesti que en la década del '40 nació para permitirles comunicarse entre ellas y sobrevivir a la policía y los ataques.

Mónica, de 71 años, cuenta que a ella la ayuda mucho tener casa propia. La construyó con el dinero que le daba la prostitución. «Yo no derrochaba nada», dice. A diferencia de la mayoría, tiene una familia que la apoya, pero este lugar compartido es el que la «saca del pozo de depresión, por estar con todas y no pensar tanto».

Mónica tiene 71 años Foto: Muriel Bruschi



A ella también le decían «la gringa». Su relato en el libro «Kumas» está atravesado por historias familiares, de amistades pero también de detención y tortura. Pero además de los relatos de violencias sobreviven las noches de brillos y diversión: los carnavales, los shows en bares.

Conocer a estas mujeres permite hilvanar la historia argentina completa.

Teté tiene 60 años, luce su delantal blanco impecable con el que cumple tareas de archivista. Tiene el pelo corto y canoso y una voz firme que no oculta la tristeza. No se quiebra, transmite la seguridad de saber quién es y fue.

—Era una situación fea, porque a mí con 13, 14 años me gustaba salir porque siempre fue muy independiente, y que te llevaran presa, que te sienten en un patrullero y te paseen para que todo el pueblo te vea, que vos era maricón.

Nació en un pueblo del norte de la provincia de Santa Fe y en sus palabras se difuminan los límites entre la dictadura y la democracia. En ese momento ella se juntaba con amigos más grandes, pero a ellos también los perseguía la justicia.

—Un juez llamó al tribunal a ese chico gay y le dijo que si se seguía juntando conmigo lo iban a detener porque por corrupción de menores. Así perdí amistades.

Todo ese contexto de discriminación hizo que tampoco pudiera terminar sus estudios: «Fue muy difícil terminar el colegio primario. El último año fue séptimo grado y fue una cuestión de supervivencia».

Recién en 2013 pudo retomar sus estudios secundarios para culminarlos en 2016. Y siguió. [Logró hacer dos años](#) de la carrera de Psicología Social en la escuela

de Psicología Social de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE). Luché mucho para conseguir trabajo», explica.

En el año 2000 se acercó a militar en la organización política Movimiento Evita y desde 2008 trabaja en el Hospital Público Provincial Magdalena V. de Martínez, en Pacheco. Comenzó haciendo limpiezas y ahora se desempeña en el área administrativa.

Desde 1992 está en pareja y desde 2018 trabaja en el Archivo.

—Este es mi espacio, es mi lugar, el que elegiría siempre. Más allá de que yo tengo a mi familia que me acompaña y a mi pareja, esto es otra cosa. Acá estamos entre

Teté Foto: Muriel Bruschi



pares. Podemos tener diferencias, nos divertimos, la pasamos bien, levanta el ánimo. A mí me llena el alma, la verdad es un espacio que yo elegiría siempre para estar es este lugar.

Lo dice en voz alta pero también lo cuenta con cada gesto de complicidad y cada risa. Están en la mesa y las reúne el contar anécdotas, alegrías, carnavales y un adn travesti trans infinito. Una cadena de palabras, herramientas, referentes, conceptos y orgullos que trascienden las décadas y geografías.

«Nunca pensé que a la edad que tengo algún día iba a poder contar mi historia», dice Carola.

El 29 de septiembre Carolina «Carola» Figueredo cumplió 62 años, casi el doble del promedio de edad que vive una persona trans. Ahora está sentada junto a su compañera del Archivo de la Memoria Trans, Marcela Navarro, en la [biblioteca de la Alianza Francesa](#) de Buenos Aires. El espacio es inmenso, está lleno de libros, es la biblioteca francófona más grande de Latinoamérica pero lo que no está ahí es lo que van a presentar en este encuentro: [los libros del Archivo con sus historias](#), contadas por ellas mismas, con sus vidas y las de quienes ya no están.

«Yo lo único que escuchaba eran siempre reproches. Nos juzgaba todo el mundo, nos condenaban, pero nunca nos daban la oportunidad de expresar quiénes realmente éramos. Nunca se nos entendió», explica Carola, y en sus palabras la curva deriva en orgullo al explicar cómo el Archivo se instaló como ese proyecto de redención dónde pudieron tomar la palabra y visibilizarse.

—Este espacio fue una segunda oportunidad. Acá nos volvimos a encontrar todas pero en un momento y una situación diferente, ahora éramos libres porque a partir del 2012 obtuvimos la Ley de Identidad de Género. Nunca pensé que iba a tener esa libertad de poder



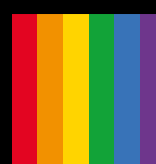
«Nunca pensé que a la edad que tengo algún día iba a poder contar mi historia», dice Carola.

contar mi historia, que todo el mundo te escuche, que te presten atención, y eso te hace sentir importante», va decir frente a una audiencia que escucha, pregunta, lagrimea y sonríe. Su cuerpo parece frágil, a veces parece tímida, y en un momento, de repente, se le suelta la biografía y empieza a tejer en el aire relatos que deberían estar en todos los libros de educación nacional, su historia también es la historia de un colectivo.

A su lado Marcela irradia la presencia de una directora de escuela. Su pelo negro hacia con una cola hacia arriba parece coronarla como el casquete de una vedette. Ella hablará de todos los procesos que se realizan en el Archivo, le va pedir más testimonios a Carola y trata de manera maternal.

Marcela Foto: Muriel Bruschi





‘Ésta se fue, a ésta la mataron, ésta murió’ se llamó **la primera muestra del Archivo** realizada en 2017 que se pudo ver en el Centro Cultural Haroldo Conti de Buenos Aires, dentro del predio de la Ex Esma. En este ex centro de detención clandestina ellas lograron hacer de sus recuerdos un manifiesto. Esa vez no entraron forzadas sino siendo ellas la fuerza y resistencia. Tiene una voz pausada y muy presente, con ella explica: «recibo el material y lo voy separando: vida cotidiana, trabajo sexual, carnavales», y cuenta cómo va uniendo las conversaciones y reconstruyendo las historias. Además de fotos hay cartas, documentos, tarjetas, volantes y «muchos tickets de avión y viajes», y no es que ellas se daban la gran vida, esos vuelos se traducen en exilios, escapar para sobrevivir.

—Completo las planillas y anoto el año y nombre de las compañeras de las fotos. Si está fallecida tratamos de buscar a otra que pueda ayudarnos a armar su historia; después de eso me encargo yo misma de escribir su propia biografía. Cuando la compañera aún vive trato de ubicarla para que nos cuente su propia historia», sigue Marcela. Del otro lado de la gente hay una mesa con algunos de los libros y objetos que producen.

Necesitamos traVajo

«Tenemos vida para tirar, pero necesitamos un trabajo. Necesitamos algo para poder vivir, para poder seguirla», explican las integrantes del Archivo. Sonia Torrese comparte su historia y explica que estuvo «rodando por todos lados, donde pude, como una golondrina». Ella también es una de esas hijas expulsadas del hogar familiar por ser trans. Hoy a sus 64 años volvió a esa casa pero para cuidar a sus padres. «Mi hermana y mi hermano no me aceptaban. Tenían mucha vergüenza de mí».

Los rulos rubios de Sonia le enmarcan las palabras que con timidez aparecen para retratarla. Cuando dice que

antes era «muy cerrada, muy burra», las compañeras la frenan y le recuerdan que ella es la que mejor memoria tiene. Si alguien ve un rostro en una foto y no se acuerda quién es la respuesta seguro la tiene Sonia.

Como es enfermera explica que un vecino le pidió que fuera al geriátrico dónde estaba su madre para hacerle curaciones. Las primeras veces no hubo problema, pero luego las enfermeras le contaron al dueño del lugar que ella era una persona trans: «Automáticamente me cerraron las puertas, me echaron». Esto pasó hace aproximadamente siete años, en un país con Ley de Identidad de Género y sin edictos policiales.

Actualmente algunas cobran una jubilación o pensión, muy pocas. Y como eso tampoco alcanza tienen otros trabajos y buscan ayuda en los espacios disponibles.

Sonia es enfermera Foto: Muriel Bruschi



Wanda cuenta que tiene una pensión, a eso le suma el Archivo, los sábados trabaja en la [Biblioteca Claudia Pía Baudracco](#) y retira mercadería donde le den. La mayoría comenta situaciones similares. En ese momento todas se largan a hablar al mismo tiempo pero todas dicen lo mismo, nombran alguna compañera y cuentan su desesperación por no tener ingresos.

«Sandra tiene casi 70 años y sigue ejerciendo la prostitución. Es una pena que a su edad tenga que estar parada en una esquina», dicen sobre otra compañera que tampoco tiene ningún tipo de reconocimiento del Estado.

Según datos del Instituto Nacional de Estadística (INDEC), el 80% de las personas travestis y trans está vinculada a la prostitución. Y sólo el 32% terminó estudios secundarios, según una investigación de las organización ATTTA y Fundación Huésped.

Para paliar esta brecha, en Argentina se aprobó en 2021 la [Ley de Cupo Laboral Travesti Trans](#) Lohana Berkis —Diana Sacayán. Esta norma establece la contratación de personas trans en el Estado Nacional a través de un cupo mínimo del 1 %, además de medidas de acción positiva orientadas a lograr la efectiva inclusión laboral tanto en el sector público como en el privado. Pero la llegada del nuevo gobierno [frenó los avances](#) de esta ley incluso sumando personas trans a las cifras del desempleo.

La Ley de Cupo Laboral Travesti Trans lleva el nombre de las dos activistas históricas que la impulsaron y es sólo un primer paso. Hoy no se aplica, además de que corre peligro la ley.

El cupo laboral trans lamentablemente no es para las compañeras de cincuenta años», explica Teté. «Con esta edad no te quieren para nada, y menos a



nosotras», dice haciendo intersección entre ser adulta mayor y trans.

El cielo bonaerense de la tarde tiene de estrella a Patricia. Toma mate y comparte un bizcochuelo con amigas.

—Tengo una pensión por discapacidad, que actualmente es mi única entrada porque yo tengo problemas con la silicona que me aplique hace años. Me debilitó los huesos, la cadera, por ejemplo, me comió el cartílago que une el fémur con la cabeza de la cadera y ahí se metió la silicona, también en la columna. Siento un ardor constante en la espalda y en la altura de los riñones», cuenta.

La aplicación de silicona industrial es una práctica bastante frecuente entre las personas trans que no pueden recurrir a implantes. Esta no es una cuestión de vanidad sino una construcción identitaria, es parecerse más a quien una es. Pero al estar excluidas de los ámbitos laborales y de salud terminan recurriendo a estas opciones nada seguras y con grandes consecuencias a largo plazo.

En Argentina, el [informe «Condiciones Sociosanitarias de Personas Trans»](#) publicado en 2019 por Ministerio de Salud y Desarrollo Social de la Nación, el 83% de las feminidades trans modificó su cuerpo para adecuarlo a su identidad de género autopercibida. La mitad de ellas se inyectaron materiales en el cuerpo: 66% silicona líquida y 17%, de aceite de avión.

«Hace poquito este año murió una amiga mía, como Silvina Luna, porque la silicona te estropea los riñones», continúa Patricia, citando [el caso de la modelo](#) y conductora que trajo a los medios el debate del metacrilato y la silicona líquida. La diferencia es que a las compañeras travestis y trans no las debate ni recuerdan de esta manera, solo entre ellas lo hacen.

Madres, Abuelas y Tías

En las marchas muchas veces hay un cartel que dice: «Madres de la Plaza, las travas las abrazan». Esa frase también es grito cuando marchan las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, esas mujeres que aún hoy con sus más de 80 y hasta 90 años, siguen activando por los Derechos Humanos reclamando por sus hijos desaparecidos y nietos apropiados de la última dictadura militar. Las personas travestis y trans saben lo que es marchar para exigir que se cumplan estos y por el derecho a la identidad.

«Memoria, verdad y justicia», es la frase que reclama por las violaciones de derechos humanos en la dictadura argentina. Las travestis arman memoria al encontrarse, buscar las fotos y vidas de compañeras, y hacerlas

Michelle es de Rosraio, Santa Fe Foto: Muriel Bruschi





circular. Pero también verdad al poner las historias en su propia voz. Entonces, ¿qué pasa con la justicia? El tiempo en que la justicia, el Estado y la sociedad se demoran en responder y accionar no alcanza para cuidar a las personas trans adultas mayores que han sobrevivido. Ellas recorren programas de radio, televisión, podcast, libros, revistas y encuentros. Lo hacen para encontrarse, mantener viva esta voz, pero también para que toda la sociedad acompañe su reclamo.

Michelle se vino a Buenos Aires desde Rosario, provincia de Santa Fe, porque en su casa de allá estaba sola, acá encontró una familia. «Yo pensaba que iba a morirme a los 52», dice y todas la preguntan por qué, «porque a esa edad murió mi mamá». Y al hablar sus uñas largas parecen dirigir la batuta de sus palabras. Cuesta imaginarla triste, porque ahora sonríe y es parte de esta mesa de compañeras travestis y trans.

«En la quiniela el 52 es la madre», dice una de las chicas, y todo tiene un aire de revelación y charla de café. La de los 52 años era la madre de nacimiento de Michelle, porque en la vida LGBT+ cuando dicen que hay una familia elegida los títulos ganados son reales. Marcela tiene mucho aire de madre. «Le digo vení a casa y trae las fotos ue tengas, después vino al archivo, empezó a trabajar y se ganó su lugar», explica con orgullo. Ahora viven juntas pero separadas, ¿cómo es eso? y «es que vive en la casa de un amigo gay que esta enfrente de mi casa, pero también en la mía», y el tema del orden y hacer la cama y todos esos cotidianos que crean la vida en familia.

«Las tías», como muchas les dicen, son muy queridas. Sea en un evento o juntada, si una de ellas se pone a contar algo, las juventudes se calman y se dejan llevar por sus voces. «A mí en lo personal lo que me llama es el afecto, el respeto, que te brindan. Es lo que menos teníamos antes. Hay respeto y amor, yo soy muy sensible. A mí me mostrás, cariño y yo te voy a dar cariño,



me mostrás agresión y es lo que viví toda mi vida», cuenta Carola con los ojos siempre emocionados y agradecidos. Pero al amor que las rodea lo debe acompañar un Estado presente.

Mucho más que un nombre

Esa segunda marcha por el pedido de reparación, la de mayo, luego de recorrer toda la Avenida de Mayo, terminó con un festival de música y discursos frente al Congreso Nacional. Al look escotado de taco plateado quebrado por los empujones policiales Patricia ahora le sumó unas antiparras de natación por si en la represión decidían arrojar gases. Las juventudes LGBTNBQ+ que están ahí también se llevan una lección de lucha y resistencia, de lo que ellas gritan: ¡Furia travesti!. En organizaciones, archivos, familias elegidas y más espacios de adultas siempre hay juventudes de la diversidad trabajando en temas urgentes que van desde la logística y el registro, hasta acompañar a algunas de las «tías». A veces es escucharlas, otras ayudarla a hacer un trámite, pero el entretejido generacional confecciona una red amorosa que de nuevo desafía todo terror. Antes que termine la marcha Patricia les va dejar una postal de lucha, mira a le fotógrafe Valen Iricibar y le muestra las tremendas tetas cargadas de historia. Lo hace con el cordón policial detrás suyo.

Un par de meses después, cuando la entrevista parece haber terminado y en esa terraza de San Fernando mientras todo se está acomodando para cerrar el día Patricia, Pato, la tía Pato increpa:

—¿No me preguntas el nombre completo?

En ese momento todas las maneras de llamarla dan paso a lo que hoy, 12 años después de aprobada la Ley de Identidad de Género: «Patricia Alexandra Rivas». El pecho se le infla de orgullo, los ojos le brillan más

fuerte, y el dije de corazón que tiene alrededor del cuello le parece latir. No es solo un nombre, es parte fundamental de la biografía de un colectivo.

Para las personas trans en América Latina tener más de 40 años es ser una sobreviviente. Desde hace una década, adultas mayores travestis y trans de Argentina se organizaron para reclamar por una ley de reparación histórica que contemple las violencias estatales que han sufrido a lo largo de los años, además de tejer redes en las que construyen memoria y resistencias cotidianas.

*Este trabajo periodístico se realizó y publicó originalmente en la tercera edición de #CambiaLaHistoria, proyecto colaborativo de DW Akademie y Alharaca, promovido por el Ministerio Federal de Relaciones Exteriores de Alemania.





ACTIVISMOS Y MEMORIA

Ilse Fuskova: pionera de la visibilidad lésbica y los derechos LGBTI+

Por Alejandra Zani

• Cuántas Ilse Fuskova caben en 95 años? Nacida en Buenos Aires en 1929, de padre alemán y madre checoslovaca, Ilse fue reportera gráfica, poeta, fotógrafa y azafata. También estuvo casada con un hombre y tuvo tres hijos. Difícil de imaginar cuando se nos viene a la cabeza la imagen de una Ilse de pelo corto y pullover amarillo [almorzando con Mirtha Legrand](#). Por entonces, aquél era el programa de mayor *rating* de la televisión argentina para el horario del mediodía y allí, frente las cámaras y una audiencia nacional, se proclamó orgullosamente lesbiana. Y rompió la matrix.

«Yo pienso que es un gran dolor no poder decirlo abiertamente porque es como tener una vida dividida: una para afuera y otra para adentro, que es la parte de intimidad. Creo que hace mucho daño tener que vivir en esas condiciones», explicó aquel día. Desde ese día y en adelante, muchas lesbianas salieron masivamente del armario. Entre ellas se encontraba Claudina Marek, una maestra de normal de Entre Ríos que decidió mandarle una carta. Así comenzó una historia de amor que duraría 22 años, hasta la muerte de Marek.



«Ilse entendió, antes que Monique Wittig, que había algo en la lengua lesbiana donde de conjugaba y conjuraba nuestras existencias poéticas, políticas y sexuales», cuenta Gabi Borrelli, activista lesbiana, poeta y gestora cultural. La poesía es un amor que ambas compartían. «Recorrió gran parte de la intensidad democrática de nuestro país y a esa intensidad le puso un ritmo casi poético con su tono de voz y su manera de hablar». Nombrarse lesbiana visible en una época en la que norma era la clandestinidad trajo a su vida importantes decisiones y la reafirmación de un compromiso inquebrantable con el movimiento lésbico-feminista.

«Apasionadamente lesbiana»

Varias cosas tuvieron que pasar para que Ilse pudiera sentarse en la mesa de aquel programa televisivo que recibió a miles de celebridades, pero a muy pocas lesbianas. Primero debió separarse de su marido y comenzar a militar en el movimiento feminista, para terminar siendo parte del movimiento lésbico-feminista.

Ilse tenía más de 50 años cuando se dio cuenta de que era posible desearlo todo en la vida. Quizás por eso mismo, y hasta sus últimos años, mantuvo una actitud activa y curiosa. Así la recuerda María Luisa Peralta en sus redes sociales, donde comparte que se sorprendió cuando, a sus 65 años de edad, Ilse comenzó a estudiar artes plásticas.



El acontecimiento fundamental llegaría hacia mediados de 1985. Ese año, dos astros colisionaron. Ilse conoció a Adriana Carrasco, quien por entonces militaba en ATEM (Asociación de Trabajo y Estudio de la Mujer), y junto a ella iniciaría un camino de políticas y poéticas por la visibilidad lésbica en la sociedad argentina. En el año 1987, con la democracia recuperada en nuestro país, coeditaron los *Cuadernos de Existencia Lesbiana*, en donde incluyeron seis historias de vida de compañeras lesbianas.

Un año más tarde, el 8 de marzo de 1988, en plena convocatoria por el Día Internacional de la Mujer en Plaza Congreso, Ilse y Adriana, entre otras ocho lesbianas, se pararon con un estandarte de tela rosada que llevaba el nombre de los Cuadernos, una flor en la camisa y una cinta en el pelo que decía «Apasionadamente lesbiana». Por entonces, la revista ya iba por el cuarto número. «Fue lindo cuando hacíamos cosas que nadie más se atrevía hacer», escribió en sus redes Carrasco, a modo de despedida, junto a

Ilse junto a Claudina Marek, su pareja durante 22 años



una fotografía de juventud en donde se las ve a las dos abrazadas.

«Estoy con la persona que amo y no quiero ocultar mis sentimientos»

En los años 90, Ilse se unió a la organización Gays por los Derechos Civiles, liderada por [Carlos Jáuregui](#), primer presidente de la Comunidad Sexual Argentina (CHA). Carlos se convertiría en una persona determinante para su vida. Junto a él, organizaron la primera Marcha del Orgullo Gay-Lesbiano en 1992. Alrededor de 300 personas marcharon ese invierno con máscaras



de cartón debido por temor a ser reconocidos y perder sus empleos.

Las ideas que Ilse fue gestando durante esos años de militancia y activismo lésbico quedarían plasmadas, algún tiempo más tarde, en el libro *Amor de mujeres. El lesbianismo en Argentina hoy*, coescrito junto a Claudia Marek y publicado en 1994. En esas páginas expone que darse un beso con otra mujer en un espacio público es una profunda sensación de autoafirmación, de salir de la clandestinidad.

«Estoy con la persona que amo y no quiero ocultar mis sentimientos. Son hermosos sentimientos y nadie va a hacer creer que no son dignos de ser expresados en público», escribe. No era común que, por ese entonces, las mujeres hétero se preguntaran por qué se ha instalado como obligatoria la heterosexualidad cuando de hecho en todas las épocas históricas y en todos los continentes existió la atracción entre mujeres. O, en sus palabras, «cómo se beneficia el patriarcado con nuestra ciega obediencia». Creo que tampoco hoy es común, aunque algunos caminos fueron desmalezados desde entonces.

Cerrará ese libro diciendo: «Las lesbianas existimos y estamos en todas partes. A quien crea que esto me trajo problemas, le aseguro que no fue así. Por el contrario. El no tener que ocultar ni fingir nada es un canto a la libertad».

«Las lesbianas existimos y estamos en todas partes. A quien crea que esto me trajo problemas, le aseguro que no fue así».

Hasta siempre, Ilse Fuskova

Adelantándose a lo que podría ocurrir algún frío día de junio, en el año 2021 estrenó el documental *Ilse Fuskova*, dirigido por Liliana Furió y Lucas Santa Ana. La propuesta retrata la vida de la activista lesbiana y una de las pioneras en militar los derechos LGBTI+ en Argentina. Querían que su legado llegara a todxs. «Conocer a Ilse, para mí, fue una revelación absoluta y un camino de aprendizaje total. A poco tiempo de haber salido del closet, luego de estar muchos años casada, tuve el privilegio y la suerte de conocerla en persona», cuenta Lili Furió.

Esta amistad se profundizó a partir del año 2015, cuando surgió la propuesta de hacer una película de su vida. «Compartir estos últimos años con ella fue otro aprendizaje hermoso. El libro que hicieron con Claudina y todo lo que nos dieron como herramienta de lucha es un aprendizaje, y tuve mucha suerte de estar muy junto a ella en estos últimos años», cuenta la directora del documental.

En el film, puede verse a una Ilse de pelo completamente blanco, reaccionando ante sus fotografías de la infancia, de sus años de azafata, junto a sus hijos. Todas las Ilse que buscó, encontró y se animó a ser en sus 95 años. «Hoy estamos de duelo porque ayer se fue Ilse, a quien le debemos tanto las lesbianas, los lesbianos, les lesbianes y todos los mostris. Ilse supo hacer del lesbianismo un cuaderno de resistencia, de la visibilidad un artilugio de supervivencia, de la fotografía un manifiesto y de la literatura un campo para sembrar otros posibles», escribió la escritora e investigadora Vir Cano, a modo de despedida, en su cuenta de Instagram.

Su legado

Me pregunto cuántas existencias lesbianas tomamos el coraje de Ilse como un trampolín propio. Y es que, de esto estoy segura, no somos lesbianas en soledad. Muchas son las que, a partir de su aparición televisiva, pudieron salir del clóset, de sus propias catacumbas. Darle la mano a la persona amada en un lugar público. Animarse a vivir una existencia sin temor a represalias. Incluso yo, una lesbiana hija de su generación, una adolescente que creció en una provincia del noroeste argentino, debo algo a esta historia. Ocurrió una siesta. Lo recuerdo bien. Pude rastrear las huellas de Ilse en una lenta computadora de un cyber, verla sentada y tomando la palabra por asalto en aquella entrevista de los años 90, y sentirme

Crédito: Luli Leiras





ACTIVISMOS Y MEMORIA

Serafina Dávalos: la primera abogada de Paraguay, feminista y lesbiana

Por Juliana Quintana

Serafina Dávalos fue la abogada que cuestionaba la maternidad obligatoria y discutía con intelectuales de su época como Manuel Domínguez, Arsenio López Decoud, Juan E. O'leary y Fulgencio Moreno. La que allanó el camino para que las mujeres en Paraguay pudieran estudiar, enseñar, doctorarse, dirigir centros de formación, representar al país en el extranjero y adelantarse a su época en la lucha por la igualdad de géneros. ¿Quién fue esta lesbiana que a principios del siglo XX planteaba que el matrimonio es la esclavitud de la mujer?

Eran tiempos en que las mujeres ricas participaban de reuniones sociales, en su universo de vestidos largos, enaguas, peinados endurecidos, abanicos, medias, peinetas y tacos. Las mujeres pobres trabajaban en tareas de cuidado para otras familias y prácticamente no tenían derechos.

Serafina Dávalos torció ese camino y abrió otro. Fue la primera abogada paraguaya, en un momento en que el trabajo intelectual no era una actividad de la mayoría

de las mujeres. Recién en 1870, Adela y Celsa Speratti, hermanas y educadoras paraguayas establecieron la primera escuela normal en Asunción, paso crucial para el desarrollo del sistema educativo del país. La inserción de las mujeres en decisiones políticas llegó mucho más tarde, con el voto femenino en 1961.

Hija de Gaspar Dávalos y Teresa Alfonso, y hermana de Nicasio, Serafina nació el 9 septiembre de 1883 en la ciudad Ajos, de Coronel Oviedo. Se mudó sola a Asunción para hacer la secundaria. Estudió en la Escuela Normal de la Asunción, donde obtuvo diploma de maestra en 1898. Fue la primera mujer en graduarse de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Asunción en 1907.

«No creo que sea un mito de mi familia, pero antes nos sentábamos en las veredas. Y cuando ella caminaba orgullosa por la ciudad, plantada ante la sociedad, porque tenía muy claro qué quería hacer, las mujeres entraban corriendo a sus hijas para que Serafina no les pase al lado como si tuviera la lepra, la peste. El rechazo social. Pero ella muy orgullosa, se compró un auto, manejaba», cuenta Rosemary Dávalos, sobrina nieta de Serafina en [entrevista con la conductora de televisión Pelusa Rubín](#).

La élite y la clase media paraguaya eran muy europeizantes en su forma de actuar. Paseaban entre el teatro





y los salones donde se realizaban piezas teatrales, cantos se tocaba el piano. El instituto paraguayo -un centro cultural que se creó en 1895- ofrecía clases de dibujo, piano, esgrima. La Sociedad Italiana de Socorros Mutuos y la Unión Club eran los salones más elegantes de la época.

En estos espacios se encontraban la élite y la clase media. Los sectores populares se reunían en las afueras. Uno de los entretenimientos de los fines de semana era ir al Belvedere, en España y Brasil. Lo que hoy es el hotel del Paraguay era la «cancha sociedad», donde se reunían para partidas de caballos, paseos y tomar algún refresco. Quienes no tenían dinero para entrar a esos lugares iban de picnic a Tacumbú.

Por entonces la mayoría de lxs paraguayxs leían y hablaban en guaraní. El español era el segundo idioma, pero solo accedía a él la clase alta, que podía darse el lujo de recibir educación. Todas las decisiones del gobierno, de los libros, las actas y la escuela estaban en español. Asunción era contada por los hombres. Las hojas de libros de historia oficiales desterraron del relato a las mujeres y, entre ellas, a Serafina Dávalos. Decenas de mujeres trabajaron para rescatar esta memoria silenciada.

En el libro *Alquimistas: Otra historia del Paraguay*, Line Bareiro, Clyde Soto y Mary Monte recuperaron la historia oculta de las mujeres, su movimiento y el feminismo en Paraguay. El audiovisual *[Alquimistas: Historia de las Mujeres en Paraguay](#)*, realizado en 1995 por el Centro de Documentación y Estudios (CDE) y Decidamos, se convirtió en una pieza histórica y un documental clave para trazar la historia del feminismo en Paraguay.

Contra el patriarcado, humanismo

Dávalos fundó y militó varios gremios como el Movimiento Feminista de Asunción, el Centro Feminista Paraguayo, la Unión Femenina del Paraguay y la Liga Paraguaya por los Derechos de la Mujer. En su tesis, *Humanismo*, cuestionó el sometimiento de las mujeres a una sociedad patriarcal y consideró la igualdad jurídica como determinante del cambio de situación social de la mujer.

«No hay duda que la mujer puede elevarse en el terreno de la inteligencia a tanta altura como los varones. Para el efecto, désela el mismo tratamiento educativo que a aquellos en lo fundamental; nada de reservas de ideas profundas y elevadas por creerla incapaz; lo que se ha dado en llamar lo femenino, no falsea la naturaleza de la razón de la mujer», escribía Serafina en 1907 (*Humanismo*, pág. 13).





Ese trabajo causó grandes controversias en la clase intelectual de su época. En años en que las mujeres tenían prohibido votar, ella ya cuestionaba la desigualdad de género y exigía igualdad de oportunidades. No vivió para ver cómo Paraguay se convertía en el último país latinoamericano en otorgar el derecho de voto a las mujeres, en 1961 con la Ley «De los derechos políticos de la mujer».

Rescatando a Serafina

La historiadora Ana Barreto Valinotti, incluyó la biografía de Serafina Dávalos en su libro *Mujeres que hicieron historia en el Paraguay*, editado en 2011. Allí escribió: «Serafina falleció en 1957, en la pobreza, habiendo ejercido su profesión de abogada hasta el final de sus días. A sus restos se les negaron funerales cristianos». Varixs expertxs coinciden en que Serafina murió después de una larga enfermedad, en el olvido y la indigencia, bajo el estigma de habersele negado «cristiana sepultura».

Rosemary Dávalos, junto con su marido, Gustavo Ilutovich, y otros referentes culturales conformaron el grupo *Rescatando a Serafina*. Su misión es encontrar su tumba y poner en valor su legado. De acuerdo al relato de algunos historiadores, no se le permitió entrar a la iglesia porque era lesbiana y por sus reivindicaciones sociales. También hacían lo mismo con masones y otras instituciones que tenían algún tipo de disputa con la Iglesia Católica. Cuando la enterraron ni siquiera le pusieron lápida para que no se la encontrara.

La heterosexualidad obligatoria

Como explica Rosa Posa, activista de Aireana, grupo por los derechos de las lesbianas en su podcast [¿Por qué se piensa que Serafina era heterosexual?](#), las

lesbianas son habitualmente auscultadas de la sociedad tanto hoy como en la «historia oficial». «Decir que Serafina no era lesbiana es como una señal de un pensamiento súper heterocéntrico. La gente es hetero hasta que se demuestre lo contrario. No es así el mundo por mucho que se empeñen en verlo así. Es como si al decir que Serafina Dávalos era lesbiana le estamos sacando mérito», expresa

Este año se firmaron los acuerdos para iniciar la restauración de la casa de Serafina Dávalos a través de la gestión del Instituto Paraguayo de Artesanía. Pero ya hace tiempo, el colectivo Serafina Dávalo -integrado, en su mayoría, por alumnxs de la facultad de Derecho- venía presionando para darle continuidad a la construcción de la memoria histórica nacional de las mujeres.

Entre las calles Estados Unidos y Tacuary descansa la casa de Serafina, donde vivió con su pareja Honoria Barilán. Así lo confirmó Rosemary: «Estamos en el siglo XXI y aunque la gente todavía se asusta con la homosexualidad, estas dos mujeres se plantaron ante la sociedad paraguaya y vivieron juntas siempre. Todxs sabían que eran pareja».

«Decir que Serafina no era lesbiana es como una señal de un pensamiento súper heterocéntrico. La gente es hetero hasta que se demuestre lo contrario. No es así el mundo por mucho que se empeñen en verlo así».

En el 2017, el abogado Nicasio Dávalos, hijo de un hermano de Serafina, presentó querrela criminal contra Honoria Balirán ante el Juzgado de Primera Instancia en lo Criminal de Asunción, a cargo del juez Ernesto Giménez, acusándola de ser autora de «la muerte lenta y horrorosa de la doctora en Derecho». Esta denuncia se desestimó por falta de pruebas.

A raíz de una [nota](#) que publicó ese año Última Hora, Aireana, hizo un [descargo](#) en redes sociales en el que llaman a la reflexión del periodista en la manera en que construyó el relato, desde sus propios prejuicios.

«Tenemos miles de «Nicasios» en las vidas de las lesbianas, tipos que acusan a las parejas de sus hermanas de ladronas por comprar cosas conjuntamente, señores que se inventan que sus hijas fueron pervertidas por otra mujer con la que vivieron un montón de años, padres que después de violentar a sus hijas, acusan a las parejas de estas por ser denunciados. En fin, «el mal siempre está fuera», apuntan.



«Cuando hay que demostrar que te perjudica, te enferma y te hace morir entonces sí es lesbiana. Pero cuando brilla, la única mujer que estaba en los círculos intelectuales de la época, no lo es. Es como si hubiera que demostrar una y otra vez que lo somos. Pero es como si fuera gravísimo demostrarlo. No es una afirmación que hacemos a la ligera, sino porque llevamos mucho tiempo en el activismo y porque estudiamos mucho», refiere Rosa Posa. Gran parte de la memoria colectiva feminista en Paraguay está construida en torno a la figura de Dávalos, que no solo dejó un legado teórico sino también cuestionamientos que, todavía, siguen vigentes.



ACTIVISMOS Y MEMORIA

La memoria transmasculina tiene su propio archivo en México

Por Geo González (texto y fotos)

Hay una ausencia de conocimientos sobre nuestras historias», dice Aldri Covarrubias, gestor del Archivo de la Memoria Transmasculina MX. Presentes conversó con Aldri sobre la construcción de un archivo enfocado en personas transmasculinas en México, la importancia de la recopilación cuidadosa de sus narrativas y cómo eso a su vez propone una forma de cuidado y encuentros entre personas que «se viven de forma elegida, transitoria o permanente en la masculinidad no hegemónica», como menciona Covarrubias.

El Archivo de la Memoria Transmasculina MX, alojado por ahora en el espacio digital y con algunas actividades presenciales en la Ciudad de México, está inspirado en el Archivo de la Memoria Trans Argentina. También en el proyecto Trans y Fugas, un archivo mexicano a cargo de Laura Glover quien escribe crónicas para recuperar las historias de mujeres trans y su supervivencia, la calle y la delincuencia.

«El Archivo de la Memoria Transmasculina es un espacio dirigido a producir formas de conocimiento propias a partir de la experiencia de las transmasculinidades en México. Es decir, de todas estas masculinidades no

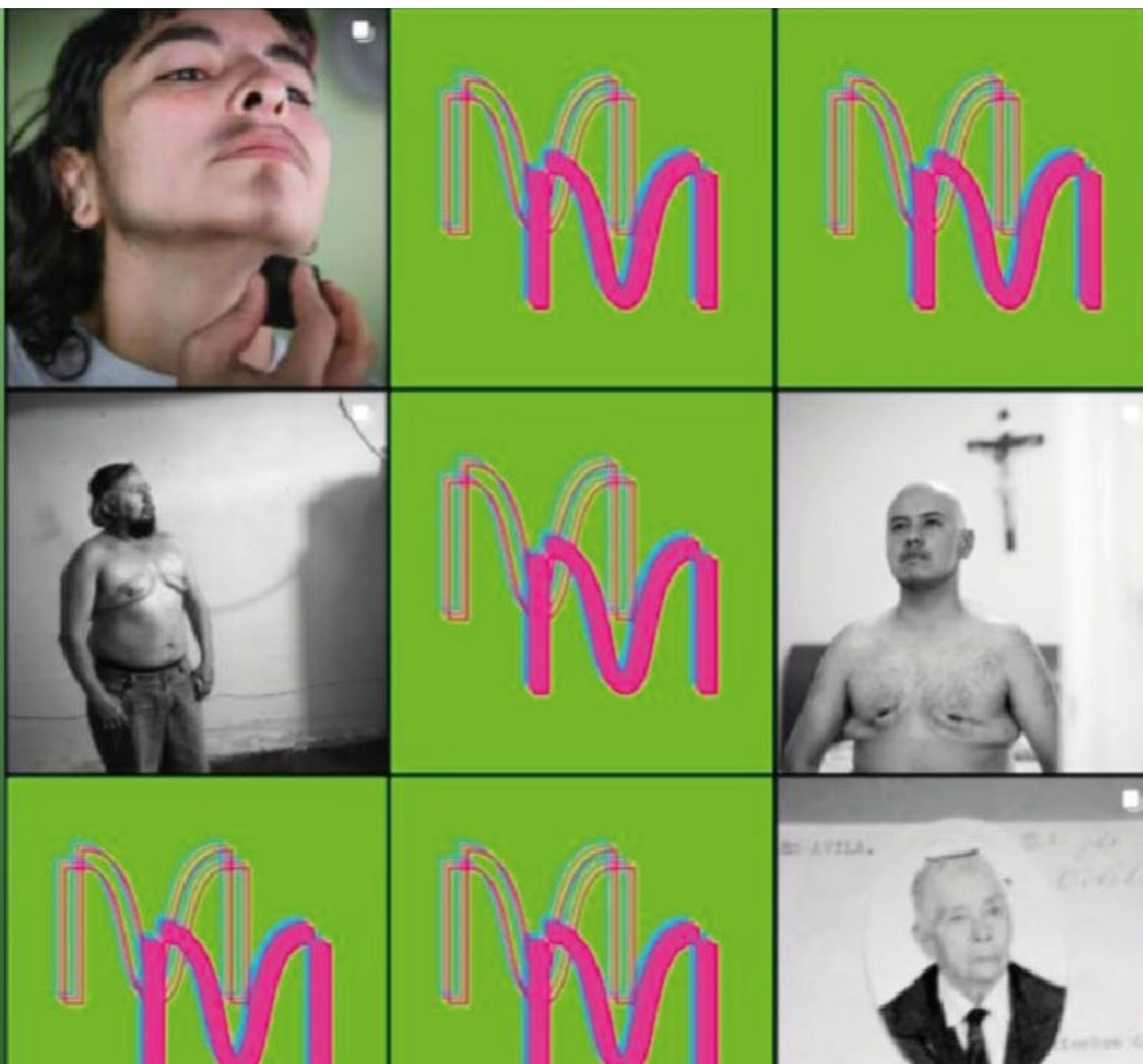
hegemónicas desde el género. Incluyendo las personas no binarias, la racialidad e incluso otros aspectos que se han construido en el pasado, y aún en el presente, como las traileras, machorras y travestis masculinos», explica Aldri.

El archivo de la memoria transmasculina mexicana no sólo busca rastrear el pasado a través de esfuerzos de búsqueda y verificación de información histórica a partir de distintas fuentes de como el periodismo, los archivos históricos y el cine, sino también construir memoria a partir de experiencias encarnadas contadas en vida por personas transmasculinas, los encuentros y la recuperación de arte sobre transmasculinidad producido por personas transmasculinas.

Desde un lugar en la periferia oriente de la Ciudad de México, Aldri Covarrubias responde cinco preguntas a Presentes.

—¿Cómo se construye este archivo de la memoria?

-Se trata principalmente de intentar rastrear en vida experiencias de personas transmasculinas. No sólo de hacer recopilación informativa a partir de esfuerzos periodísticos o puramente historiográficos del pasado.





Esta es una decisión metodológica porque hay baches sobre nuestras experiencias pues no hay un registro, una base de datos. No hay algo en donde nuestras experiencias estén sistematizadas. Hay una ausencia de conocimientos sobre nuestras historias y decidir no tomar en cuenta una narrativa estrictamente cronológica o histórica es una coordenada a partir de la cuál podemos situar conocimientos en vida.

Este archivo no se trata de un catálogo de transmascu-
linidades. La apuesta es ver cómo la transmascu-
linidad incide y ha incidido en la vida pública porque nosotros,
nosotres pensamos la transmascu-
linidad no como solo una identidad de género sino también como una forma a partir de la cual vemos el mundo. A mí no se me quita lo trans cuando me quito la ropa. Yo soy trans todo el tiempo y mi transición de género no es la única que me atraviesa, hay muchas coordenadas a partir de las cuales podemos enunciarlos.

—¿Qué detonó la necesidad de construir una memoria transmasculina?

Un hartazgo muy marcado en mi vida personal porque yo mismo me decía no puedo ser el único. Y la urgencia de poder mirar atrás y al presente para decir que aquí estamos, que podemos sacar del olvido esas historias que nos competen.

También, por supuesto tiene que ver con mi edad. Estoy en mis 30, entonces yo al final atravesé una especie de duelo por saber que no era a través de la reproducción biológica, al ser una persona gestante, el cómo yo iba a buscar esa trascendencia que me parece que es una cosa muy humana de desear. Nuestra propia mortalidad nos pone de frente esa cuestión y al final no lo veo como una cuestión de legado sino de ancestralidad.

Si tenemos a todos estos imaginarios que nombramos mamá como Madonna o figuras en el ballroom, que al

final lo LGBT ha torcido sobre la familia tradicional, cis, patriarcal, pues yo he sentido la urgencia de decir ¿dónde están los abuelos? ¿dónde están estos otros, otras que nos pueden impulsar? Principalmente para saber que no partimos de cero, para recordarnos que no nos iremos en silencio. Sobre todo, en esta afrenta fascista que estamos viviendo en el mundo, ésta, la memoria también es una propuesta y contraataque a eso.

—Es común que la memoria trans se vincule con una narrativa de muerte ¿cómo este archivo construye y hace memoria?

—No queremos construir memoria a partir de experiencias que la misma persona ya no pueda desmentir sobre lo que fue su vida. Este archivo, en ese sentido, retoma lo que el activismo disca y el orgullo loco dicen sobre las experiencias en primera persona. Nada sobre nosotros sin nosotros, nosotres. Y eso rompe la lógica del director de cine, del psiquiatra que nos diagnostica, del médico que nos da las hormonas.

Para mí este cambio de perspectiva parte de echar un vistazo al pasado de toda esta recopilación memorial que fue relevante. Sobre todo, con la respuesta ante la epidemia del VIH como una lógica de manejo de duelo y trazado de significado que me parece muy importante que recuperemos. Porque estos movimientos también dieron la posibilidad de replantear la muerte sobre todo en una afrenta fascista que no sólo busca nuestra muerte sino la eliminación de nuestra trascendencia.

Este archivo recupera eso, en ese sentido, que la muerte no es destino. Entonces la apuesta es por la vida. Porque nosotros, nosotres también somos las vidas ocurriendo, y lo que decidimos contar de nosotros, nosotres es una potencia muy grande frente al extractivismo y las lógicas de muerte que están muy presentes hoy contra las personas trans.

—¿Por qué apostar por una construcción de memoria en vida y desde el presente?

—Dejarlo sólo como una búsqueda en el pasado es un arma de doble filo. Si lo que queremos es etiquetar, clasificar y sistematizar lo transmasculino tendríamos únicamente apenas unos 60 años de historias en dónde podríamos encontrar algún dato. Pero seguramente siendo representados como objetos de la medicina, el amarillismo de la prensa o desde los estudios de género.

El otro lado es que aún hay un territorio no explorado que retomar. Cuando hablamos de las transmasculinidades nos topamos con otros grandes temas de lo humano como la migración, la concepción salud—enfermedad, la paternidad, etc. Experiencias en las que

[Club Social Memorial.](#)



podemos problematizar y es ahí donde quizá también encontremos esas historias.

Esta formación de conocimiento, entre el pasado y las historias encarnadas, contada por ellos y elles, no podría suceder sin aclarar que tradicionalmente lo trans está atravesado por un extractivismo, sobre todo por una mirada del escrutinio cis, en donde nos ven como objetos de estudio, objetos documentales, objetos de espectáculo. Pero jamás desde otro lugar como productores, periodistas, historiadores.

Para mí es importante retomar las historias en vida porque la memoria no sólo es pa' tras, la memoria no solo es recuerdo, es también el presente. Creo que hacer memoria desde el presente implica también vernos como actores para ya no seguir en esta franca complacencia de «hice lo que pude y ya le tocará a los, les jóvenes seguir moviendo la rueda». ¿Por qué? Hacer memoria en vida es también un poco hacer frente a todo aquello que busca eliminarnos, entonces mientras sigamos vivos y vives son nuestros tiempos.

—¿Qué valor tiene la creación de espacios físicos de encuentro como el Club Social Memorial que surge a partir de este archivo?

—Principalmente es una respuesta a la falta de referentes, de representación y encuentros entre personas transmasculinas. El primer planteamiento de crear el Club Social Memorial es una respuesta a que hay personas que apenas están explorando su masculinidad no hegemónica y hay una necesidad de tener un espacio para hacerlo sin juicio, o sin prejuicios. Porque la masculinidad ahora con el ascenso de lo identitario se simplifica y se equipara a hombre=opresor, varón=violento.

Entonces, más allá de pedir aceptación en otros espacios LGBT para mí era importante tratar de ensayar cómo sería uno que pusiera a las transmasculinidades

en el centro. No porque queramos ser un club de toby pero sí para construir comunidad. Y los juegos de mesa fueron la opción perfecta porque al momento de reconocer mi propia torpeza social y la de algunos compañeros pensé que los juegos de mesa permiten esta especie de socialización forzada. Fue un ejercicio que nos permitió escucharnos, convivir, hablar entre nosotros, nosotres durante más de 20 horas en tres sesiones distintas.

Si quieres participar en el archivo con tu historia puedes escribir por mensaje al instagram de Archivo de la Memoria Transmasculina MX.

Club Social Memorial.



OTROS MUNDOS
POSIBLES

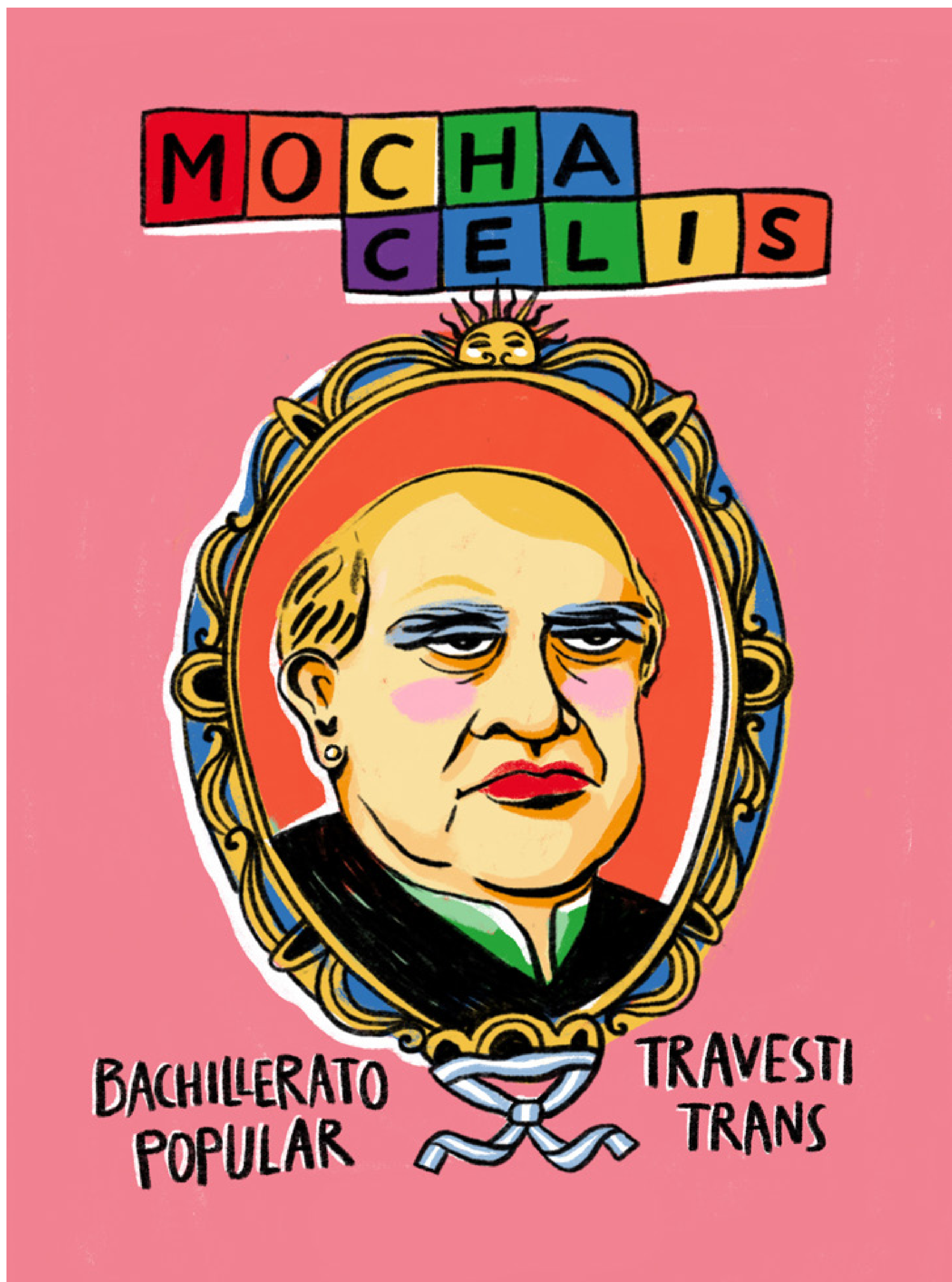
PRESENTES



COMICS



Mocha Celis: la primera escuela trans y no binarie del mundo





Para exigir un derecho lo tenés que conocer.
Queremos el derecho a la educación.
Esta es la oportunidad.



LOHANA BERKINS

*Travesti: en Argentina, muchas feminidades trans se reappropriaron de una palabra que era una injuria y en otros países de América Latina sigue teniendo una carga negativa. Lo que era el insulto y la acusación de la Policía, que las llevaba detenidas acusándolas de “travestirse” (*vestirse con ropa de otro sexo*), hoy es para muchas una reivindicación de una identidad política que rompe el binario varón/mujer y se posiciona en red contra la violencia institucional.



MOCHA CELIS FUE UNA TRAVESTI NACIDA EN TUCUMÁN, EN EL NOROESTE DE ARGENTINA. ELLA MIGRÓ A LA CIUDAD DE BUENOS AIRES EN BUSCA DE OPORTUNIDADES Y PARA HUIR DE LAS VIOLENCIAS PATRIARCALES DE SU PROVINCIA, UNA DE LAS MÁS CONSERVADORAS DEL PAÍS.



SOBREVIVIÓ EJERCIENDO TRABAJO SEXUAL/PROSTITUCIÓN EN LAS CALLES DEL BARRIO PORTEÑO DE FLORES. ALLÍ CONOCIÓ A LOHANA BERKINS. SEGÚN LOHANA, MOCHA NO HABÍA TERMINADO LOS ESTUDIOS, Y SUFRÍA, COMO MUCHAS PERSONAS TRANS, ABUSO POLICIAL.



ESTA UNIDAD EDUCATIVA
EXPERIMENTAL RINDE HOMENAJE A
MOCHA CELIS

LAS TRAVESTIS Y TRANS TIENEN UN PROMEDIO DE VIDA DE 35 AÑOS EN ARGENTINA Y EN AMÉRICA LATINA. FUENTE: INFORME VIOLENCIAS CONTRA PERSONAS LESBIANAS, GAYS, BISEXUALES, TRANS E INTERSEX EN AMÉRICA. CIDH, 2015.



FUE ASESINADA DE TRES BALAZOS EN CIRCUNSTANCIAS QUE NUNCA QUEDARON CLARAS, EN LOS AÑOS '90. SE SOSPECHA QUE LA MATÓ UN POLICÍA.

EL 64% DE LAS TRANS-TRAVESTIS QUE ASUMIERON SU IDENTIDAD DE GÉNERO ANTES DE LOS 13 AÑOS NO TERMINARON LA ESCUELA PRIMARIA, SEGÚN "LA GESTA DEL NOMBRE PROPIO" (LOHANA BERKINS Y JOSEFINA FERNÁNDEZ, EDITADO POR MADRES DE PLAZA DE MAYO, BS AS, 2006).



EN 2016, EL 59.8% DE LAS MUJERES TRANS-TRAVESTIS NO HABÍA COMPLETADO EL NIVEL SECUNDARIO (OBLIGATORIO EN ARGENTINA). EL 72.8% DE VARONES TRANS SÍ HABÍA COMPLETADO AL MENOS EL NIVEL SECUNDARIO, SEGÚN DATOS DE “LA REVOLUCIÓN DE LAS MARIPOSAS” (INVESTIGACIÓN SOBRE LA SITUACIÓN DE LA POBLACIÓN TRANS EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, ELABORADO EN FORMA CONJUNTA POR EL PROGRAMA DE GÉNERO Y DIVERSIDAD SEXUAL Y EL BACHILLERATO POPULAR TRANS MOCHA CELIS, PUBLICADO EN 2017 POR EL MINISTERIO PÚBLICO DE LA DEFENSA DE CABA).



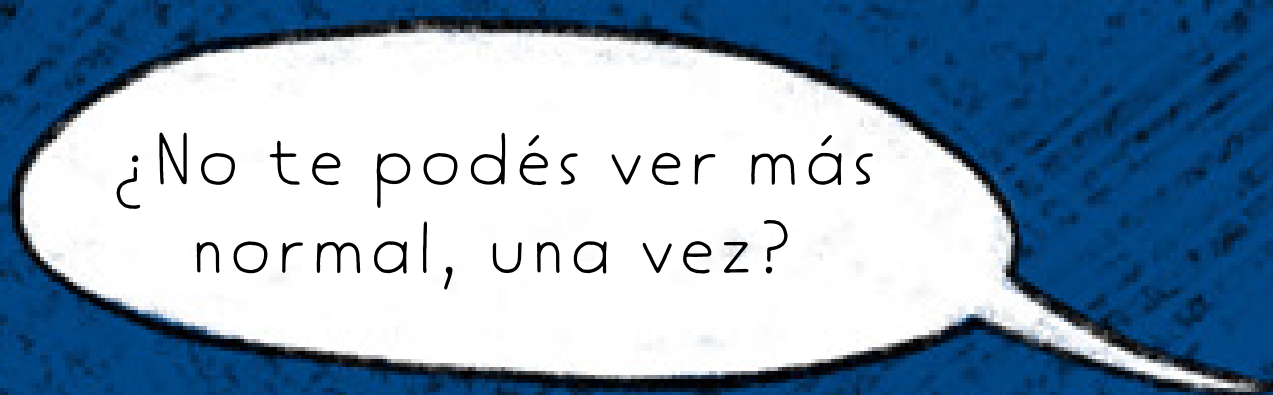


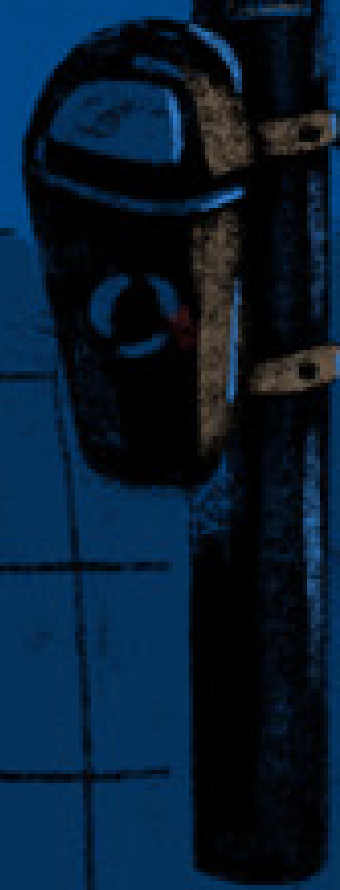
¿Pero vos usás
bombacha o calzoncillo?



¿Te peleaste de
nuevo?









EL 70,4% DE LAS TRAVESTIS Y MUJERES TRANS OBTIENE SU FUENTE DE INGRESOS DE LA PROSTITUCIÓN*. EN LA CALLE ESTÁN EXPUESTAS A VIOLENCIAS DE DISTINTO TIPO: LA QUE EJERCE LA POLICÍA (QUE ADEMÁS DE DETENERLAS ARBITRARIAMENTE LAS HOSTIGA, PERSIGUE Y EN VARIAS OCASIONES LES INVENTA CAUSAS) Y LA DE LOS CLIENTES. EL DESAMPARO FÍSICO Y EMOCIONAL MUCHAS VECES DERIVA EN CONSUMOS DE DROGA PROBLEMÁTICOS. LA MAYOR PARTE DE TRAVESTICIDIOS Y TRANSFEMICIDIOS DE AMÉRICA LATINA SE PRODUCE EN ESTOS CONTEXTOS.

*CIFRA DE 2016, EXTRAÍDA DEL INFORME "LA REVOLUCIÓN DE LAS MARIPOSAS".

EL 88,2% DE LAS PERSONAS TRAVESTIS Y FEMINIDADES TRANS NO ACCEDIÓ NUNCA A UN TRABAJO FORMAL.
EL 51,5% DE HOMBRES TRANS NO ACCEDIÓ AL TRABAJO FORMAL.
FUENTE: "LA REVOLUCIÓN DE LAS MARIPOSAS".

Para que elijas ser lo que vos quieras

¿Y esto para qué me sirve?





LES DOCENTES Y COMPAÑEROS DE LA ESCUELA SALEN A LAS CALLES PARA BUSCAR A NUEVOS ESTUDIANTES, PORQUE ENTIENDEN QUE MUCHOS NO SABEN QUE EXISTE ESTE ESPACIO Y OTROS NO VAN A LLEGAR MÁGICAMENTE.

UNO DE LOS LUGARES POR LOS QUE HACEN ESTA RECORRIDA SON LAS PARADAS DE TRABAJO SEXUAL/PROSTITUCIÓN. ALLÍ SE ACERCAN A CONVERSAR CON OTRAS TRAVESTIS Y TRANS, Y LES CUENTAN ACERCA DE LA MOCHA.

OTRAS VECES SON AMIGOS QUIENES LES COMPARTEN SUS EXPERIENCIAS EDUCATIVAS Y QUÉ POSIBILIDADES SE LES ABREN. EL ESTUDIO Y EL TRABAJO SEXUAL/PROSTITUCIÓN CONVIVEN MUCHAS VECES. LA MOCHA SE TRANSFORMA TAMBIÉN EN UN LUGAR DE ACOGIDA Y CONTENCIÓN. POR ESO LA LLAMAN "LA ESCUELA TERNURA".



MOCHA CECELIS





Siento que viajé en el tiempo y recuperaré algo que pensaba ya perdido...





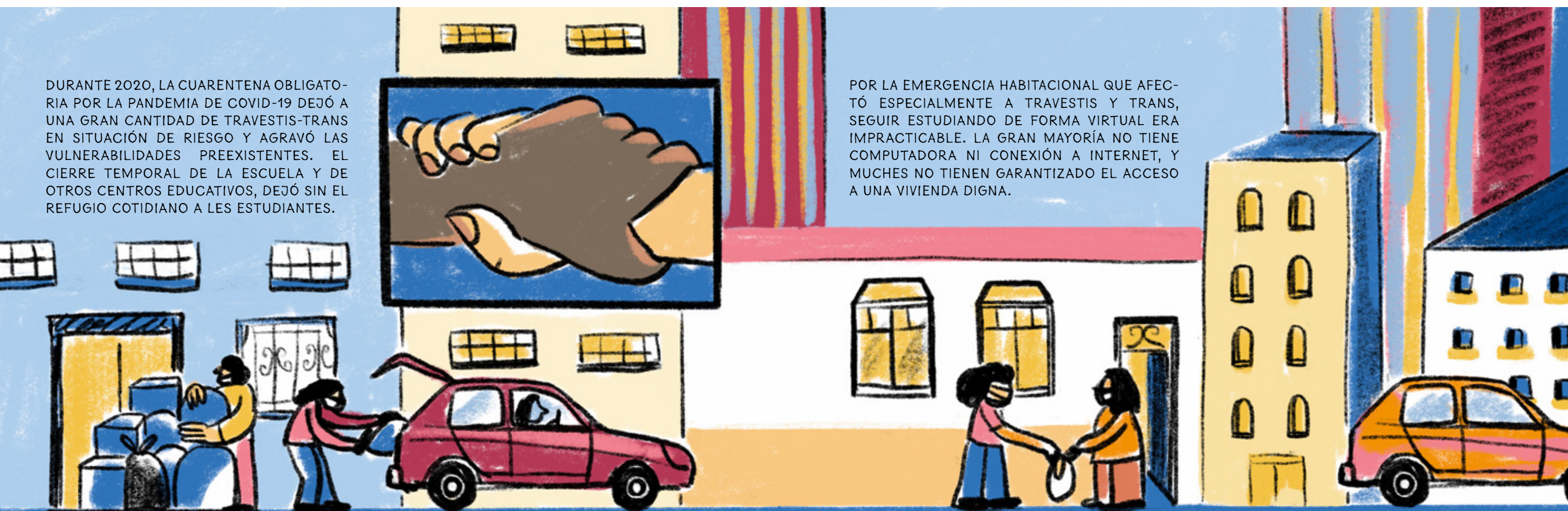
UN DÍA EN LA MOCHA



DURANTE 2020, LA CUARENTENA OBLIGATORIA POR LA PANDEMIA DE COVID-19 DEJÓ A UNA GRAN CANTIDAD DE TRAVESTIS-TRANS EN SITUACIÓN DE RIESGO Y AGRAVÓ LAS VULNERABILIDADES PREEXISTENTES. EL CIERRE TEMPORAL DE LA ESCUELA Y DE OTROS CENTROS EDUCATIVOS, DEJÓ SIN EL REFUGIO COTIDIANO A LES ESTUDIANTES.



POR LA EMERGENCIA HABITACIONAL QUE AFECTÓ ESPECIALMENTE A TRAVESTIS Y TRANS, SEGUIR ESTUDIANDO DE FORMA VIRTUAL ERA IMPRACTICABLE. LA GRAN MAYORÍA NO TIENE COMPUTADORA NI CONEXIÓN A INTERNET, Y MUCHOS NO TIENEN GARANTIZADO EL ACCESO A UNA VIVIENDA DIGNA.



UN DÍA EN LA MOCHA EN PANDEMIA: EL TEJE



ENTONCES DESDE LA MOCHA CREARON "EL TEJE": UNA RED SOLIDARIA QUE LLEVÓ ALIMENTOS, ROPA Y ARTÍCULOS DE FARMACIA A LES ESTUDIANTES PERO TAMBIÉN A OTRAS PERSONAS TRAVESTIS Y TRANS QUE LOS NECESITARAN. FUERON CUIDADOS MATERIALES Y AFECTIVOS PARA ACOMPAÑAR SITUACIONES DE EMERGENCIA DESDE EL ENFOQUE DE UNA OPORTUNIDAD PEDAGÓGICA QUE CONVOCÓ A VOLUNTARIOS, VECINES DEL BARRIO Y ESTUDIANTES.

M O C H A
C E L I S



Miren, les explico,
la cosa es así...

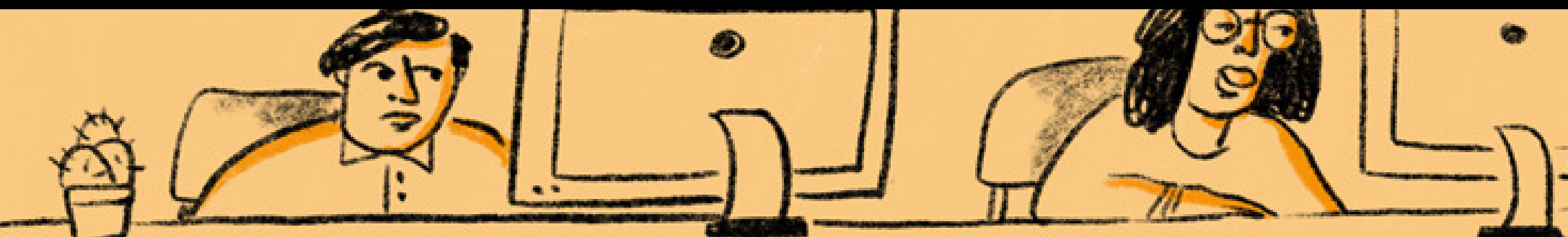


INTEGRAR LA MOCHA CELIS CAMBIA A LAS PERSONAS. ESO CUENTA CADA UNE DE QUIENES SE HAN EDUCADO ALLÍ. SIENTEN QUE RECUPERAN ALGO DE LO NEGADO EN EL PASADO. PODER SENTARSE EN PUPITRES, COMPRARSE ÚTILES, TENER HORARIOS Y RESPONSABILIDADES ESCOLARES. Y APRENDEN QUE NUNCA ES TARDE PARA ACCEDER A LA EDUCACIÓN COMO DERECHO.

SE SIENTEN MÁS SEGUROS, CON MAYOR AUTOESTIMA: ESO CAMBIA LA MANERA DE RELACIONARSE CON LES DEMÁS. INCLUSO CON SUS PROPIAS FAMILIAS.




“LA ESCUELA TERNURA” ROMPE LOS CAMINOS BINARIOS DE LA EDUCACIÓN TRADICIONAL Y ABRE POSIBILIDADES QUE VAN MÁS ALLÁ DE TERMINAR LA ESCOLARIDAD BÁSICA. EL TÍTULO OBTENIDO “PERITO AUXILIAR EN DESARROLLO DE LAS COMUNIDADES” PERMITE INSCRIBIRSE EN CUALQUIER UNIVERSIDAD. LES EGRESADES PUEDEN PENSAR EN SER PROFESIONALES Y ACADÉMIQUES Y GENERAR CONOCIMIENTO EN BASE A SUS PROPIAS VIVENCIAS. LA EXPERIENCIA EDUCATIVA DE LA MOCHA IMPACTA HACIA UNA TEORÍA TRAVESTI TRANS LATINOAMERICANA CON PERSPECTIVA DE GÉNERO.



EN ARGENTINA, GRACIAS A LA LUCHA DE LOS ACTIVISMOS TRANS TRAVESTIS Y DE LA DIVERSIDAD SEXUAL, SE CONSIGUIÓ UNA LEY HISTÓRICA Y PIONERA EN EL MUNDO: LA LEY DE PROMOCIÓN DEL ACCESO AL EMPLEO FORMAL PARA PERSONAS TRAVESTIS, TRANSEXUALES Y TRANSGÉNERO DIANA SACAYÁN-LOHANA BERKINS.

APROBADA POR EL CONGRESO DE LA NACIÓN EL 24 DE JUNIO DE 2021, PROPONE UNA SERIE DE MEDIDAS POSITIVAS PARA LA INCLUSIÓN LABORAL, ENTRE ELLAS UN CUPO DE POR LO MENOS EL 1 POR CIENTO DEL EMPLEO DEL SECTOR PÚBLICO PARA SER DESTINADO A PERSONAS TRAVESTIS TRANS, E INCENTIVOS FISCALES PARA LLEVAR ESTA INICIATIVA AL SECTOR PRIVADO.



imaginarme...



ARGENTINA

Maite Amaya: trans, feminista y piquetera



Maite Amaya fue una travesti cordobesa, reconocida por su activismo y militancia política, social y de género.



Nació el 5 de noviembre de 1980, en una familia trabajadora de barrio Argüello, al norte de la ciudad de Córdoba.



Fundó el espacio cultural “La Kasa Karakol”, sede de la Federación de Organizaciones de Base (FOB) y centro de la militancia libertaria en Córdoba.



Defensora de la categoría identitaria “travesti” como feminidad posible. Luchó por los derechos de la diversidad sexual, los feminismos y contra el capitalismo.

Denunció las violaciones de derechos humanos en las cárceles y la persecución a las trabajadoras sexuales; defendió las luchas piqueteras, villeras y anarquistas.



Falleció el 13 de junio de 2017. Su historia de vida es un inventario de las luchas populares contra el capitalismo y el patriarcado.



PRESENTES 

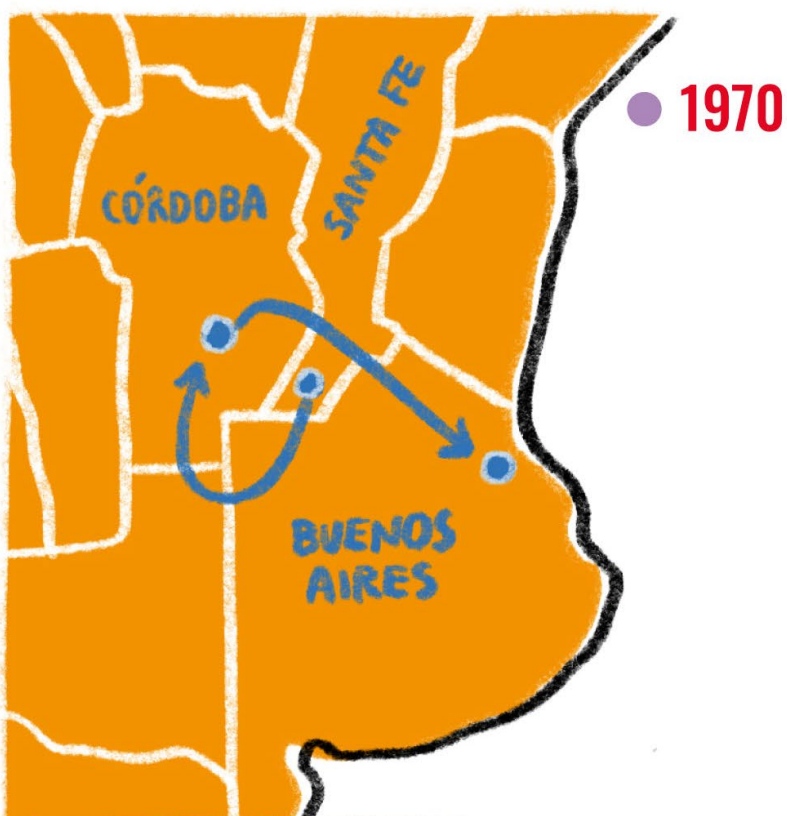
GUIÓN KEILI GONZÁLEZ
ILUSTRACIONES FLOR.CAPELLA

ARGENTINA

Claudia Pía Baudracco: impulsora del derecho a la Identidad de Género



Claudia Pía Baudracco fue una militante y activista trans argentina. Una de las principales impulsoras de la Ley de Identidad de Género.



Nació en Venado Tuerto, Santa Fe, el 22 de octubre de 1970. Vivió parte de su niñez y adolescencia en La Carlota, Córdoba. A los 14 años se fue a Bs As.



Junto a activistas como María Belén Correa, fundó la Asociación de Travestis de Argentina (ATA) que luego pasó a llamarse ATTTA.



Fue miembro fundadora de la Federación Argentina LGBT (FALGBT). Desde allí acompañó la campaña que derivó en la Ley de Matrimonio Igualitario, sancionada en 2010.



Junto a María Belén Correa fue una de las gestoras del Archivo de la Memoria Trans: fotos, videos y recortes de diarios que reconstruyen la memoria trans argentina.



Murió en la Ciudad de Buenos Aires el 18 de marzo de 2012, sin poder tener acceso al reconocimiento de su identidad de género.

● 2013

La Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires instituyó el día de su muerte como:

● 23 MAYO 2012

“HUBO MASACRES, HUBO TORTURAS, PERO POR SOBRE TODO HUBO FALTA DE IDENTIDAD QUE SIGNIFICÓ EN NOSOTRAS UNA IMPUNIDAD SOBRE NUESTROS CUERPOS”
CLAUDIA PÍA BAUDRACCO

SE PROMULGA LA LEY DE IDENTIDAD DE GÉNERO

18 DE MARZO

PRESENTES 

GUIÓN KEILI GONZÁLEZ / ILUS FLOR.CAPELLA

ARGENTINA

Mariela Muñoz: mamá trans y pionera en la lucha LGBT

MEMORIA LGBT+ ARGENTINA
MARIELA MUÑOZ



Mariela Muñoz fue la primera activista transexual en ser reconocida legalmente como mujer en su DNI. Y una de las madres más famosas de la historia argentina.

PRESENTES  Texto: Victoria Stéfano Ilustraciones: Patricio Oliver

1943



Nació en Lules (Tucumán), el 24 de diciembre de 1943. Creció en el municipio bonaerense de Quilmes. A los 14 años decidió que nadie la iba a llamar por otro nombre que no fuese Mariela. Se enfrentó a la discriminación pero tuvo el apoyo de su padre.



Cuando cumplió 26 logró independizarse. Empezó a cuidar a niñas, adolescentes y a acompañar a madres solteras. Con sus ganancias como tarotista comenzó a criar hijos e hijas que reconocía como propios.

1981



En Chile se casó con Jorge Rodríguez, su compañero de vida, después de su intervención quirúrgica en 1981. Junto a él, Mariela inscribió a tres de sus hijos como propios y adoptó legalmente a otros.

1993



En 1993, tras la denuncia de una de las progenitoras, un juez de menores le revocó la custodia de tres de ellos, y la condenó a un año de prisión en suspenso.

TRANSEXUAL CLAMA PIEDAD

"NO ME ARRANQUEN LOS NIÑOS; SON PARTE DE MI SER"

Mensaje a la denunciante
Es el fruto de tu pasión pasajera que ayer debías ocultar, para salvar tu honor dejándola crecer en mis brazos, hoy la quieres arrancar sin pensar que es parte de mi ser.
Ten piedad, no siembres mas dolor.
Mariela, madre de los hijos de la vida.

PAREJA "DESPAREJA" ANTE LA JUSTICIA

crónica 5^º
FIRME JUNTO AL PUEBLO

La situación de Mariela llegó a los medios nacionales y organismos internacionales de Derechos Humanos. Su lucha por la restitución de sus hijos generó una fuerte empatía. Miles de quilmeños se movilizaron a la comisaría donde fue detenida.



...detrás mio vendrán otras transexuales que tendrán que hacerlo pero me gustaría que sea por ley..

La visibilidad de Mariela puso en agenda las problemáticas que atraviesan a trans y travestis. Y le permitió, en un acto inédito, ser reconocida como mujer en su documento de identidad por vía judicial.



Mariela crió 23 hijos. Tuvo más de 30 nietos y hasta bisnietos. Falleció a los 73 años, tras una sólida carrera política y militante...



... que la llevó a ser la primera precandidata a diputada nacional trans en la historia. Su lucha abrió camino al reconocimiento de los derechos de la población travesti y trans.

ARGENTINA

Karina Urbina: pionera en la lucha por los derechos de las personas trans

MEMORIA LGBT+ ARGENTINA
KARINA URBINA



A Karina Urbina se la reconoce como la primera activista transexual que luchó por el reconocimiento registral de mujeres y varones transexuales proponiendo modificar las leyes argentinas.

PRESENTES  Texto: Victoria Stéfano Ilustraciones: Patricio Oliver

1982



En 1982 inició los trámites legales para cambiar su documento de identidad. Este pedido llegó a la Suprema Corte de Justicia pero no prosperó.

1991



Desde 7 de mayo de 1991 se manifestó frente al Congreso de la Nación para cambiar las leyes. Redactó proyectos que fueron precedentes para lo que años después sería la Ley de Identidad de Género.

1992
PRIMERA MARCHA DEL ORGULLO



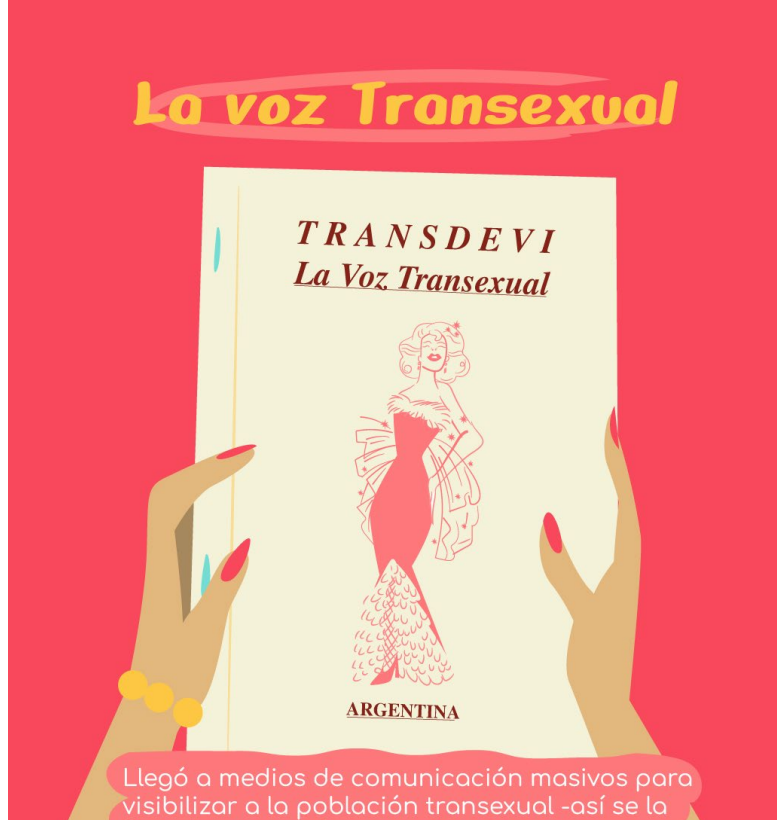
En la primera Marcha del Orgullo, realizada el 3 de julio de 1992 en la ciudad de Buenos Aires, llevó como consigna política el derecho a la vida y a la identidad de las personas transexuales.

TransDeVi



Consolidó la "tercera pata" del naciente movimiento LGT de principios de los 90', junto a Carlos Jauregui y activistas gays y lesbianas. Fundó TransDeVi, la primera organización transexual del país.

La voz Transexual



Llegó a medios de comunicación masivos para visibilizar a la población transexual -así se la llamaba en esa época- y travesti y sus problemáticas. Además creó un boletín llamado La Voz Transexual sobre temas trans pero también otros temas sociales, como el aborto.



La militancia de Karina también fue pionera en alianzas y lecturas interseccionales que la acercaron al movimiento de gays y lesbianas, al movimiento feminista y a las agrupaciones de Derechos Humanos, fundamentales en las luchas por derechos.



PARAGUAY

Chana Coronel: tortillera, marimacha y lesbiana

FELICIANA "CHANA" CORONEL

CHACARITEÑA, HINCHA DEL CICLÓN DE BARRIO OBRERO, MADRE SOLTERA Y LESBIANA.

CHANA NACIÓ EN 1963 EN LA CIUDAD DE YACUARÓN, DPTO. DE PARAGUARÍ, Y SE CRIÓ EN "LA CHACARITA", UN BARRIO POPULAR DE ASUNCIÓN.



ALLÍ ERA QUERIDA Y CONOCIDA POR NO TENER VERGÜENZA DE ASUMIRSE "TORTILLERA", MARIMACHA Y LESBIANA.

CHANA DESAFIABA EL MANDATO PATRIARCAL. FUE LESBIANA VISIBLE Y A LOS 22 AÑOS, MADRE SOLTERA.



EN 1991 LA CONDENARON A 13 AÑOS DE PRISIÓN EN EL PENAL DEL BUEN PASTOR DE ASUNCIÓN POR NARCOMENUDEO.

CHANA ORGANIZÓ PROTESTAS DENTRO DEL PENAL. ERA CONSIDERADA UNA LIDERESA POR SUS COMPAÑERAS Y "EXTREMADAMENTE PELIGROSA" POR LAS AUTORIDADES.



DURANTE UNA VISITA DE AUTORIDADES DE LA CORTE SUPREMA DE JUSTICIA, CHANA Y SUS COMPAÑERAS DENUNCIARON LAS DISCRIMINACIONES QUE SUFRÍAN EN EL PENAL DEL BUEN PASTOR.

EL 17 DE SETIEMBRE DE 1993, SU LUCHA POR EL DERECHO A VISITAS ÍNTIMAS A LESBIANAS PRIVADAS DE LIBERTAD LLEGÓ A LOS MEDIOS.



EL PERIÓDICO "EL DIARIO" TITULÓ: "LESBIANAS EN PIE DE GUERRA". FUE LA PRIMERA VEZ QUE UN MEDIO NO LAS NOMBRÓ COMO "MARIMACHOS O TORTILLERAS".

LUEGO DE MUCHOS AÑOS EXIGIENDO EL ACCESO A DERECHOS, CHANA FUE ASESINADA DENTRO DE LA CÁRCEL.



TENÍA 33 AÑOS Y UN HIJO DE 11. SU MEMORIA VIVE EN CADA LESBIANA QUE CONOCE SU HISTORIA.

texto: Jess Insfrán Pérez

ilustraciones: Sofi A. Heyn

PARAGUAY

Usha Didi: la mujer trans que marcó la memoria LGBT de Paraguay

USHA, UNA DRAG PIONERA, POPULAR Y SOLIDARIA

USHA ERA UNA ANTIHEROÍNA, NO ERA NINGUNA DIVA. FIGURA MÍTICA EN LOS 80 Y PIONERA DEL ARTE DRAG EN PARAGUAY,



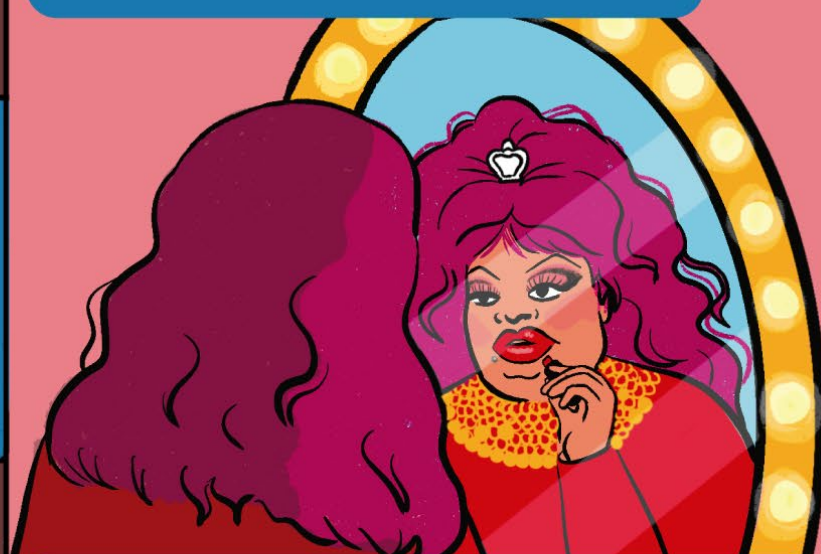
ENCARNÓ TANTO A PERSONAJES POPULARES COMO A FIGURAS DE LA ÉLITE.

NACIÓ EN CAAGUAZÚ EL 16 DE FEBRERO DE 1971. CUANDO CUMPLIÓ 13, SU MAMÁ FALLECIÓ. AL POCO TIEMPO SE MUDÓ AL CENTRO DE ASUNCIÓN.



TRABAJABA EN BOLICHES GAYS COMO STOP, TRAUMA Y PLAYBOY.

DE DÍA LIMPIABA Y DE NOCHE ACTUABA. EL SHOW DE USHA ERA EL ÚNICO QUE INCLUÍA MÚSICA PARAGUAYA.



FUE CONOCIDA POR REPRESENTAR A EVITA PERÓN Y A TITA MERELLO, A DAMAS Y A PIMPINELA. SUS CLÁSICOS: "RATA INMUNDA", "SE DICE DE MÍ" Y "MARINERO DE LUCES".



EN 1996 FORMÓ PARTE DE UN GRUPO LLAMADO *TRANS FACES*, JUNTO A ARTISTAS RECONOCIDAS DE LA ESCENA UNDER ASUNCENA COMO KUPPLE, QUIELS, LUMIERS, CESARITO Y KINSINHA.

USHA ERA SOLIDARIA. EN SU DEPARTAMENTO, LA CASA HUMAITÁ, RECIBÍA GENTE EN SITUACIÓN DE VIOLENCIA, INSEGURIDAD O ENFERMEDAD.



LLEVABA VÍVERES A LAS CÁRCELES. EN LAS NAVIDADES SE VESTÍA DE PAPÁ NOEL Y VISITABA A LXS NIÑXS EN EL INSTITUTO NACIONAL DEL CÁNCER.



FORMÓ PARTE DE CLARICATURAS EN CANAL 9, UN PROGRAMA DE HUMOR CON LA COMEDIANTE CLARA FRANCO. HACÍA REÍR A TODES POR IGUAL. SU IDENTIDAD FLUCTUABA ENTRE EL TRANSFORMISMO Y EL DRAG QUEEN.

USHA FUE, ADEMÁS DE ARTISTA, MAQUILLADORA, PERFORMER, ACTRIZ, ACTIVISTA, DEFENSORA DE DERECHOS LGBT Y MAMÁ GUASU,



UNA HUELLA PERMANENTE EN LA MEMORIA HISTÓRICA DE PARAGUAY.

texto: Juliana Quintana
ilustraciones: Sofi A. Heyn



PARAGUAY

Liz Paola: Memoria viva del activismo trans

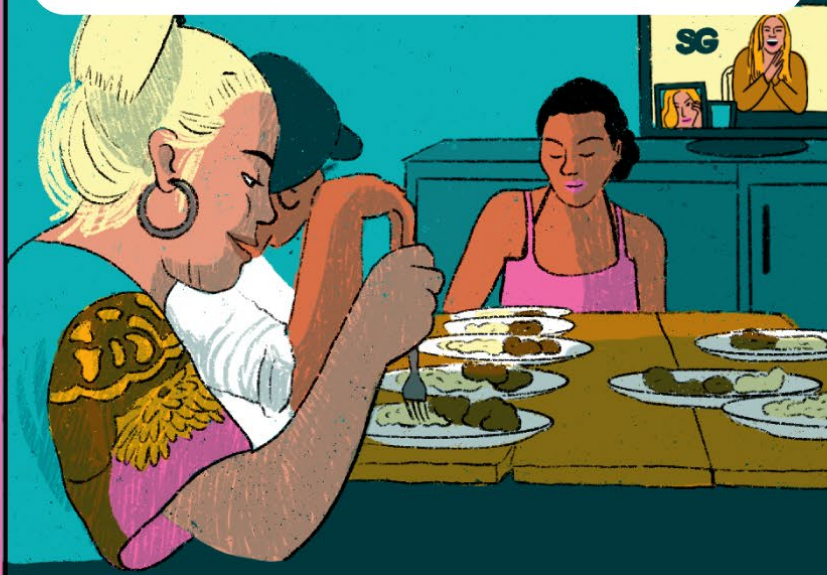
LIZ PAOLA CORTÁZA QUIÑÓNEZ

LIZ PAOLA ES ACTIVISTA POR LOS DERECHOS TLGBIQ+, ARTISTA TRANS Y SOBREVIVIENTE DE LA DICTADURA ESTRONISTA.



MILITA POR LOS DERECHOS TRANS JUNTO A SUS COMPAÑERES DE CASA DIVERSA.

NACIÓ EL 11 DE JULIO DE 1960 EN ASUNCIÓN Y CRECIÓ EN BARRIO OBRERO. ES LA SEGUNDA DE 12 HERMANOS. DESDE PEQUEÑA SUPO QUE ERA TRANS.



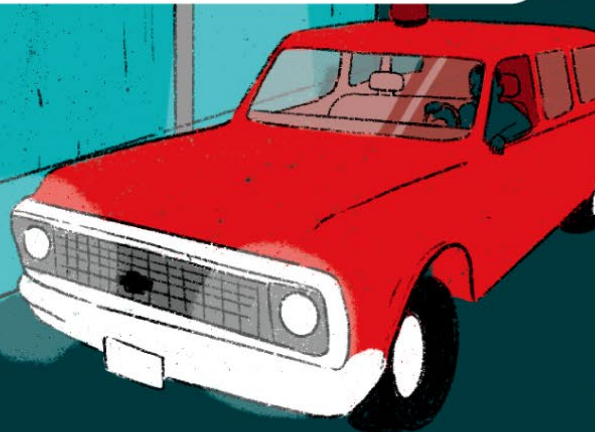
LIZ PAOLA RECUERDA QUE, CUANDO SU MADRE SALÍA POR LA MAÑANA, SE PONÍA SUS TACOS Y SU POLLERA PLISADA.

A LOS 13 AÑOS SE ESCAPÓ DE SU CASA Y EMPEZÓ A TRABAJAR EN EL CABARET "EL HORMIGUERO". BAILABA MAMBO Y RUMBA.



UNA VEZ, SU MAMÁ FUE A BUSCARLA CON LA POLICÍA. SÓLO ACCEDIÓ A VOLVER PORQUE LE PROMETIÓ QUE LA ACEPTARÍA COMO HIJA MUJER.

EN 1975 COMENZÓ A EJERCER EL TRABAJO SEXUAL. EN LA CALLE CONOCIÓ A CARLA RAMÍREZ, UNA DE LAS PRIMERAS PERSONAS TRANS VISIBLES EN LA ÉPOCA DE LA DICTADURA.



RECUERDA QUE CUANDO VEÍA A LA CAPERUCITA ROJA YA SABÍA QUE HABRÍA REDADA.



EN LA DÉCADA DEL 80 VIVIÓ MÁS TIEMPO EN EL CALABOZO QUE EN SU CASA. A MENUDO, LAS AMENAZABAN CON RAPARLES LA CABEZA.

EN UNA OPORTUNIDAD, LA DETUVIERON EN LA DIRECCIÓN DE VIGILANCIA Y DELITOS. FUE COLPEADA, TORTURADA Y ESTUVO DOS MESES INCOMUNICADA.



TIENE 62 AÑOS Y DISFRUTA DE CUIDAR A SUS SOBRINES. PARA ELLA, SER ARTISTA Y TRANS IMPLICA SER ADMIRABLE: "MODALES, ACTITUD Y CÓDIGOS", DICE.



HOY LUCHA POR ADOPTAR SU NOMBRE DE FORMA LEGAL.

texto: Juliana Quintana
ilustraciones: Sofi A. Heyn

PARAGUAY

Yren Rotela: de las calles de Asunción al refugio colectivo

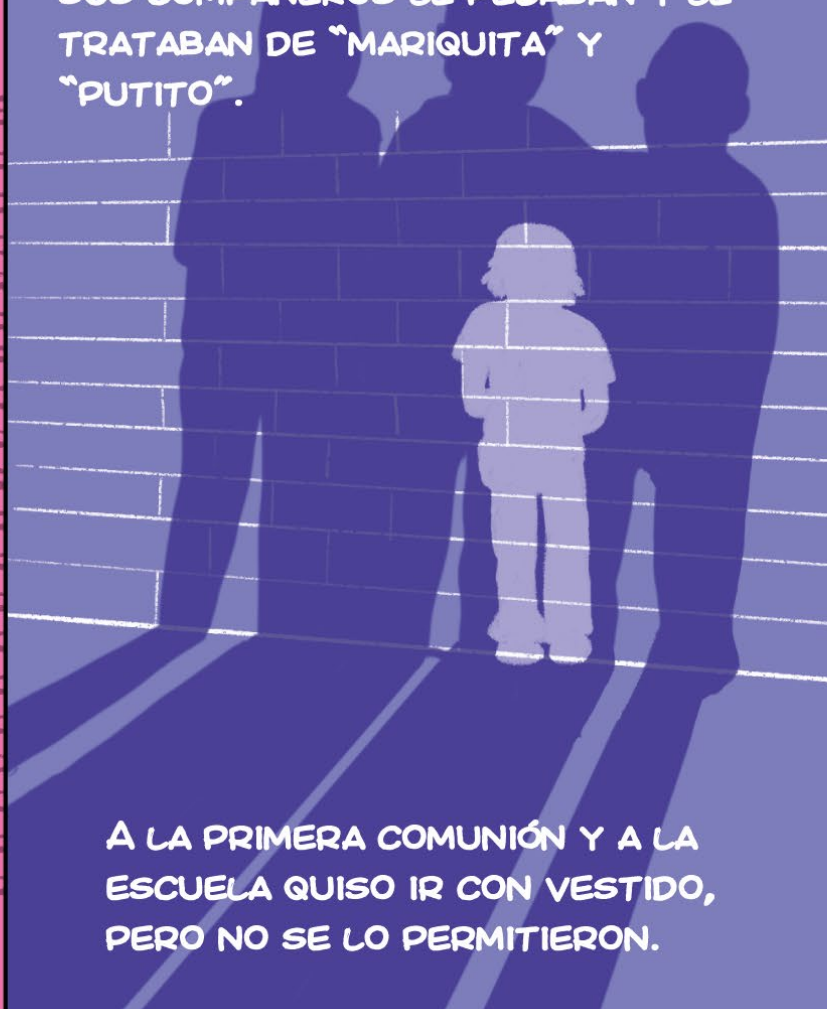
YREN ROTELA: "NO SOMOS PELIGROSAS, ESTAMOS EN PELIGRO"

YREN ROTELA NACIÓ EN ASUNCIÓN, EN 1981, ES LA SEGUNDA DE SIETE HERMANOS.



Es activista por los derechos humanos y fundadora de Casa Trans Casa Diversa.

CUANDO ESTABA EN CUARTO GRADO, SUS COMPAÑEROS LE PEGABAN Y LE TRATABAN DE "MARIQUITA" Y "PUTITO".



A LA PRIMERA COMUNIÓN Y A LA ESCUELA QUISO IR CON VESTIDO, PERO NO SE LO PERMITIERON.

UN DÍA, LA PROFESORA LE PEGÓ CON UNA REGLA LARCA EN LAS MANOS POR DARLE UN BESO EN LA MEJILLA A SU COMPAÑERO.



ABANDONÓ LOS ESTUDIOS, ROMPIÓ CON SU FAMILIA Y ASUMIÓ SU IDENTIDAD.

UNA NOCHE DE FRÍO DE 2013, YREN ESPERABA CLIENTES JUNTO A SUS COMPAÑERAS BIANCA Y LILY



Y EMPEZARON A ANOTAR LOS NOMBRES DE LAS PERSONAS TRANS QUE FUERON ASESINADAS.



SIN SABERLO, CREARON LA PRIMERA BASE DE DATOS DE TRANSFEMINICIDIOS DEL PAÍS QUE LUEGO FUE SISTEMATIZADA POR LA ORGANIZACIÓN PANAMBI.

YREN LLEGÓ HASTA LA AUDIENCIA TEMÁTICA DE LA CIDH EN WASHINGTON DC DONDE EXPUSO ESOS ASESINATOS SIN ESCLARECER DE PERSONAS TRANS.



FUE COFUNDADORA DE PANAMBI Y CANDIDATA A SENADORA POR EL MOVIMIENTO KUÑA PYRENDA EN 2018.

Es fundadora de Casa Diversa, el primer albergue transitorio para personas de la diversidad sexual y de género



Y HACE 23 AÑOS MILITA EL ACCESO A LA SALUD, EL TRABAJO, LA EDUCACIÓN Y VIVIENDA DE LAS PERSONAS TRANS.

texto: Juliana Quintana
ilustra: Sofi A. Heyn

MÉXICO

Annie: «Somos niñas, niños y niñes y ya»



Guión Geo González / @SalirsedelSurco

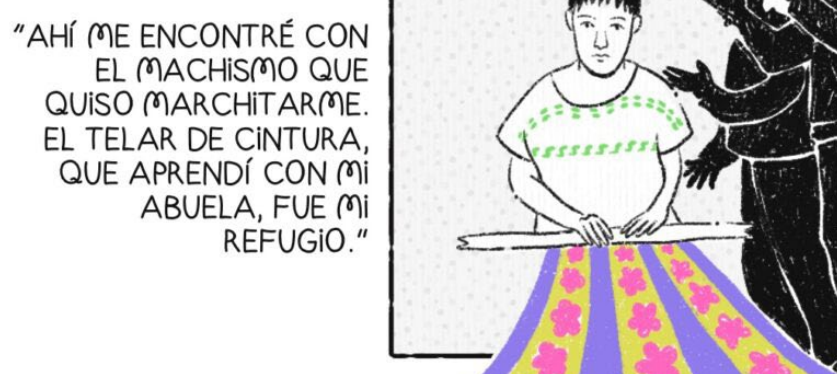
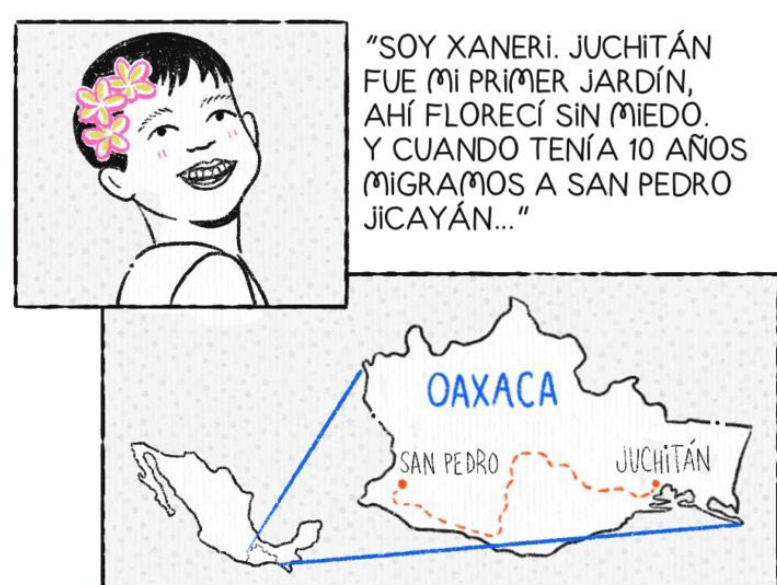
Ilustró Camilo / @DibujosdeCamilo

MÉXICO

Xaneri: ser muxe, resistir y florecer



"MI ABUELA CURANDERA SOÑÓ CON MI FEMINIDAD ANTES DE NACER."



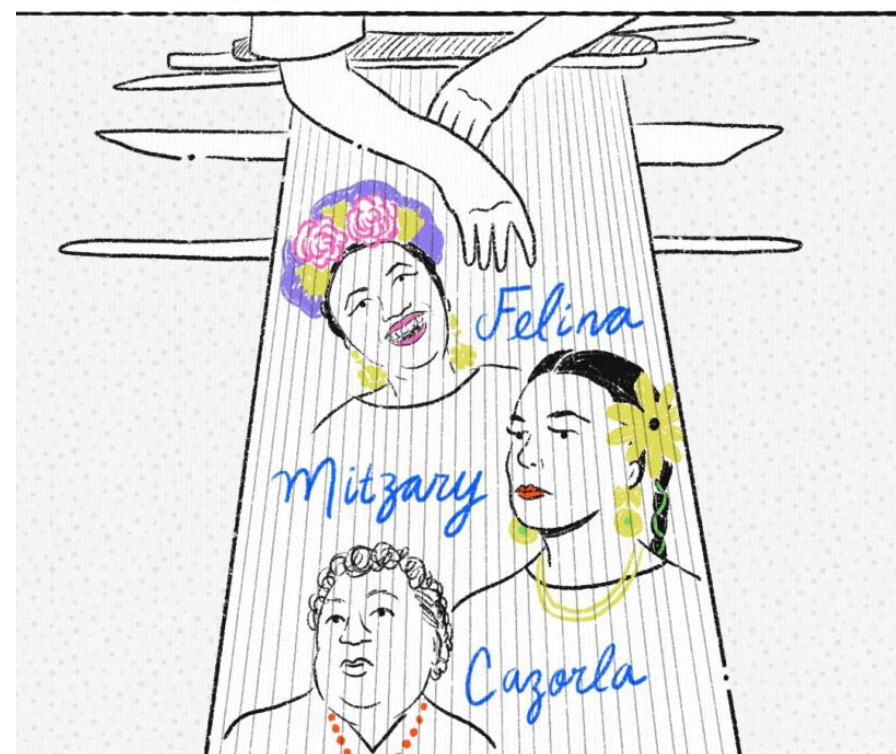
"TENGO ESTA DUALIDAD TANTO MASCULINA COMO FEMENINA QUE, EN CUALQUIER MOMENTO, POR SUPERVIVENCIA, O POR AMOR, SALE LA QUE TENGA QUE SALIR."



"LA SOCIEDAD ME NOMBRÓ MUXE DESDE EL INSULTO, PORQUE "MUXE" EN ZAPOTECO SIGNIFICA "COBARDE". PERO LO RESIGNIFIQUÉ CON ORGULLO: MI MUXEIDAD SE TRADUCE EN TEXTIL, FLORES Y UN MONTÓN DE TERNURA."



"Y DESDE EL TELAR ENCONTRÉ UN PUENTE CON MIS ANCESTRAS Y MI COSMOGONÍA..."



"TEJÓ PARA SANAR, PARA RECORDAR Y, EN CADA TRAMA, CONTAR NUESTRA HISTORIA DE RESISTENCIA."

"SIENDO REINA MUXE, ME CONVERTÍ EN JARDÍN PARA LAS INFANCIAS Y ADOLESCENCIAS MUXE: QUE NADIE MÁS ESCONDA SU HUIPIL, SUS FLORES NI SU MUXEIDAD."



"MIENTRAS TANTO, AQUÍ SEGUIRÉ TEJIENDO CAMINOS CON TERNURA, PARA QUE NINGUNA MUXE TENGA MIEDO DE SER QUIEN ES."



KARENINJA '25



MUJERES INDÍGENAS

Tropachün Foyel: la joven mapuche cautiva y exhibida en un museo

TROPACHÜN FOYEL
RENOMBRADA POR SUS SEQUESTRADORES
COMO MARGARITA FOYEL
NACIÓN GÜNÜNA KÜNA, CONOCIDA CON
EL NOMBRE DE TEHUELCHÉ



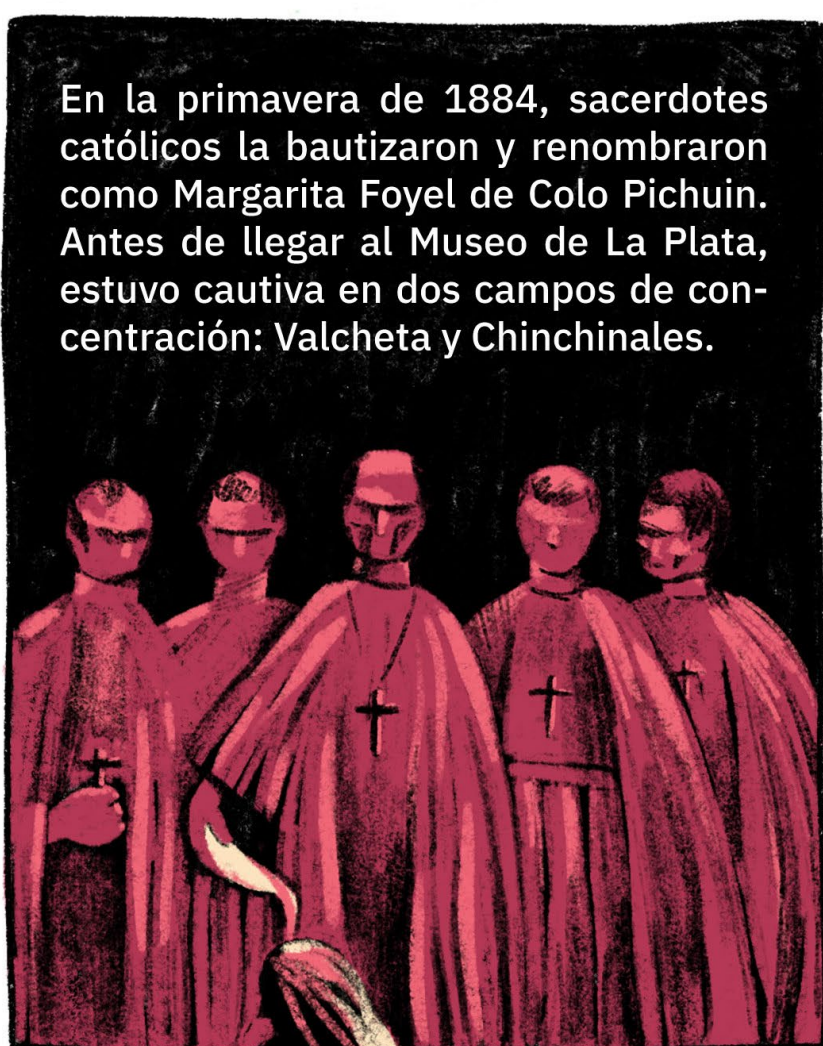
Nació alrededor de 1850 en Puelmapu, Patagonia, hoy sur de Argentina. Era hija del longko (autoridad comunitaria mapuche), principal kona (guerrero) de los lanceros del cacique Valentín Sayhueke.

En 1870, Tropachün se encontraba en Pilcaniyeu, cuando fue vista por el inglés Georg Muster, quien deslumbrado por su belleza y personalidad, habla de ella en sus memorias.



En 1884 fue tomada como prisionera junto con su padre y el resto de su familia por el estado argentino y trasladada a la ciudad de La Plata, en la Provincia de Buenos Aires, para convertirse en esclava de la ciencia.


En la primavera de 1884, sacerdotes católicos la bautizaron y renombraron como Margarita Foyel de Colo Pichuin. Antes de llegar al Museo de La Plata, estuvo cautiva en dos campos de concentración: Valcheta y Chinchinales.



De todas las cautivas, ella fue con la que más se ensañaron los soldados. Se cree que fue así por su condición de hija del gran longko y rebelde Foyel como también por su personalidad. Se la describe como una mujer fuerte a pesar de las torturas y el hambre.





En el Museo de La Plata era obligada a trabajar en la elaboración de las piezas artesanales que se exponían. Ella, junto al resto de los esclavos indígenas, eran exhibidos al público.



El 23 de septiembre de 1887, Tropachün fallece debido a las malas condiciones de vida en el Museo. Su cuerpo fue vaciado y embalsamado. La colocaron en una vitrina para continuar su exhibición.

Su cuerpo estuvo exhibido en el Museo por más de un siglo.



Recién 130 años después de su deceso se logró restituir sus restos al territorio donde nació y cabalgó libre, donde alguna vez fue una niña plena y feliz.

PRESENTES

GUIÓN MOIRA MILLÁN / ILUS FLOR CAPELLA

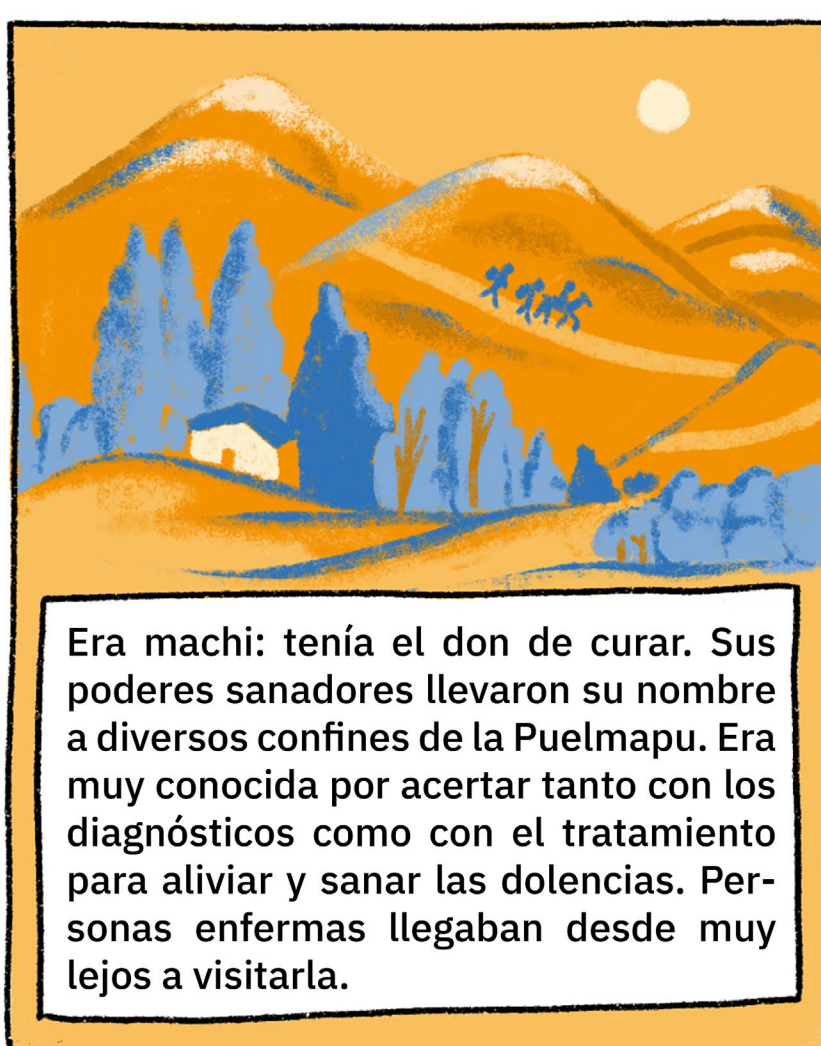
MUJERES INDÍGENAS

María Epul: la machi de Cerro Negro



MARIA EPUL DE CAÑUQUEO
LA MACHI DE CERRO NEGRO
NACIÓN MAPUCHE

María Epul nació alrededor de 1880, vivió toda su vida en Cerro Negro, Puelwillimapu, en la meseta patagónica, provincia de Chubut.



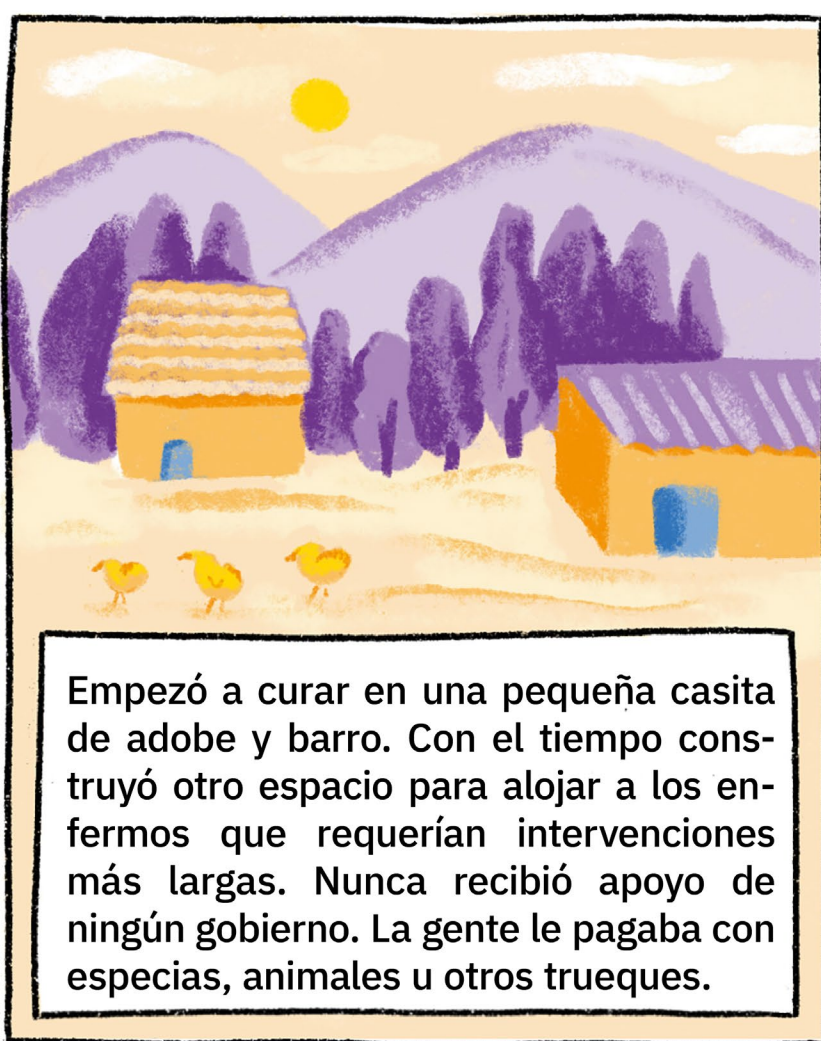
Era machi: tenía el don de curar. Sus poderes sanadores llevaron su nombre a diversos confines de la Puelmapu. Era muy conocida por acertar tanto con los diagnósticos como con el tratamiento para aliviar y sanar las dolencias. Personas enfermas llegaban desde muy lejos a visitarla.



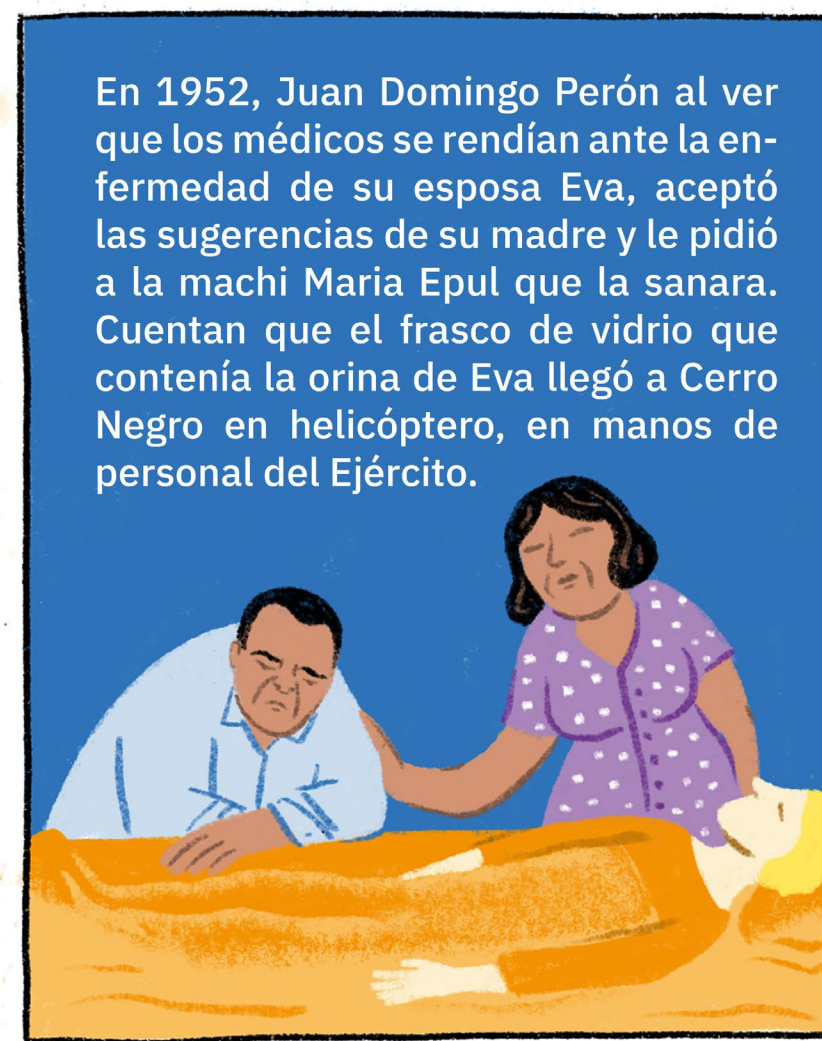
Doña Juana Sosa Toledo, quien también era mapuche y madre de Juan Domingo Peron, solía visitarla para consultarle por su salud y también por la de su hijo.



La machi de Cerro Negro -como se la conoció- leía la orina de los pacientes a la luz del sol. No hablaba español, solo *mapudungun*, y su sobrino oficiaba de intérprete ante los pacientes.



Empezó a curar en una pequeña casita de adobe y barro. Con el tiempo construyó otro espacio para alojar a los enfermos que requerían intervenciones más largas. Nunca recibió apoyo de ningún gobierno. La gente le pagaba con especias, animales u otros trueques.



En 1952, Juan Domingo Perón al ver que los médicos se rendían ante la enfermedad de su esposa Eva, aceptó las sugerencias de su madre y le pidió a la machi María Epul que la sanara. Cuentan que el frasco de vidrio que contenía la orina de Eva llegó a Cerro Negro en helicóptero, en manos de personal del Ejército.



La machi María Epul no pudo curar a Evita. Y mandó a decir a Perón: su pedido había llegado demasiado tarde.



Tras la muerte de Evita, la casa de la machi María Epul fue allanada. La apresaron y acusaron de práctica ilegal de la medicina. Esto provocó una revuelta entre los pobladores y gran número de personas que reclamaron su libertad.



Juan Domingo Perón se vio obligado a solicitar su inmediata libertad.

MUJERES INDÍGENAS

Gloria Estela Pérez: lideresa espiritual y política del pueblo ava guaraní

GLORIA ESTELA PÉREZ
CAMPINTA GUAZÚ
NACIÓN AVA GUARANÍ



Nació el 2 de diciembre de 1952, en la comunidad ava guaraní de Fraile Pintado, Ledesma, Jujuy.

Desde muy joven empezó a organizar a su comunidad y lideró procesos de recuperación territorial para el pueblo ava guaraní.

Fue fundadora del Consejo de Organizaciones Aborígenes de Jujuy (COAJ) y una luchadora incansable.



Se ocupó de la formación de las más jóvenes, porque confiaba que le darían continuidad a la lucha.

Aportó sus esfuerzos en la transmisión de saberes en las áreas de salud, educación multicultural, identidad guaraní y trabajo.

Recibió distinciones nacionales e internacionales y fue una de las impulsoras de la reforma constitucional de 1994, en la que los pueblos indígenas lograron el reconocimiento de la preexistencia.



En 1999 la eligieron como Campinta Guazú, máxima autoridad espiritual y política del pueblo guaraní.

Cuando se reunió con el ex presidente Carlos Menem le dijo:

USTED ES PRESIDENTE DE LA NACIÓN ARGENTINA.
YO SOY PRESIDENTE DE LA NACIÓN GUARANÍ
¡AHORA VAMOS A HABLAR DE IGUAL A IGUAL!



La lideresa falleció el 22 de mayo del 2005, a los 53 años. En 2015 se creó en su honor el Instituto Superior Intercultural Campinta Guazú Gloria Pérez en San Salvador de Jujuy.



PRESENTES

GUIÓN MOIRA MILLÁN
ILUS FLOR. CAPELLA

MUJERES INDÍGENAS

Doña Rosita Caro: hija de la Pachamama




Nació y vivió en la Comunidad de Talapazo, en las cercanías a la ciudad Sagrada de Quilmes, en la provincia de Tucumán.

Doña Rosita Caro se destacó en la promoción de los derechos y en el resguardo de la espiritualidad de su pueblo. Y denunció a las mineras que pretendían avanzar hacia territorio Diaguita.



El 28 de Noviembre del 2007 la comunidad cortó el acceso a la ciudad sagrada. Guiada por la fuerza y sabiduría de Doña Rosa Caro, tomó posesión del territorio, desalojando al empresario que explotaba turísticamente el lugar sin el consentimiento comunitario.



PRESENTES 

GUIÓN MOIRA MILLÁN / ILUS FLOR.CAPELLA

MUJERES INDÍGENAS

Santa Pino Fernández: guardiana Qom que tejió lengua, arte y espiritualidad





Agradecimientos

Agradecemos a todas las personas que hicieron posible estas producciones, de manera directa o indirecta.

A tantas personas que nos acompañan en las distintas dimensiones de la vida de Presentes.

A los colectivos de la diversidad sexual y cultural en América Latina, por construir tanto, y por invitarnos a participar y a pensar juntas.

A nuestra querida comunidad que nos aporta datos cruciales para llegar a contar estas historias, y las hace crecer y llegar más lejos.

A quienes nos apoyan en nuestra sustentabilidad, tanto económica como emocional.

Coordinación

María Eugenia Ludueña, Ana Fornaro y Milena Pafundi

Edición

Ana Fornaro, María Eugenia Ludueña y Maby Sosa

Diseño

Bar Musumeci

Equipa

Argentina: Flor Capella, Ana Fornaro, Keili González, Lucas Gutiérrez, Ariel Gutraich, María Eugenia Ludueña, Moira Millán, Patricio Oliver, Agustina Ramos, Maby Sosa, Vicky Stéfano, Ale Zani.

Bolivia: Leny C. Chuquimia Ch.

Paraguay: Juliana Quintana, Jessica Insfran Pérez, Sofía Heyn

México: Camilo Castaño Quinchía, Geo Gonzalez, Ana Kareninja, Milena Pafundi, Katia Rejón.

Ilustración de tapa y contrapa

Flor Capella

El comic del Bachillerato Mocha Celis fue desarrollado como parte de Movimientos y Momentos -Generaciones Feministas, una iniciativa del Goethe-Institut Indonesien.

El proyecto busca visibilizar los activismos feministas indígenas y las protagonistas del Sur Global al relatar sus historias de vida. Investigación: Bachillerato Mocha Celis. Agradecemos a Michell Taglioreti, Francisco Quiñones y Manu Mireles.

OTROS MUNDOS
POSIBLES

PRESENTES 

PRESENTES 

www.agenciapresentes.org

[@presenteslatam](https://www.instagram.com/presenteslatam)



PRESENTES

